



HISTORIAS
Y CUENTOS
CAMPESINOS
CHILENOS



FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO
DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA

β 2.50

HISTORIAS
Y CUENTOS
CAMPESINOS
CHILENOS

**FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO
DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA**

LES DAMOS LAS GRACIAS

Para cumplir la misión encomendada a FUCOA por el Ministerio de Agricultura, de apoyar a través de medios y acciones de comunicación a los pequeños agricultores, abordamos primero el ámbito laboral y productivo, con la revista "Nuestra Tierra" y nuestras colecciones de libros técnicos. Luego ampliamos nuestra orientación, intentando cubrir intereses de la familia y el habitante rural, a través del programa radial Nuestra Tierra. Enseguida, enfatizamos la necesidad de informar sobre el acontecer noticioso del ámbito agrícola mediante el Informativo del MINAGRI y Noticias Para el Agricultor.

Al crear el Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos quisimos dar un paso más concreto, sistemático y permanente en la valorización de la cultura campesina, reconociendo el aporte que hace al país.

Teníamos dudas. No sabíamos si habría eco a nuestro llamado. Pero lanzamos la idea. Nos ayudaron muchas personas e instituciones a todas las cuales agradecemos. Como equipo de trabajo pusimos nuestra voluntad y corazón en esta empresa... Y a cambio recibimos infinitamente más que lo que entregamos.

Concuraron alrededor de 400 cuentos de todas las regiones del país. En todos notamos la preocupación y delicadeza de sus autores; está patente el esfuerzo en los manuscritos. Otros, escritos a máquina y es evidente que fueron corregidos varias veces. Algunos, incluso, fueron acompañados con dibujos a lápiz grafito y, en ciertos casos, coloreados.

Junto con las obras, recibimos también visitas personales, cartas y llamados telefónicos de los participantes. Había coincidencia en lo que ellos decían. Sólo la oportunidad de participar, de ser considerados, de que alguien leyera lo que escribían era un premio.

Y ese fue para nosotros un regalo impensado. Esperamos y recibimos cada cuento con expectación. Al leerlos nos impregnamos de la energía, el cariño, las esperanzas contenidas en él. Y nos sentimos tremendamente humildes frente a la grandeza y sabiduría ancestral de los hombres y mujeres del campo. Por esa lección hermosa, fuerte e imborrable les decimos en estas líneas, a todos quienes concursaron, que les damos las gracias.

EQUIPO
FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO

FICHA TECNICA

COMITE DE HONOR:

Juan Agustín Figueroa

Sergio Villalobos

Francisco León

Ramón Díaz Eterovic

Oreste Plath

Gabriela Pizarro

Ministro de Agricultura de Chile

Director de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Presidente del MUCECH

Presidente de la SECH en 1992

Escritor e Investigador del folclor

Folclorista

JURADO:

Floridor Pérez

José Angel Cuevas

Roberto Parra

María Eugenia Meza

Paul Landon

Escritor y Profesor Rural

Escritor

Escritor y Folclorista

Periodista, Editora de Cultura y Espectáculos,

Diario La Nación

Periodista, Magister en Desarrollo Rural

MINISTRO DE FE:

Francisco León

*Presidente del Movimiento Unitario Campesino
y Etnias de Chile*

CORDINACION:

María Eugenia Ilabaca

Productora FUCOA

PRODUCCION:

EQUIPO FUCOA

HISTORIA DE ESTOS CUENTOS

No fue fácil para el Jurado seleccionar los once textos premiados que el lector hallará cómodamente reunidos en este volumen.

Diversidad de los trabajos, condición y edad de sus autores, dificultaban el establecimiento de un denominador común que permitiera juzgarlos con la mayor justicia.

Afortunadamente, las bases pedían cuentos e historias campesinas, clasificación amplia y no especializada, como hubiera sido hablar de relatos folclóricos, o de otro tipo.

En la amplia clasificación de las bases había espacio para el relato de invención personal, la apelación a leyendas o tradiciones, la incorporación de casos o sucesos.

Todo ello valoró el jurado y disfrutará el lector en los cuentos e historias campesinas premiados.

La Quebrada del Diablo, merecedor del Primer Premio, podría clasificarse como cuento legendario. Es de leyenda el mundo geográfico, reconocible en numerosas quebradas cuyo nombre y prestigio diabólicos aparecen avalados por lo escarpado del camino, la soledad de los parajes y más de algún famoso desbarrancamiento. Los acontecimientos narrados tienen más de un antecedente en "casos o sucesos" tradicionales, y nadie podrá dudar del carácter campesino de sus personajes: la severidad paterna llevada hasta el rigor, la fidelidad del capataz al patrón y de la "nana" a su "niña", que ha criado...

Pero cambiar es también parte de la tradición campesina. Los que no participen de esta afirmación seguramente no han visto, como yo, a huasos arreando piños en bicicleta. Y este cambio no se detendrá para darle el gusto a los turistas que vayan a pasar sus vacaciones. Tal cambio implica momentos gratos y tiempos duros.

Estos últimos se viven en el cuento *Napoleón Rojas*, que obtuvo el Segundo Lugar. Contado en la primera persona de un narrador protagonista, la compleja época que comienza con la reforma agraria y se prolonga y agudiza con el golpe militar, llega a nosotros con aire confidencial, de convincente autenticidad humana, ajeno a todo carácter panfletario. Es un autor que narra sin tregua, y en su cambiante ambientación histórico geográfica demuestra siempre saber de qué habla.

El Afuerino, título homónimo de un cuento de Luis Durand -un simple "alcance de nombre" literario- se presenta como un relato costumbrista que introduce con gracia personajes pueblerinos en el medio aldeano. El tema tiene antecedentes en la literatura, pero el personaje es reciente, y sin identificarse con el mochilero, el universitario en trabajos voluntarios o el joven comprometido con los grupos parroquiales, tiene cierto aire de familia con los tres.

Los relatos merecedores de menciones honrosas podrían agruparse por afinidades de temas, personajes o estilos.

Los avaros viñateros, Los bolsillos viejos del Diablo, Historia de Pedro el Tonto y La viejita que engañó a la muerte, son versiones personales, de cuentos populares de la tradición oral.

El anhelado perdón es una creación personal con distintos motivos típicos del cuento popular: la partida a rodar tierras, el abandono, el arrepentimiento, el cambio de fortuna y el perdón (o, en otros casos, el castigo).

Cuando se rompieron la nubes pudo ser una anécdota o un "caso" entre real y fantástico, pero creo que plantearlo como un sueño le quita buena parte de su gracia.

Hay dos relatos que asumen la primera persona, hablando desde una anciana y una joven. Ninguno alcanzaría mucho vuelo considerado como ficción. Si ahora, siendo fieles a su estilo, aceptamos el carácter supuestamente testimonial de la primera persona, el relato de la anciana campesina alcanza notable emotividad, sostenida especialmente por un contagioso sentimiento de autenticidad. Ni siquiera tenía título, y lo hemos identificado con una hermosa frase final de su letra manuscrita: El cuento de mi vida... El de la voz femenina joven, llamado justamente Juventud no deseada, me resulta más tributario del mundo de la teleserie extranjera y de la prensa sensacionalista, que de una experiencia rural.

Un relato se destaca con mención especial: es Serafín y su perro, enviado manuscrito por un niño de diez años.

Estos fueron los relatos que -por las razones que doy y otras que podrían darse- merecieron los premios y menciones del jurado.

Los centenares de trabajos llegados demuestran que la semilla del Concurso cayó en terreno fértil. La cosecha fue satisfactoria, sobre todo si consideramos que se trata de una empresa no tradicional para el Ministerio de Agricultura.

Como haría cualquier campesino de verdad, corresponde ahora aprovechar la tierra abonada, con nuevas iniciativas tan estimulantes como ésta.

FLORIDOR PÉREZ
PRESIDENTE DEL JURADO

PRIMEROS PREMIOS



PRIMER PREMIO

LA QUEBRADA DEL DIABLO

Pedro Fuenzalida, el capataz del fundo "Moraguino", se internaba en una maraña de boldos, molles y maquis frondosos, arrinconados en estos campos de la zona central. Su caballo alazán, apodado "El Flojo", avanzaba con lentitud. El pedregoso camino -que sube serpenteando por la loma de un empinado cerro- le desgastaba sus herraduras nuevas. Era un animal de cuerpo ancho, firme y corpulento; su pelaje era suave y fino: bien cuidado por las manos de su jinete. Sus grandes ojos -dos llamas arrojando fuego vivían siempre abiertos, atentos a todo lo que se les atravesaba por delante... y continuaba caminando lentamente, paso a paso, seguro del tiempo y del terreno que pisaba.

El capataz es hombre puro campesino: ancho de espaldas; forzudos y velludos brazos morenos, donde las venas marcan notorios ríos azules; manos duras y callosas, huellas fieles del trabajo de la tierra. Tiene cierto brillo en los ojos, delatando experiencia campesina en ellos. Su grueso cabello negro, mantiene constante ríña con los vientos del Sur, dándose tregua cuando ambos se van a sus lechos nocturnos.

Fuenzalida detuvo al "Flojo". Miró más allá de un cercado con alambres de púas, y se quedó un rato observando a unas gordas vacas que pastaban en un verde potrero. Espoleó, enseguida, al alazán, con el fin de reanudar la calada marcha a través de estos cerros añosos y callados.

Llegaron, pasadas unas horas, a un peligroso desfiladero que culebreaba rozando las paredes de ásperos cerros. Abajo, en las honduras de esta vertiginosa quebrada, coligües, maquis, litres y boldos, pintaban el fondo de una densa oscuridad.

Pasaban por allí a paso lento. Los ojos del "Flojo" iban bien abiertos. Y Fuenzalida, guiándolo cuidadosamente por el delgado camino, sujetaba firmemente las manos a las riendas, y los pies a los estribos.

De pronto -alterando la serenidad del ambiente- del fondo abismal, emergió un llanto agudo, fino, lastimero... Subía a la cima montado en el lomo del eco. El capataz frunció el ceño; detuvo al alazán de un fuerte tirón de riendas, y puso oído a este extraño llanto.

-¡Qué diablos!- exclamó para sí el capataz.

Y, nuevamente, se oyó el llanto, que era algo así como el lloriqueo de una guagua sufriente. Sin embargo, era imposible que aquélla fuera real. ¡Cómo una guagua podría estar allí abajo!

Fuenzalida se apeó del caballo. La duda no podía quedar en él. Había sido curioso y valiente en muchas ocasiones, aventurándose en nuevas búsquedas y hazañas propias de su condición de huaso colchaguino.

Se paró en medio del angosto paso. Hundió la mirada en la oscuridad, y antes que pudiera avanzar o retroceder, volvió a escucharse el lastimero llanto infantil. "El Flojo" se paró en dos patas, espantado. Relinchaba ciegamente,

sosteniéndose en su desesperada posición; y cuando quiso tener las cuatro patas en tierra, desplomóse al abismo: cayó como un pesado tronco, perdiéndose en el vacío... Bandadas de codornices y perdices, chillando asustadas, volaron hacia el cielo.

-¡El diablo! ¡El diablo! -gritó el capataz, echando sus confusos alaridos al viento-

Volvió a las casas del fundo, cabizbajo, entristecido por la pérdida del amigo de su vida; aunque "Flojo", el pobre, como lo llamaba, le había servido de compañía por años.

Al llegar a los corredores interiores de las soñolientas casas, se encontró con el patrón, don Carlos Moraga. Lo miró con lánguida pena, para decirle:

-Me mató al "Flojo", patrón.

-¿Quién, Fuenzalida?- le preguntó extrañado don Carlos.

-¡El diablo, patrón! ¡El mesmito diablo!

-¡Qué estás diciendo, hombre!- no comprendía aún el hacendado.

-¡Sí, patrón! -le explicaba, jadeando, el capataz-. Le contaré: andaba yo echándole el diario vistazo al fundo; a paso lento caminaba el "Flojo", patrón. Y cuando llegamos a esa quebrá honda que hay allá en el cerro, oí un llanto que salía del fondo. ¡Por Dios que me dio miedo, patrón!... Sentí el llanto tres veces; y a la tercera vez, el caballo, asustado, cayó a la quebrá... No lo vi más..., nunca más... ¡Pero estoy seguro que fue el mesmito diablo quien me lo mató, patrón!

-Ya, cálmate, hombre- lo apaciguó don Carlos, comprendiendo la pena del angustiado capataz-. No se puede hablar por hablar; primero hay que saber que sea cierto éso.

-Pero...

-Andate a tu casa, Pedro -lo interrumpió don Carlos-. Para mañana te tendré otro caballo. Y después me cuentas esto del diablo.

A las seis y media de la mañana del otro día, apareció otra vez el capataz Fuenzalida en las casas del fundo. Un nuevo alazán lo esperaba afuera de la pesebrera, para ocupar el puesto del "Flojo" ya desaparecido.

Don Carlos, vistiendo pantalón de género de fantasía, camisa a cuadros, y chaqueta de huaso blanca, asomó a un extremo de un largo corredor olor a hortensias. Saludó a Fuenzalida con fresca sonrisa; enseguida, le ordenaba:

-Hoy te tengo una tarea diferente, Pedro. Quiero que sigas a la Domitila, porque hace tiempo que la veo salir a escondidas. Algo está haciendo esta mujer.

-¡Listo po, patrón! ¡Al tiro no más!

Montó el capataz ligeramente. Le manoseó la cabeza al animal, espoleó, le dio unos rápidos chicotazos, y se fue al galope por un polvoriento camino.

Divisando a lo lejos, el cuerpo rechoncho y grueso de la sirvienta del patrón, continuaba esta vez a rítmico trote. Pero cuando la vio detenerse en medio del desfiladero, se escondió tras el ramaje de un ancho boldo. De allí, por entre las ramas, observaba a la vieja. Y ésta había comenzado a descender pe-

nosamente. Fijóse el capataz que la vieja llevaba un canasto colgando de su mano derecha, y que se apresuraba en bajar.

De repente resbaló cerro abajo. Gritaba la rasguñada vieja. El canasto perdióse en el vacío obscuro. Los gritos de la vieja fueron disminuyendo, como impotentes socorros en el silencio... Y llegó un momento en que no gritó más: el abismo habíasela tragado... ¿El abismo o el diablo?...

De regreso, el caballo llegaba a volar. Fuenzalida, más convencido aún de la maldición diabólica, volvía nuevamente asustado a las casas. Al ver al patrón, sin desmontar, le dijo:

-Tamién el diablo mató a la Domitila, patrón. ¿Se cayó a la quebrá y desapareció!... ¿Cree ahora, patrón?

-No sé, Pedro -dudaba don Carlos-. Mi hija Alicia también desapareció hace unos meses; entonces, no sé si creer o no...

-¡Déjeme a mí no más, patrón! Yo voy a darle un sustito a ese "patas de hilo", olor a azufre.

Y antes que don Carlos pudiera decir palabra, el capataz se había ido al galope, como enfurecido. Llegó hasta la pequeña capilla del pueblo; consiguió un frasco de agua bendita allí, y luego, después de ajustar la montura y de hacerle unos cariños al caballo en el crin, se fue al galope hacia la maldita quebrada.

Acezando, llegó a la quebrada el alazán.

Fuenzalida amarró las riendas a un tronco de un roble viejo y, decidido, comenzó a bajar. Sujetaba con fuerza el frasco de agua bendita. Llevaba en su cabeza la idea de terminar con el "patas de hilo"; pero cuando escuchaba sus chillidos, lo dominaba un miedo infernal.

Resbaló de pronto; se arrastró unos metros, rasguñándose la cara y rasgándose las ropas. Ese resbalón, hizo que el frasco saliera de su mano, y fuera a parar al fondo negro.

-¡Por la cresta! ¡Ahora sí que la embarré!- gritó.

Al pisar el fondo, suspiró hondamente. Se persignó ligeramente, y comenzó a deslizarse a través de la espesura del bosque, abriéndose camino por entre tevos y huañiles; maquis y coligües. Avanzaba con dificultad. A cada paso, miraba hacia atrás, como advirtiendo la aparición del diablo... ¡Si hasta olía la hediondez del azufre!

Su incesante búsqueda, hizo que llegara -al parecer- al centro del misterio. Había un refugio allí, entre los árboles, construido de ramas y troncos débiles. En su interior, sobre unas frazadas, descansaba una guagua que no dejaba de llorar.

No quiso tocarla, pues temió que desapareciera en una explosión de azufre.

Sintió pasos detrás suyo. Una mano fría se posó en su hombro derecho. Sudaba. Era, sin duda, un suplicio eterno.

-¡Mátame, desgraciao!- le decía Fuenzalida-. ¡No tengo el agua bendita! ¡Mátame no más!...

Tenía los ojos cerrados, y cuando los abrió, quedóse boquiabierto: enfrente suyo, estaba la hija perdida del patrón, Alicia, pobremente vestida; con sus cabellos sueltos y desordenados; con sus ojos abiertos y extraviados, arrojando miradas vacías.

-¡Señorita Alicia! ¡Por Dios!- exclamó estupefacto el capataz.

-Cuando quedé embarazada -comenzó a hablar la joven-, mi padre me odió; me encerró en mi pieza con llave, y cuando había cumplido los seis meses de embarazo, una noche, la Domitila me ayudó a escapar. Me trajo a esta quebrada, porque dijo que nunca me encontrarían aquí...

-¡Vámonos, señorita! ¡Nunca más la van a hacer sufrir!

Atardecía...

Por la alameda gris y muda, que se perdía en las sombras que la noche enviaba anticipadamente, venía Fuenzalida, montado en el alazán que trotaba perezosamente. Al anca traía una leyenda viviente...

Y, quizás, aunque se desentrañe el misterio, aunque se pregone la "purita verdad", todavía la gente, respire olor a azufre, sienta vagar al "patas de hilo", o tema pasar por la "Quebrada del Diablo" ..., porque creo que aún se le escucha llorar allí...

ALDO FERNANDO GONZALEZ VILCHES, 18 AÑOS
TEMPORERO, COSECHA DE TOMATES
LOLOL, VI REGION

SEGUNDO PREMIO

NAPOLEON ROJAS

NAPOLEON..., era grotesco que a un campesino se le llamara así. Pero era mi nombre. Me lo puso el señor cura a petición de mi padrino -hombre muy leído-, que en ese entonces oficiaba de Alcalde de la Comuna de Lampa.

Después supe que ese nombre correspondía a un gran general francés, cuya historia había narrado a mi padre el Sr. Alcalde.

Ahora que ha pasado el tiempo, éstos y otros recuerdos me sirven de sustento para el alma. Miro sin ver, la pampa inmensa que se pierde en el horizonte; trato de ubicar la Cruz del Sur en esa noche estrellada y pienso en los que dejé al "otro lado", en Chile.

Me siento en los pellones y un escalofrío me recorre el cuerpo. En el corral, mi zaino relincha al pampero y un quiltro viejo - quizás más que yo-, le canta sus penas a la luna.

Interrumpe mis pensamientos la voz de la paisanita que me ofrece un amargo, y entre mate y mate, en el corredor de la tapera, los recuerdos de mi lejana tierra surgen con claridad meridiana:

La Leonera..., sector enmarcado por el camino Pudahuel-Lampa y los cerros de la cordillera de la costa.

Campos de vegas y cerros ásperos, con arbustos de espinas bravas y pastos duros: cruzados por una carretera polvorienta e innumerables senderos transversales. Caminos que recorrí descalzo en inquieta y corta niñez, bañados de polvo dorado por el sol o en noches teñidas de plata, cuando ya joven, supieron de mis primeros amores.

Cerros que más de una vez trepé, sólo para sentir la frescura de la brisa en el rostro y la alegría de deslizarme por sus laderas tapizadas de pasto y de rocío.

Empecé a trabajar con un tío en las arduas tareas del carbón. Faena dura, donde un niño debe hacerse hombre muy pronto, para poder con el peso de los troncos de espino, manejar el hacha de la mañana a la noche, cargar y descargar el horno de barro.

Marzo de 1968....., nos citaron a todos los del fundo a una reunión en las bodegas.

Se nos explicó que con motivo de la Ley de Reforma Agraria, seríamos dueños de la tierra; que no seríamos más explotados, que trabajaríamos para nosotros mismos y, en fin, tantas cosas que nunca llegamos a comprenderlas.

Quizás mi nombre les llamó la atención, o quizás por ser uno de los pocos trabajadores independientes (medieros) que habían en el fundo, me propusieron para presidir el Consejo Campesino.

Nombraron a un funcionario para que nos diera asistencia técnica y nos aconsejara y preparara para obtener créditos del Banco del Estado.

Llegó ganado, tractores, arados, rastras y sembradoras. Construyeron tranques y pozos profundos. Nunca nos faltó el dinero, aun cuando le debíamos al Banco.

Al principio trabajamos con todo empeño pero, poco a poco, al ver la gente que solo algunos salíamos a la parada, se fueron desanimando. Había algunos que solo se dedicaban a beber y otros, sencillamente, a flojear en sus casas.

Y era lógico que así fuera. Al fundo habían traído campesinos desarraigados de otros campos; obreros cesantes de la construcción o de la industria, y hasta empleados particulares, gente que no tenía idea de las labores agrícolas.

Después vino el gobierno de la Unidad Popular. Nos visitaban más funcionarios que antes. Llegaron hombres de barba con una extraña manera de hablar: patria o muerte; la tierra para el que la trabaja; muerte al momio.

Nos pidieron ayuda para compañeros que se habían tomado unas industrias: nos hablaron de la revolución en Cuba y de los esfuerzos de los países socialistas para ayudarnos. Nos detallaban lo que nos enviaban nuestros hermanos mayores: harina y azúcar de Cuba; carne de cerdo de China; tractores y vehículos de Rusia y Rumania y, en general, que no estábamos solos en nuestra revolución.

Debe de haber sido así, porque nosotros no sabíamos nada de esas cosas. El que más, había llegado a cuarta preparatoria en los cursos que hacían en el verano las dos profesoras que venían al fundo, junto con las misiones.

Fui dirigente campesino hasta el fin del gobierno de la Unidad Popular, en septiembre de 1973.

Un día, a fines del mismo mes, mi hijo mayor me fue a avisar que había visto una patrulla militar entrar a la casa; que huyera a los cerros y esperara y luego, cuando pudieran, me llevarían alimentos y ropa.

Yo huí muy atemorizado. Se sabía que estaban deteniendo a todos los dirigentes campesinos que trabajaban o habían trabajado con el gobierno socialista. Se dejaban oír las más terribles historias de fusilamientos y torturados; de tumbas cavadas en despoblado; de cadáveres calcinados, personas desaparecidas...

Estuve escondido quince días en los cerros.

De acuerdo a lo que me contaron, el clima de terror lejos de disminuir había aumentado. Se habían llevado detenidos a varios dirigentes -incluso se decía que a algunos los habían fusilado-, y yo, como tal, era uno de los más buscados. Debí partir de inmediato, sin retirar nada, pues mi casa estaba vigilada.

Personas amigas de la zona me facilitaron ropa y algo de dinero; una recomendación para un arriero del fundo "Lo Barrenechea" de Peñalolén, que podía arreglar mi paso "al otro lado".

No tuve problemas en pasar la cordillera con este baqueano. Llegué a Mendoza y de ahí viajé a Mar del Plata, donde unos amigos del arriero, a quienes iba recomendado.

Estos, que trabajaban en la acería "Perruccini & Klein", me ubicaron de garzón en los comedores de la firma, y aunque nunca antes había trabajado en estas labores, la adaptabilidad del chileno al trabajo es bien conocida: aprendí

el oficio y a poco, estaba sirviendo en el comedor de los patrones, donde permanecí por espacio de dos años.

Por ellos supe que en el norte argentino se estaba enrolando gente para el "obraje" (faenas madereras), con muy buenas garantías y excelente pago.

Al poco tiempo, con la esperanza de hacerme de un capital que me permitiera traer a los míos, me embarqué para el noreste hacia las faenas.

Si me iba mal, contaba con algunos pesitos ahorrados y la promesa de mis patrones de recibirme; pero si me iba bien, me compraría un campito y con la ayuda de mis hijos lo levantaría.

En realidad, al obraje llegaba lo peor.

La vida en esa zona es dura, y la naturaleza exige al hombre ser más hombre, y apoyar esa hombría con la punta de su facón.

Mujeres existen pocas. Sólo las que trabajan en los quilombos.

Al pueblo se bajaba solo una vez al mes, o cuando habían torneos de fútbol.

El sistema de trabajo era a trato; el capataz le entregaba a cada hombre una zona para que cortara quebracho.

Era una faena muy peligrosa: en la maleza habitaban la araña "pollito" y el "yará" (víbora de diez centímetros), al igual que la anterior, de picadura mortal. La "lampalagua" serpiente de río larga y gruesa, cuya fuerza decían, podía quebrar los huesos de un hombre. Y por último, quizás el animal más temido de todos: el cerdo salvaje.

Estos atacaban en piaras, en la noche, con furia asesina, destruyendo todo a su paso.

Sus continuos ataques nos obligaban a dormir en los árboles, para gozar de cierta seguridad.

Entre el trabajo, la cantina y los quilombos, conocí a la Rosa, mezcla de indio y criollo, de quien guardo un cálido recuerdo.

Cuando estaba en el pueblo, era mi mujer. Estando ausente era de otro. Había pocas mujeres en el pueblo y era ley no escrita, el compartirlas. Pero a su manera me era fiel. Nunca me quiso aceptar un regalo ni dinero. Yo era "su hombre" y eso bastaba.

En cierta ocasión, cuando otro la maltrataba, la defendí con el coraje del roto chileno, y mi facón se tiñó con la sangre del ofensor. Desde ese momento me tomó a su cuidado y las más tiernas caricias, las mejores comidas eran para mí.

Quedó preñada y quiso tener ese hijo que, según ella, era mío.

Eso allá tiene poca importancia. Un hijo es de la mujer y lo seguirá a donde vaya. El hombre que la tome, se hará cargo de ambos, pasando el niño a ser hijo suyo.

Son costumbres respetadas y cumplidas por los paisanos, y el que así no lo hiciera, perderá el respeto y su condición de hombre formal.

Estuve como cinco años en el obraje. Cada año me repetía éste es el último, pero el llanto de la Rosa y los brazos del chiquillo, me retenían.

El afuerino rápidamente fue despertando la mirada de los curiosos, más aún, cuando se detuvo frente a la iglesia, la miró con infinita alegría y entró a la casa sacerdotal, que estaba junto al culto.

Aquel primer domingo de encuentro, en medio de la homilía, muchos moradores tradicionalistas tuvieron que respirar profundo o quedarse sentados para no desplomarse. El sacerdote hizo una invitación a los jóvenes a formar equipos de fútbol, a las muchachas a organizar buenas barras y a los adultos mayores una vida más solidaria con los necesitados y enfermos.

-Cristo quiere acción en medio de las oraciones propias de todo buen hijo suyo -concluyó su sermón-.

Nadie dijo nada, bajaron la cabeza y lentamente fueron saliendo. En la plaza, se reunieron como pequeños y furiosos panales, para murmurar su descontento.

-Ese no es un cura, es un loco -dijo una de las mujeres más acaudaladas del pueblo-.

-Tal vez no sea un sacerdote, sino un farsante, habría que averiguar en Santiago. -agregó otra-.

Los jóvenes pronto encontraron un líder, vieron la iglesia como un lugar amigo, donde Jesucristo parecía estar a su altura. En cambio, los mayores urdieron muchos planes dirigidos por doña Manuela, para echar al nuevo ministro eclesiástico.

Una tarde de invierno, en que llovía sin tregua, el río comenzó a desbordarse inundando las parcelas cercanas, dejando aislados y sin ningún amparo a sus habitantes, especialmente a los peones, cuyas techumbres habían sido destruidas por el viento.

El sacerdote desesperado comenzó a tocar las campanas de la iglesia, rápidamente llegaron los feligreses con el ánimo de hacer oración por los infortunados. El padre esperó que se juntara un grupo aceptable y empezó.

-En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dice el Señor, por medio de su apóstol Juan, que todo cuanto se hace por un hermano, especialmente por los más humildes, a Cristo se sirve. Es por eso, hermanos míos, que ha llegado la hora de ayudar a Jesucristo, que está allá en el campo, mojado y asustado. Todos debemos poner el hombro, el que tenga vehículo que lo traiga para transporte, los carretones también sirven, el que tenga dos chombas que dé una, la señora que hizo sopaipillas, que deje la mitad en su casa y el resto para los hambrientos.

-Padre, llueve mucho -dijo doña Manuela envolviéndose en su chal-.

-Lo sé hija, pero yo no obligo a nadie, sólo apelo a los buenos corazones, lo mismo que El -respondió mirando al Cristo de la Agonía-.

Aquella noche el pueblo trabajó muy unido, como nunca antes, cerca de la medianoche la iglesia estaba llena de damnificados, los jóvenes se encargaron de animarlos con cantos alrededor de una gran braserada, cuyo resplandor daba una extraña hermosura al rostro sufriente del Mesías.

Cuando llegó la primavera cubriendo los árboles con nuevos ropajes e infinitos trinos de diversas especies, el río se transformó en un balneario, tanto para los estudiantes que preparaban sus últimas pruebas como para los tempo-

reros que se tendían a comer su colación. El padre, también fue un cortador de porotos más. Su meta, juntar dinero para pintar y reparar la casa de Dios. En los pequeños descansos tomaba su guitarra y cantaba con gran entusiasmo, alegrando a quienes lo rodeaban.

La segunda gran idea del religioso fue hacer un refugio, para todos los niños que debían caminar kilómetros y kilómetros para venir a la escuela, así que pidió ayuda a cuanto hacendado encontró y con un par de carreras a la chilena obtuvo el dinero para el terreno.

El curita (como le decían casi todos), se fijó una meta, correr la última carrera de la temporada el mismo, así que se puso en campaña de aprender a montar, los hijos del Alcalde se ofrecieron a enseñarle, Marianela, una hermosa joven de no más de veinte años, se encargó de darle las lecciones mientras su hermano, condenado de flojo, se quedaba junto al río durmiendo la siesta. La muchacha partía con su alumno al corazón de las praderas y al caer la tarde regresaban a despertar al perezoso.

Esa temporada llegó a veranear al pueblo un sobrino del Alcalde, que no tardó en prendarse de su prima, la cual no tenía tiempo disponible que no fuera para el padre y sus obras de caridad.

Un día, mientras realizaban una procesión a San Sebastián, fiesta religiosa de la zona, la muchacha sufrió un desmayo, alejándola de toda actividad. Su hermosura se vio opacada por una gran palidez. Una noche, luego de conversar tendidamente con su madre, decidió dejar la puerta abierta de su habitación para que su primo entrara a consolarla de una extraña pena que hasta le producía náuseas matinales.

Pronto corrió la voz que la hija del Alcalde se casaba y que su padre echaría la casa por la ventana para celebrar el suceso.

El último oficio que realizó el popular sacerdote fue la boda de Marianela y Bruno. Al día siguiente se marchó sin que nadie se percatara, después de todo, el pueblo estuvo más de dos días de fiesta.

El recién casado y nuevo habitante del pueblo, tuvo que aprender solo y a porrazo limpio a montar a caballo y desvelarse varios meses para pasear a su primogénito que nació prematuro.

Doña Manuela fue la madrina y cada vez que va a ver a su ahijado lo queda mirando pensativa y dice:

-¿A quién me recuerda este chiquillo?

Al cumplirse un año de la silenciosa partida del padre afuerino, llegó una carta de Santiago, anunciando que después de casi dos años, al fin vendría un reemplazante del difunto padre Adriano.¹ La explicación que alguien dio fue que ese otro padre debió haber sido un ángel o una aparición.

ROSALBA ELIZABETH PUCHE, 21 AÑOS
TEMPORERA
MAFIL, VALDIVIA, X REGION

MENCIONES HONROSAS



CUANDO SE ROMPIERON LA NUBES

Recuerdo como si fuera ayer, aun cuando ya han pasado varias décadas, lo que ocurrió en Coirón, lugar ubicado al interior de Salamanca, en la cuarta Región.

Era día domingo por la tarde. El cielo estaba apretado de nubes negras preñadas de agua. El aire más bien tibio, movía la escasa vegetación que al igual que los espectadores esperaba el inicio del partido de fútbol programado para ese día.

En aquella época el fútbol era la mejor entretenición que había, por lo menos era saludable en lo físico y en lo espiritual.

Allí quedaban las penas y el cansancio de la semana. Hombres, mujeres y niños acudían como pájaros multicolores, a ubicarse en los costados de la cancha. Desde luego que no habían galerías ni tribunas, estas eran reemplazadas por las pircas de piedra o por los caballos que, pacientes y cabizbajos, soportaban a los jinetes sedientos, que daban rienda suelta a la lengua para dejar escapar la presión acumulada. Hasta los animales se estimulaban, a juzgar por lo que murmuraban.

-Puchas, parece que "ño vuela poco" se va quedar ahí no más.

-¿Y de qué apuro te saca?

-¡Es que yo quería estar cerca de la alazana, puh!

La cancha, desde luego, era de tierra, sin nivelación, con una capa de polvo fino que marcaba el cansancio de los jugadores. El marcado de la cancha se hacía con ceniza de carburo, de las lámparas de los mineros que abundan en el norte chico. Al frente se alzaba majestuoso el cerro Nukui y en sentido contrario avanzaba sin apuro el río Choapa, evitando golpearse el vientre.

Esa tarde terminaba el campeonato de fútbol de los equipos deportivos de los fundos del valle del Choapa. Esto, creo, justificaba la algarabía y el despilfarro del idioma. Claro, el que ganara se coronaría campeón del torneo y ya estaban ambos elencos haciendo precalentamiento para disimular el nerviosismo.

- "Esta es Radio Cooperativa Vitalicia, desde el campo deportivo de Coirón" ...así anunciaba un aficionado con media cabeza metida en un tarro, para darle el tono agradable, propio de una radio.

En cierta ocasión, cuentan, no faltó el gracioso que le arrojó una cebolla. Claro está, como es de suponer, se cortó la transmisión, para ser reemplazada por una pelea a la chilena, con todos los condimentos. "Había que pasarlo bien" comentaba alguien al día siguiente con los ojos en tinta o con la cabeza rota.

-Después de esta vida no hay otra ¿no te parece Ojetillo?

-Claro, poh ño Vito. No todo va a ser trabajo. ¡Hay que tomarse un juguito de uva, salú! hasta el ñeo chico.

LOS AVAROS VIÑATEROS

Erased una vez un matrimonio de viejitos que tenían grandes extensiones de viñas y eran muy ambiciosos.

Siempre buscaban una persona para que cuidara las viñas, pero que a ésta no le gustaran las uvas, porque no querían perder ni un solo granito. Muchos se presentaban al trabajo pero ellos, inteligentemente, les servían uvas para ver si comían y si lo hacían inmediatamente les decían que se retiraran.

Un joven que descubrió la forma como eran probados los postulantes, ideó un plan para quedar en el puesto. Cuando la viejita le preguntó: -¿se sirve uvas, joven?, contestó: ¡oh no! me caen muy pesadas, además no me gustan.

¡Esta es la persona indicada! pensó la viejita, y de inmediato le hicieron contrato, felices por que lo habían encontrado.

El joven trabajó un tiempo y todos los días comía uvas a destajo a escondidas de sus patrones. Como era tan hábil, para que no lo descubrieran hacía sus necesidades en una vasija que él mismo construyó de greda, ocultándola en unos matorrales. Ganó mucho dinero y cansado de tanta uva, selló la vasija y dijo a sus patrones que se iría porque ya había juntado mucho dinero.

Los viejitos no se conformaron con esa respuesta y le decían que les diera otra razón. Fue tanta la insistencia que para que lo dejaran irse tranquilo se le ocurrió la idea de decirles que había encontrado un entierro. Asombrados al oír esto, inmediatamente le pidieron que se los vendiera, pero él no quería hacerlo y ellos dijeron que le darían todos sus bienes a cambio de su tesoro. El habilidoso cuidador aceptó la oferta en vista de tanta exigencia.

Los viejitos pidieron al joven que les mostrara donde estaba el entierro y él les dijo que deberían ir a medianoche a los matorrales y allí lo verían. Con mucha astucia él se fue un poquito antes y colocó una velita sobre la vasija. Los viejitos, con mucho miedo, no quisieron acercarse demasiado y dejaron una seña para volver en el día y calladitos volvieron a su casa muy convencidos que el tesoro estaba allí. No vacilaron en pagar lo prometido y quedaron solamente con la casa donde vivían.

El joven dijo que sólo una cosa les advertía: para que no se les esfumara su tesoro deberían pegarle un golpecito todos los días durante un año a la vasija, para que fuera quebrándose de a poquito.

Pasaron unos cuantos días y la viejita, impaciente, no soportó más la espera y le dijo a su esposo: ¡viejo! ¿por qué no la quebramos de una sola vez? así tendremos nuestro oro más rápido, pero el viejito insistía que era mejor no desobedecer lo que había aconsejado el joven, pero la porfía de la viejita convenció al viejito.

Decididos a quebrarla, tendieron unas alfombras y las colocaron debajo de la tasija que se mantenía colgada dentro de la casa para que no se perdiera ni una sola pepita; al darle el feroz golpe con un inmenso combo se rompió completamente y se desparramó sobre ellos todo su contenido.

Entonces el viejito enojadísimo con su esposa y sacudiendo su ropa exclamó: ¡No te dije vieja! por codiciosa ves lo que nos pasó ¡el oro se te volvió pura mierda!

**MARCO ANTONIO VERGARA MANCILLA, 20 AÑOS
AGRICULTOR
LOS ALAMOS, VIII REGION**

EL CUENTO DE MI VIDA...

Me llamo Graciela Aburto Aguilar. Nací el 24 del 12 de 1924, tengo 68 años. Nací en Pichil propiedad de mi padre. A la edad de 4 años fuimos despojados con mis padres por los gringos Rulo y Carlos Hott y cuando ya estábamos con las carretas cargadas con rumbo y destino a donde poder vivir, ellos amontonaron la casa, galpones y todo lo que quedaba y le prendieron fuego. Nosotros nos asustamos y nos pusimos a llorar. Mi madre había vuelto a enterrarle una horqueta de pura pena y rabia porque le estafaron nuestro campo. Después nos fuimos al Encanto. Demoramos una semana en tiempo de invierno, en las noches alojábamos debajo de las carretas para ampararnos del agua. Llovía torrencialmente, se nos morían las ovejitas y las avecitas. Nosotros para qué decir de mojados y embarrados, con hambre junto a mi padre, a mi madre y 6 hermanos que éramos en el viaje de peregrinación hasta que llegamos al Encanto.

Después nos fuimos a la casa del acompañante que llevaba mi padre y cuando llegamos se murió, así que tampoco nos dieron alojamiento en su casa y nos mandaron a alojar debajo de un palo ramúo.

Estuvimos unos días y nos fuimos a la Isla de los Ciervos, donde un tal Pedro Fuentealba y ahí estuvimos 5 años.

Después nos vinimos aquí al Sarnoso en plena montaña. Yo ya tenía más o menos 9 o 10 años y empecé a trabajar con mis padres para poder hacer una casa. Lo primero que hicimos fue una ruca de palos partidos. Después seguimos rozando y limpiando. Todo era sufrimiento para vivir.

A la edad de 17 años me casé con el finao de mi marido, Licandeo. Mi marido me llevó a vivir a la casa de mi suegra. De ahí mi marido salía a trabajar lejos. Una cierta vez porque él demoró una semana en volver, mi suegra me echó con mi ropita y me fui a dormir a una carreta. Cuando llegó mi marido hizo una ruquita de palo partido en la orilla del Lago Rupanco, estábamos allí viviendo cuando nació mi hija mayor. Tenía unos días mi guagua cuando se nos quemó la ranchita y ahí nos volvimos al Sarnoso. Pero a mitad de camino, en plena montaña nos pilló la noche en el Boquete, debajo de un palo ramúo, ahí alojamos mi marido mi guagüita y yo. Al otro día continuamos el camino y llegamos a la casa de un cuñao hermano de mi marido, aquí volvimos a hacer otra ranchita y la puerta era un pero que teníamos para que el león no nos ataque y tampoco a la chica.

Ya estando 20 años viviendo con mi marido tuve 10 hijos, estando embarazada de mi hijo menor de 4 meses, se me murió mi marido.

Nuevamente a sufrir, otra vez un rico nos llevó a Mantilhue a trabajar con mis chicos y arrendé mi tierrecita. En Mantilhue donde nos fuimos la ca-

sa estaba al medio del monte. Se encendió el monte y nos rodea el fuego y empieza a caer el fuego encima del techo de la casa, nos quemamos todas las manos. A mis avocitas y perritos los encerré en la casa y empecé a proteger la casa con agua y barro para salvarla de las llamas que pasaban por encima de nosotros y no nos quemábamos porque estábamos mojados y mientras tanto al que le había arrendado me había quitado la tierra. Ahora no tenemos a donde ir; otro largo tiempo de sufrimiento.

Otra vez me volví a casar y aquí estoy.

Y este es cuento personal de mi vida toda.

**GRACIELA ABURTO AGUILAR, 66 AÑOS
AGRICULTORA
PUYEHUE, X REGION**

LOS BOLSILLOS VIEJOS DEL DIABLO

Todos le conocían, y era que no, si el pueblo era tan re chico, es decir, puras casas juntas no más, lejos, muy lejos de las grandes ciudades, era sólo un caserío en toda la inmensidad del campo, rodeado de centenarios y frondosos árboles que de, seguro, son mudos testigos de las andanzas del "amigo", que más adelante les contaré. Hermosos ríos serpenteaban por entre las montañas. Precipitábanse en partes lentas sus aguas, en otras, tornábanse rápidas y turbulentas dejándose caer libremente, formando las más bellas cataratas.

Sentado sobre las rocas, Segismundo pensaba siempre en su problema, su gran problema que lo tenía a muy mal traer: sólo pensaba en fumar, fumar y fumar, echar humito hasta por las orejas si fuera posible, ¡sí! él era un fumador empedernido y no tenía la culpa, sino su viejo y ya fallecido abuelo que lo obligaba a beber vino y a fumar, cuando apenas contaba con 8 años de edad. "Hácete hombre", le decía. Esa fue la única herencia que el maldito viejo le dejó. Esto, para Segismundo era un calvario permanente, un martirio constante que le rompía el alma. El tabaco por esos lugares, era escaso y los que lo poseían, por supuesto no lo regalaban y el pobre Segismundo tenía que trabajar como bruto hasta partirse el lomo por un miserable pucho diario. Hasta los que él creía amigos se burlaban, como cuando aquel día en que le regalaron un cigarrito.

-Tenís ganas de fumar Segis hombre, ¿querís un puchito?.

-Puchas, claro que tengo ganas púh gallo, estoy que corto las güinchas por un puchito, ¿tú tenís alguno mi gancho amigo?-

-Toma aquí tenís uno, lo hicimos especialmente pa' voh.

Segismundo comenzó a disfrutar el sabroso y aromático cigarrillo, según él.

-¿Cómo está el pucho gancho?. ¿Ta' güeno ¿no?.

-En realidad, púchas que está güeno, - y se notaba que era purito y del güeno-.

-Y claro que era del güeno, purito, purito, no te le caiga la menor dúa ganchito.

-Chao gancho, me voy agora, muchas gracias.

No se había alejado mucho cuando todos comenzaron a relinchar y a reírse, sólo entonces pudo darse cuenta de que el cigarrillo que le habían dado era guano de caballo. Sin decir nada se alejó.

Esa noche lo decidió, tenía que hacerlo, hacía tiempo que traía la idea metida en la cabeza. Además no le quedaba otra posibilidad, el pacto con el diablo era la única solución.

Parado en la cima del cerro, bajo un viejo roble se encontraba Segismundo, haciendo el ritual para llamar a su presencia a don "Sata", en el cielo brillaba la luna y sus rayos plateados iluminaban la faz de la tierra, era la medianoche.

-¡diauuuuloooo!, ¡diauuuliiitooo!, ¡venga ñor, venga pa'ca, quiero hacer un pauto con ustéeeee! -pero pensaba... y toca que viene, me voy a llegar a re... morir de susto y si no viene me muero de las ganas de jumar, más mejor será que venga no más, aquí te espero güachito pelao, aquí hay chicharrones.

Estaba en sus pensamientos metido, cuando sintió un penetrante olor a azufre, que se hacía cada vez más intenso y pesado.

-Aquí estoy mi amigo, ¿para qué me hicistes salir de mis dominios pillisco de hombre?

-Ayayai mamacita mía, ¡ayúdame "diosito" mío!

Ante él se hacía presente un guaso bien montado de bigote y una pera como de chivo más o menos. (Menos mal le indiqué que había luna o si no, no podría describir el rostro de este malulo).

-¿Cómo se te ocurre nombrar a mi peor enemigo en mi presencia?

-Perdón mi señor, don Diaulito.

-Sata para los amigos, viejo, Sata no más.

-Güeno, usté ya sabe, yo...

En pocas palabras Segismundo indicó su problema.

-¡Vamos! sube al anca de mi caballo y vamos a mis dominios-

-No tan rápido púh don Satita, primero pactemos y después me voy con usté, mire que me han contado que usté es re' mentiroso y que le hace mucho honor a su nombre pué-

-Tonteras que comenta la gente. Bueno, bueno, yo te doy tabaco y tú alientas las hogueras del infierno con mucha leña, mira que me gusta que se frían y se achurrasquen bien mis condenados, y serás libre cuando desocupes el baúl que te daré lleno de tabaco y que durará 5 años, ¿estamos o no estamos?

Pensó Segismundo: "5 años pasan volando y acarriando leña jumo y jumo".

-Trato hecho 'on Sata, vamos, no perdamos más tiempo.

Al anca del caballo y sujeto fuertemente a la montura, Segismundo comenzó su viaje y junto a Don Sata, que en esta oportunidad vestía un traje de guaso negro, sombrero alón y espuelas de plata que tintineaban y brillaban con los rayos de la plateada luna, atrás quedaba un pesado olor a azufre y el eco de la satánica risotada de patas de hilo, el de los "cuernos", (a Don Sata me refiero, porque hay otros que también los llevan y no son nadita de diablos, más bien son... eso mismo digo yo).

Segismundo comenzó sus labores, todos los días tira y tira leña, pasaron los 5 años, los 8, los 10 y el baúl seguía tal cual. Estaba pronto a dejarlo vacío y como si nada se volvía a llenar, siempre ocurría lo mismo, ya no fumaba por placer como antes, el tabaco lo tenía harto, sentía odio, asco sentía de fumar, lo hacía por obligación, solo quería salir de ese lugar, ser libre, libre y no volver a fumar nunca jamás en su vida.

Cierto día la mula con la cual tiraba leña no quiso caminar. Segismundo que ya no daba más de ira, comenzó a golpearla con rabia y na' ni na', la mula no se movía, pero pronto se escuchó una voz...

-No me peguís más Segismundo, por favor.

-¡Bah! creo que me estoy volviendo loco, agora escucho que la mula me está aulando.

-No, no tai na' loco, soy yo, escucha bien lo que voy a decir: anda al monte, corta 3 ramitas de palqui y de las más tiernas que encuentres, las ramitas te las comes, sentirás ganas de vomitar, pero debes hacerlo, es la parte clave del secreto-

Luego la mula comenzó a caminar, no volvió a hablar, a pesar que Segismundo insistió en buscarle conversa. Años más tarde pudo comprender que había sido "Dios" quien lo había sacado de sus tormentos. Siguió los consejos dados por la mula al pie de la letra y pudo ser libre al fin. Se entrevistó con don Sata y éste le ofreció 2 opciones.

-Elije hombre, te has ganado tu libertad y has trabajado con esmero, aunque ya las paro quien fue el que te ayudó, pero ni modo, ¿qué le voy a hacer?, aquí tienes 3 baúles con oro, plata y muchas joyas y acá tienes "los bolsillos viejos de mis pantalones".

Ahí quedóse Segismundo dubitativo y abriendo los ojos como huevos fritos, "Dios" desde algún lugar también miraba.

El diablo hacía pilatos para que Segismundo eligiera los baúles, pues existía la posibilidad que derrochara luego esas riquezas y volviera a sus dominios, manda no podía hacer (como iba a hacer manda, no ve que era el mismito diablo y, que yo sepa, el diablo no reza). Pero Segis que no era ambicioso, eligió "los bolsillos viejos del diablo", más que nada, porque eran más livianos y cómodos de cargar y lo único que él quería era salir de esos malditos lugares.

Emprendió su marcha hasta llegar a un pequeño pueblo, entró a una cantina a tomar un trago. Cuando lo había pedido se acordó que no contaba con dinero con que pagar, pero sin querer metió las manos en los bolsillos viejos del diablo y los encontró llenos de billetes. Casi se fue de espaldas, no podía creer tanta maravilla, volvía a meter la mano y llena la sacaba (yo meto la mano en los míos y no saco ni migas de pan).

En una mesa había un hombre de muy buena presencia, pero viejo ya, lloraba amargamente, jugando a las cartas. Lo había perdido todo, dinero, campo, casa, animales, todo, todo. Segismundo ofreció su ayuda, pero con tan sólo mirarlo pensó el hombre: ¿qué me va a poder ayudar este pobre torrantito?, pero en fin, entablaron conversa y todo se solucionó, las deudas fueron saldadas y en agradecimiento el hombre ofreció a Segis, la mano de una de sus tres hijas.

-Acepto- dijo Segismundo pero que sean ellas las que elijan.

-Trato hecho mi amigo.

En casa del hombre, se presentó nuestro amigo, y ésta era sin duda muy lujosa. Ante él compareció la hija mayor.

-¡Padre! con esta piltrafa quieres que yo me case, ¿crees acaso que estoy loca?.

Dio media vuelta y se retiró, no sin antes escupir el rostro de Segismundo, que humildemente aceptó aquella ofensa. Luego vino la segunda:

-¿Con esto quieres que me case, padre?, lo que ahí veo no es más que una pelota de barro. Puede que bajo esa capa de piñén haya un hombre, pero yo no lo quiero para mí. Y se alejó escupiéndole el ojo derecho de Segis.

Quedaba aún la menor, era la más hermosa, una verdadera hembra en toda la dimensión de la palabra. Tan sólo de verla a Segis se le llegaron a caer las babas. Cogió su sombrerito dispuesto a alejarse.

-Espera- dijo la muchacha- ¿es que acaso no soy digna de ser tu esposa?

Segismundo no podía creer que esa muchacha tan maravillosa lo aceptara, pero se dio cuenta de que "Dios" existía y que su poder lo había llevado hacia ese destino maravilloso que le esperaba junto a su futura esposa. Todo fue preparado detalladamente para la boda. Las hermanas mayores, tildaban de loca a su hermana menor y cuchicheaban entre ellas.

Mientras, Segismundo que había ido al pueblo, ya regresaba.

A las puertas de la casa llegaba un hermoso carruaje tirado por negros corceles y de él bajó un apuesto y gallardo joven. Todos pensaban que les habían cambiado el novio, pero no, no era así, era el mismo, sólo que sin la capa de piñén y sin su harapienta ropa anterior, la única que le reconoció fue su futura esposa, porque ella lo miró con el corazón, no con los ojos como sus hermanas que, de pura envidia, quedaron solteronas, feas y viejas (¡puajjj! ¡qué asco!), mientras a su hermana, Dios la premió con un marido bueno, tranquilo, sin vicios, agradable, cariñoso, responsable y fiel (como yo más o menos... ¿dónde la habéis visto ?)

Con el tiempo Segismundo fue padre de muchos chiquillos, compró muchos pantalones, a los cuales tenía por costumbre sagrada quitarles siempre los bolsillos y cambiárselos por "los bolsillos viejos del diablo", ¿por qué lo haría? ¿cuál era la razón? ¿Ud. que cree?. ¡Sí! por eso....

VICTOR NORAMBUENA ACUÑA
YUMBEL, VIII REGION

HISTORIA DE PEDRO EL TONTO

La soledad de la noche aún no se alejaba, y el sol aún no lanzaba sus rayos quemadores sobre el campo.

Pedro, un humilde campesino, que era la burla de todos por ser un fiel servidor, se levantó tan temprano como de costumbre, desayunó, y luego se dirigió al establo, allí ensilló a su viejo caballo, "Cabello de oro". Volvió Pedro a su casa a despedirse de su mujer, y le dijo:

-¡Camencho ya me voy pal pueblo, porque tengo que echar una hablaita con el güen patrón don Elías. ¿Qué querí que te traiga?.

-Traígame unos kilitos de azúcar, porque no quea na...

Concluyendo sus palabras Camencho, Pedro se marchó por el polvoriento camino, al paso lento de "Cabello de oro". Dialogaba Pedro con la soledad matinal del campo, y con el dulce cantar de los pájaros, en su diálogo alocado decía:

-¡Ya verá ese ricachón creío, cree que porque soy guaso soy tonto. Claro, como toos me dicen, Peiro El Tonto, él se aproecha, no vaiga a ser cosa que el tonto le salga más vivo. Ja, ja, ja !

Mientras Pedro planeaba algo para hacer pagar todo su mal al patrón, éste desayunaba felizmente junto a su familia. Luego llamó a Rafael, su mayordomo y le dijo:

-¡Si viene el sirviente de Los Castaños, dile que no estoy, porque me tiene bien gordito con el asunto del trigo y lo que le debo!

Al oír las órdenes de su patrón, Rafael contestó:

-Sí, patrón, ¿pero si el tonto insiste en verlo?

-¡Te dije porquería que le dijeras que no estoy, y punto!. Ahora lárgate.

-Si patrón, con permiso.

Pedro ya estaba cerca del poblado. Al verlo pasar algunos le gritaban:

-¡Vai a ver a tu güen patrón!

O esta otra frase: -¡Vai a regalarle tu trigo y tu plata!-

Pedro no soportaba tanta ironía, así que les contestaba lo que se le ocurría.

-¡A ti qué te importa intruso! ¡No querí que te lo regale a vos perro hambriento!

Y así seguía su camino Pedro, recibiendo y devolviendo palabras y mofas.

Hasta que por fin llegó a la casa grande como él le llamaba a la casa de su patrón don Elías.

Al llegar a la entrada del lugar, vio a Rosalia, hija de don Elías que paseaba por el jardín. Al verla, Pedro le dijo:

-¡Buenas, patroncital, ¿está por aquí su paire?.

-¡Ay! me asustaste borracho, oye dime, ¿tú eres el ladrón que le robó trigo a mi padre?.

-¿Quién le dijo señorita esa tontera? si su paire jue, es él el ladrón. Pero no importa, como yo lo respeto mucho a él y a usted no le goi a parar el carro...

-Oiga niña, por favor dígame a su padre que lo ando buscando.

-¿Quién te crees tú para mandarme borracho?

Al decir estas palabras la insolente niña, después de hacerle un desprecio a Pedro, se fue.

Entonces, Pedro se dirigió a la puerta de entrada y tocó durante un rato. Salíó Rafael y al verlo le dijo:

-¿Qué buscas aquí Peiro Tonto? el patrón no está.

-Gueno Rafael ¿te golviste brujo, cómo adihinaste que busco al patrón? pero... si no está lo espero aquí.

-Mejor te vai tonto, el patrón jue al otro campo.

-¡Cállate colgao, yo me quedo aquí!

-Peiro, lárgate a la guena mejor será.

-¡Te dije Rafaelito que me gой a quedar, no creo que a tí te importe, ¿sai Rafi?: que te encuentre tan amaule conmigo ¿qué sucee?

-¡Andate perro borracho!

Tanto insistía Pedro que el patrón no soportó tanto boche y salió a ver lo que sucedía.

Al verlo salir, Rafael quedó sorprendido porque no entendía a su patrón, mientras que Pedro lo miraba con una sonrisa en su cara y luego exclamó:

-¡Vaya, vaya! con que se esconde como una lagartija, pero güeno don Elías, yo no estoy aquí pa' echarle en cara su cobardía, ni menos la braura de Rafael, yo le vengo a proponer un trato pa' ayudarle un poquito a usted.

-¡A ver, habla bruto! no creo que sea nada bueno, pero habla luego tonto, mira que no tengo tiempo.

-¡Patrón! yo goy a haular si pasamos pa' entro, aquí no se habla de negocios ñor.

-Bueno hombre, pasa y siéntate.

-Ahora si. Gueno ñor, yo quero proponerle un trato bien güeno. ¿Qué le parece si yo pago la trilla y cosecho toho?, eso es pa' socorrerle un poco como usted le dehe a tanta gente, yo le hago este faorcito.

-¡Cómo se te ocurre bruto, tú no tienes nada!

-¡Epa patrón! si tengo, don Javier me ofreció este negocio, o sino yo no se lo estaría ofreciendo, si no se acuerda de él, era el que tenía ante como patrón yo, y que lo dejé porque usté me ofreció más que él, pero como usté es un mentiroso no cumple su palabra, pero lo perdono. Ahora ¿qué dice del trato? ¿acepta?

-¿Um? bueno, acepto y confío en ti.

-Muy bien patrón. Entonces trato hecho, el 3 de febrero tendrá su partecita aquí. Ahora me goy jadiós patrón! y jadiós Rafaelito, deja de ser un animal!

Pedro, al irse, se dirigió a casa de don Javier, muy contento porque don Elías había mordido el anzuelo. Al llegar allá le dijo:

-Patrón Javier, el patrón Elías cayó como tonto. Ahora le cobro toas la que me dehe.

-Muy bien hombre, entonces mañana parto con mi gente para tu casa.

-Allá lo espero ¡adios!

Mientras Pedro se iba feliz, don Elías no entendía a Pedro y pensaba:

-No me irá a tender una trampa el Peiro Tonto. No, no, ¿cómo se me ocurre? si ese con una chuica de vino tiene. Además me tiene miedo y mejor que gaste él. Más gano yo ¡ja, ja, ja!

Pedro, conforme con su plan, llegó muy feliz a su hogar a pesar de la oscuridad de la noche.

Al llegar contó todo lo sucedido a su esposa. Esta, no muy de acuerdo con el plan de su esposo, aceptó sus ideas. Esa noche Pedro durmió plácidamente soñando con el mañana.

Al otro día se levantó tan temprano como el día anterior para arreglar un poco las cosas de la trilla. Cuando el sol lanzó sus primeros rayos de luz sobre el amarillo campo, llegó don Javier con sus máquinas y tractores. Al verlo, Pedro se puso más feliz aún porque veía que su plan se estaba por lograr.

Don Javier al llegar, llamó a Pedro diciendo:

-¡Pedro, Pedro, ya llegamos!

-¡Guenos días patrón!, ya estoy aquí, pero pase a comer con su gente.

-No, muchas gracias Pedro, vamos a trillar altiro porque más tarde hará mucha calor.

-¡Sí patrón!, vamos a trahajar no más entonces.

Y así pasaron tres días de un duro trabajo con el asunto de la trilla y don Elías ni siquiera asomó la nariz por la casa de Pedro, pues con esto Pedro tenía más fuerzas para trabajar porque no veía por ningún lado presiones de parte del sinvergüenza de su patrón.

Cuando ya finalizaron la trilla, don Javier quiso probar la bondad de Pedro y le dijo:

-¡Oye! ya que hay 500 sacos dame unos cien a mí, porque no tengo.

-Güeno patrón, saque no más.

-Pedro, veo que sigues siendo bueno como siempre. Es solo broma, si yo tengo.

-Entonces patrón Javier, vamos a dejarle estos 50 sacos de trigo al patrón Elías. Eso se lo doy por ser güeno no más, porque yo tengo un papel donde dice que en tal fecha me iba a pagar y no cumplió, además ese papel está firmao por él.

-Entonces, Pedro ¡manos a la obra!

Partieron pues, en dirección al pueblo. Al llegar a casa de don Elías, pidió Pedro hablar con él y así lo hicieron.

-Buenos días patrón. Aquí le traigo su parte, son 50 sacos de trigo.

-Pero ¿cómo que son 50 sacos?. Si me dijiste que eran 500 sacos.

-Patrón, usted me debe mucho, entonces por no poderlo en la cárcel yo me cobro con su trigo, total usted firmó este papel.

-¿Quién te lo dió infeliz?

-Yo lo tengo, y no le voy a decir como lo tengo.

-Está bien, ganaste infeliz, pero esto te va a pesar.

-Ja, ja, ja, patrón, como vé, el tonto salió más vivo que usted, ojalá no siga roando con esto. Adiós patrón.

-¡Lárgate antes que te mate!

Don Elías desde ese día no volvió a dirigirle la palabra a Pedro, ni menos se atrevió a demandarlo por robo, pues sabía que era él quien salía para atrás, pero no faltaron los tontos que creían en él.

Mientras que Pedro vivió muy feliz junto a su familia, y trabajó nuevamente con don Javier. Aparte de eso, todos lo admiraban por su gran astucia y por haber logrado vencer al cruel y sinvergüenza don Elías. Y desde ese día lo llamaron : " Pedro el habilioso ".

CECILIA ALEJANDRA VILLAR APABLAZA, 17 AÑOS
ÑUBLE, VIII REGION

LA VIEJITA QUE ENGAÑO A LA MUERTE

Un día muy especial

En el campo todos los días son iguales, pero hoy es diferente, falleció el viejito González.

En la noche del velatorio nos juntamos casi todos los vecinos, de lejos llegan familiares y amigos del finado, algunos son conocidos otros no, este funeral es a la antigua. Se atiende a toda la gente y hay bastante comida y bebida; los velatorios de pueblo son distintos.

La casa es típica de campo, es una vieja casona con una pieza grande, las ventanas chicas, el cielo raso es muy alto. En el centro está el ataúd, muchas flores, muchas velas encendidas. La viuda y las hijas rigurosamente vestidas de negro, saludos a los dolientes; me siento, hay mucha gente, conversan en voz baja, no se entiende lo que dicen.

El vecino Pérez está en un lugar apropiado, siempre ha sido así, es el encargado de la ceremonia religiosa, lleva su manta de castilla, tiene un rosario en sus manos. Todos estamos atentos, nos ponemos de pie y empieza a pedir a "Taita" Dios, misericordia por el alma del finado, los rezos son tan antiguos que suenan muy originales... y terminamos con el Padre Nuestro. Todos nos sentamos y comentamos: -El finado era muy bueno-

El aire está viciado, mucho olor a flores de la temporada, mi compañero de al lado me dice al oído, salgamos al patio donde está la demás gente.

Alrededor de la fogata

La fogata está retirada de la casa, bajo unos inmensos árboles, hay bastante leña, el calor contrarresta el frío de la noche...

Hay mucha gente alrededor del fuego, en una parrilla está una tetera, un individuo rubio al que le dicen el "coipo", me dice:

-Pase caballero a tomar asiento, aquí esta la "Chusma".

Nos tomamos unos buenos mates, las buenas tallas, los asientos rústicos, vienen las bromas. El "Mapuche Cuminao", pide un mate amargo, el "Coipo" le dice:

-Es por eso que tú vives amargado-. Hay muchas risas. Esta es una situación especial, aquí se detiene el tiempo, afloran estos personajes, con el pretexto de acortar la noche, nos cuentan un cuento.

Se toman muchos mates entre amargos y dulces, también vino una corrida de blanco y de tinto. El turno le correspondió a don "Leuterio", huaso muy corrido, tiene una nariz muy grande, la disimula con unos bigotes también grandes, encendió un cigarrillo y empezó la narración.

La viejita que engañó a la muerte

Todos nacemos para morir es la ley de la vida, pero cuentan que hubo una vez una viejita que rompió esta ley y engañó a la muerte; la viejita era una viuda muy vivaracha, los patronos le asignaron una casa en los confines del fundo y le dijeron que no se preocupara, que viviera hasta los últimos días de su vida. Los patronos sacaban por lógica que moriría pronto y les dejaría la casa y la puebla desocupada. Pero... no contaban con la astucia de la veterana.

La viejita estaba sola en su casa, se sentó a meditar. Mientras ponía su mesita para comer y preparaba su peure cuchareado, se repitió lo que los patronos le dijeron: (-Que viviera tranquila hasta los últimos días de vida).

-¡Pamplinas! -exclamó- ¡yo moriré, nunca!

En la localidad había un grupo de individuos especializados en velorios, no se perdían de ninguno, les gustaba comer y tomar, los apodaban los, "Bolseros Camuflados".

Este grupo le tenía puesto el ojo a la viejita vivaracha. Pasó el tiempo y la viejita no moría, hizo un hoyito en la pared de la casa y por ahí observaba lo que sucedía a su alrededor sin dejarse ver. Cuando gritaban los queltegués (treiles), observaba y decía: allá anda el campero arriando los animales o cuando ladraban muchos los perros era seguro que venía algún desconocido del lugar.

Pero un día se levantó tarde, los achaques habían sido más acentuados, no se sentía bien, de improviso le zumbó un oído, una sensación de pito lejano, después no sintió más (ella sabía que ese zumbido era la muerte que pasó cerca).

Como pudo calentó la tetera y puso su mesita muy abundante con alimentos, de repente empezaron aullar los perros (ese era mal presagio). Observó por el hoyito de la ranchara y grande fue su sorpresa, la visita venía directo a su casa ¡Era la Mesma Muerte!. La viejita se preparó al instante. La muerte le tocó: toc, toc. La viejita abrió la puerta y en forma amable le dijo:

-Adelante Señora, tome asiento y sírvase unos ricos mates con tortilla.

Uds. (el público) entenderán que la muerte se sorprendió, nunca la habían recibido de esa manera, además estaba muy cansada, así que le siguió el juego a la viejita, el matecito con tortilla caliente les viene bien a todos, es imposible que alguien rechace esa oferta.

Se sentaron y empezaron a tomar mate, la muerte le dijo:

-Abuelita, usted no sabe quién soy yo.

-¿Cómo no voy a saber? si usted es muy conocida, es la misma muerte y la estaba esperando, aquí vivo sola, nadie me viene a ver; la muerte se volvió a sorprender por la tranquilidad de su cliente.

La abuela le dijo:

-Cuénteme cómo es su trabajo.

La muerte le contestó:

-Todos me temen, tengo mucho trabajo, por ejemplo cuando cae un avión, accidentes carreteros, hospitales, etc., etc. Soy muy rápida, casi siempre voy detrás de una bala disparada, atraviesa la persona y ¡zas!, muere, ese es mi trabajo.

-¡Increíble, fantástico!, -exclamó la abuela-, ya que somos conocidas me podría hacer una prueba.

-Claro-, contestó la muerte. La veterana tenía en la mesita una botella cervecera con un poco de vinagre y aceite para aliñar las ensaladas. -Mire, le dijo, ¿ve esta botella?, ¿puede usted meterse adentro?.

-Es lo más fácil-, fue la respuesta, y dicho y hecho, la muerte dio un salto y se metió adentro. Entonces en forma rápida, casi increíble, la abuela tomó un corcho y tapó la botella, dejando encerrada a la muerte, se cercioró que el corcho estuviera bien apretado, y llevó la botella cerca de su casa, hizo un hoyo y enterró la botella. Con tranquilidad la abuelita regresó a su casita y exclamó, -¡la muerte conmigo no!, ¡ha, ha, ha!.

Hay una pausa, todos estamos pendientes con el cuento. Don "Leuterio" se arregla en el asiento y continúa.

-Bueno, la muerte ya no existía, nadie moría, era algo anormal, los que más empezaron a sufrir era el grupo llamado los "bolseros camuflados", algunos no esperaron más y se pusieron a trabajar, otros se fueron al norte a recolectar fruta. Siguió pasando el tiempo y este fenómeno empezó a crear serios problemas, aumentó la población, se empezó a pasar hambre, los espacios se fueron achicando. Fue entonces que el patrón del fundo hizo una reunión y se llegó a la conclusión de contratar a un experto en aumento de alimentos.

Llegó el experto de la capital, era un chute vestido a la moderna, con pelo bien largo, traía muchas cajas y paquetes. Empezó inmediatamente su trabajo, desarrolló un aparato que funcionaba con electricidad, era una computadora de alta resolución la tecló en repetidas ocasiones y dijo a todos leyendo la pantalla:

- 1) Aquí aumentó la población pero no la producción.
- 2) Debemos aumentar la producción para tener la solución.
- 3) Para hacer esto debemos colocar riego para así mejorar las cosechas.
- 4) Para hacer riego tenemos que atajar el río y hacer canales.

El patrón dijo:

-Todos a trabajar.

Llegaron los topógrafos y se inició la obra, el canal siguió su curso; pero el progreso trae sus problemas, el canal pasó por el lado de la casa de la viejita vivaracha y un día cualquiera un trabajador enterró la pala y sacó la botella cervecera, se veía muy bien tapada, el huaso la tomó y exclamó:

-¡Meñ! ¿qué significa esto?.

Llamó a los otros trabajadores y dijo:

-Fíjense, esta botella estaba enterrada frente a la casa de la "Veterruga". Todos la observaron y no sabían el contenido, entonces dijo un huaso:

-Quiebra, esa lesera de botella.

Dicho y hecho, la lanzó contra una piedra, ¡Mansa sorpresa! vino una tremenda explosión y se escapó la muerte. Casi todos esos huasos murieron al instante porque estaban viviendo demás.

Esos días la muerte tuvo mucho trabajo, murieron los patrones viejos y también la viejita vivaracha y desde ese día la muerte quedó libre. Si no me creen, vean las noticias en la radio, diario, televisión; todos los días hay defunciones. Lo que les puedo decir a ustedes:

-Si algún día están enfermos graves, tengan una botella destapada a mano y pídanle a la muerte que les haga una prueba: si se puede meter dentro y ustedes tapanla, es muy difícil y eso es todo.

Es muy tarde, mañana tengo mucho trabajo, me voy para mi casa. Por el camino pienso, el cuento es muy original y bonito, voy a tratar de que nunca se pierda.

**HUMBERTO JOSE CUEVAS CUEVAS, 52 AÑOS
TRABAJADOR RURAL
TEMUCO, IX REGION**

EL ANHELADO PERDON

Había una vez un matrimonio campesino. Vivían en un pueblo llamado El Laurel, tenían dos hijos varones de quince y veinte años respectivamente; era una familia unida, pese a los problemas económicos que tenían.

José, junto a sus hijos, trabajaban mucho las tierras, pero no les daban resultados, porque estaban muy gastadas.

Cierta día, José comunicó a su esposa María y a sus hijos Pedro y Carlos que un amigo lo había invitado a viajar a la capital para buscar un trabajo que les permitiera vivir un poco mejor, y que él se comprometía a enviarles dinero todos los meses, María y sus hijos aceptaron la idea sabiendo que lo extrañarían mucho, y así sucedió, José y su amigo se fueron a la capital.

Fueron transcurriendo los días y María recibió carta de José, le decía que ya tenía un excelente trabajo y a fin de mes les enviaría dinero.

Llegó el día en que a José le pagaron su sueldo y lo primero que hizo fue enviarle dinero a su familia.

Pero José no cumplió con lo que le había prometido a su esposa. Sólo siete meses les envió dinero y después María perdió toda comunicación con José. María lloraba, extrañaba mucho a José, y temía que algo le sucediera.

Pero cierto día llegó una carta, María estaba feliz, porque al fin iba tener noticias de José, Carlos abrió la carta y empezó a leerse a su madre; ¡grande fue la sorpresa! la carta la escribía el amigo de José y ahí le comunicaba que hacía un mes que José había fallecido, María y sus hijos no podían creerlo y lloraban desconsoladamente. Pero esto no era así, ya que todo lo había planeado José para alejarse de su esposa e hijos debido a que en la capital había conocido a una mujer, se había enamorado de ella y ya estaban viviendo juntos.

En el campo todo era tristeza, no podían conformarse con la pérdida de su ser querido. Así pasaron unos meses y María dió ánimo a sus hijos, diciéndoles que tenían que seguir trabajando para salir adelante.

Y así lo hicieron. Pedro y Carlos ya eran unos hombres y empezaron a trabajar duro, querían ver a su madre bien y feliz, que no le faltara nada. Sacaron todo el dinero ahorrado, contrataron gente y arrendaron tierras, sembraron de todo lo que les daría buenos resultados.

En cambio a José le iba muy bien en la capital y a la otra mujer le compraba de todo lo que le pedía.

Desgraciadamente a José no le duró mucho su buena suerte, en su trabajo se perdieron unas herramientas, lo culparon del robo y lo despidieron, José se sentía muy mal, no encontraba trabajo y por esto discutió mucho con la mujer, hasta que ésta se aburrió y lo corrió de la casa y no dejó que se llevara nada.

José no tenía donde ir, andaba vagando por distintos lugares, pensando en lo que había hecho con su verdadera familia, y estaba recibiendo el castigo de Dios.

En cambio Dios no abandonó a María. Cosecharon tanto que decidieron vender todo lo que tenían e irse a otro lugar llamado El Manzano, allí compraron la casa más linda del lugar. Carlos y Pedro decidieron contratar una empleada para los quehaceres de la casa.

José decidió venirse a su lugar de origen y pedir perdón, pero cuando venía viajando se arrepintió y se bajó en el pueblo del Manzano. Preguntó donde podía encontrar algún trabajo, allí le dijeron que muy cerca del lugar donde estaba había una inmensa casa y necesitaban un empleado para cuidar el ganado. Llegó a la casa y golpeó, salió Carlos. Al reconocer a su padre se desmayó. María salió a ver que sucedía, quedó sorprendida al ver a José que no había fallecido como se lo habían comunicado, exigió que le explicara todo de principio a fin. A José no le quedó otra alternativa que decirles toda la verdad y cuando había finalizado con su desagradable historia se arrodilló y pidió que por favor lo perdonaran y le dieran una oportunidad.

María y sus hijos, después de mucho pensar decidieron perdonarlo y empezar todo de nuevo, José les prometió que nunca más se volverían a separar y así termina la historia, José recibe el anhelado perdón.

MARIANA ELENA ABARCA A.
HIJA DE MEDIERO
CURICO, VII REGION

JUVENTUD NO DESEADA

Soy una niña que a mis cortos catorce años no le encuentro sentido a mi vida.

Apenas sé leer, escribir casi nada, estoy tan triste y rara.

Hoy mi mamá me pegó, pero no fue como otras veces. De repente me gritó "pajarona" y me lanzó un palo de leña, yo traté de hacerle el quite, pero con tan mala suerte me llegó en el brazo, se me hinchó como un globo y yo pensaba que ningún dolor me afectaría.

Quedé allí, en un rincón, retorcida, pero ella me sacó diciendo "anda pa'onde el viejo Ru'en y que te vea ese brazo, dile que te caíste, lo entendiste bien". Obedecí y a la vuelta el viejo me acompañó a la casa y habló con mi mamá, le dijo que me había vendado y que con eso sanaría; ella casi ni lo miraba, seguía atizando el fuego para que la comida estuviera lista. Don Ru'en seguía hablando y le cobró quinientos pesos, ella se apuró en contestar "le pagaré cuando ésta se mejore, ahora no tengo plata".

Pensé que como no le pagaron no vendría más, me equivoqué; a los dos días vino a verme, me preguntó que cómo me sentía, le contesté con toda mi voz pensando que me iba a salir un vozarrón, pero lo único que conseguí fue un pequeño hilo de voz, "estoy bien", pero él me sacó la venda y sonrió, el brazo estaba igual "no mejora na'". Con razón no podía dormir en la noche, si parecía que me dolía hasta el pelo. Tomó mi brazo y vuelta a tirarme los dedos y tratar de marearme con sus discursitos históricos, pero el dolor fue tan fuerte que sentí que todo a mi alrededor se oscurecía y no supe más, hasta que desperté cuando me golpeaban la cara, pero ya me encontraba vendada con el brazo inmóvil pegado a mi pecho, el viejo se fue sin un peso.

Mi mamá me ordenó "párate, te creí una reina", yo no quería pararme porque me parecía tener un bombo dentro de mi cabeza, ella me quitó rápido el dolor porque me pescó del pelo y me zamarró mandándome a comprar el pan, en el camino me puse a pensar si siempre será así, golpes y golpes.

Siempre he querido saber quién es mi papá, y por más que lo pregunto nadie me dice. También quisiera saber por qué es el odio de mi mamá, mi vecina dice que ella está celosa, y yo enoja' le dije que era mal pensá', pero ella insistió y me hizo ver que el hombre que duerme con mi mamá me mira mucho con ojos golosos, como quien mira un pastel.

Como la casa es solo una pieza en la cual se come, duerme y cocina, no hay lugar para desvestirse. Tengo que hacerlo tratando que no se me vean los pechos y el brazo enfermo que no me ayuda pa' na'; yo no puedo esconder lo mío, mi vecina dice que tengo que darle mi cuerpo a un hombre que ame de verdad, pero que tengo que estar casada, yo le digo que quien se va a casar conmigo si soy alta, flaca como manguera, sucia y hedionda a pichí, porque mis hermanos de tres y cuatro años duermen conmigo, y no hay donde bañarse.

Mi mamá parece coneja esperando guagua y se aprovecha de eso para mandarme; ¡Moly hace esto, Moly hace esto otro! ; Moly aquí, Moly allá...

El otro día la vecina Evelin y su conviviente estaban super curados, ellos tienen dos hijos, y los fines de semana se los van a dejar donde su mamá, porque siempre queda la grande, pelean por todo. Este fin de semana fue peor, él le pegó la dejó toda machacada y se mandó a cambiar. Ella tomó la parafina derramándola en toda la casa y le puso fuego, hubiesen visto el medio incendio que se formó, tomó las casas de varias vecinas incluyendo la mitad de nuestra pieza. Toda la gente estaba alborotada tirando agua al fuego. Llegaron los bomberos y los carabineros y también un montón de copuchentos que fueron a puro estorbar.

Luego comenzaron a averiguar cómo pasó, y mi mamá fue la primera en prestar declaración, y dijo todo lo que vio. Es primera vez que escucho que no le pone más de lo que es.

Todo terminó con diez casas quemadas y la Evelin presa.

Al rato llegó gente de la Municipalidad a encuestar a todas las personas. Mi mamá no se perdía ni una, nos trajeron piezas, camarote, frazadas, colchones, ropas y alimentos para todas las personas que se quedaron sin casa. Parecía la Pascua de los ricos.

Se hizo una reunión en la Municipalidad, donde anunciaron que darían casa a todos si ponían dos mil pesos por familia y tenían que tener una libreta de ahorro.

A mi mamá con tanta reunión y trámite no la veía casi nunca, todo estaba bien porque cuando ella llegaba y yo tenía todo listo.

Hoy no me fue muy bien que digamos, porque se me quemaron los porotos y cuando supo empezaron la de palos, en una de esas tomó un leño encendido y en vez de atizar el fuego me atizó a mí, y cual sería mi desgracia, en el mismo brazo que hace pocos meses atrás me había quebrado, salí gritando y metí el brazo bajo la llave y fui donde el viejito. El me vendó y puso hierbas medicinales. Pasaron varios días y la mano no mejoraba, tute que ir al consultorio. Hice una mensa cola sin saber que para las curaciones no había que hacerlas.

La señorita que me atendió me dijo que tenía que pasar al médico, después me pusieron una inyección. Con mi brazo vendado me sentía super rara.

Mi mamá lo primero que me preguntó fue si yo le había dicho que ella me había quemado, le contesté que cómo se le ocurría que iba a decir eso, después me mandó a hacer las cosas que hago todos los días, levantar a mis hermanos, cocinar, etc...

En la tarde me echaron pa' fuera el hombre con mi mamá, mis hermanos y yo teníamos más frío y ellos no nos querían abrir la puerta; yo me preguntaba, ¿qué estarán haciendo?, como tenía tanta duda vine y me puse a sapear por un hoyo y vi cosas que para mí eran desconocidas.

Al rato después nos dejaron entrar y me pude acostar, pero no dormir y me hacía una y otra pregunta.

Al otro día llegaron de la Municipalidad, avisando que nos había salido casa, todos saltaban de alegría y estaban ansiosos que llegara el día tan esperado.

Mi mamá se creía to'a, me llamó a un lado y me dijo: "¿Quieres saber quién es tu papá?". Yo contenta y asombra' le dije que sí. "Te lo digo con la

condición que te vayas y no vuelvas más, Benjamín no está igual y estoy segura que es por tu culpa, tú ya estay creciendo y yo estoy vieja y no quiero quedarme sola y que él se vaya con vo', toma aquí tení la dirección en Santiago y su nombre, ándate y no vuelvas nunca", yo pesqué el papel y me dí media vuelta, total no estaba ni ahí con la casa nueva y con el viejo ese.

Logré dar con la dirección y en realidad vivía ahí, él se llamaba Luis, estuvimos conversando un largo rato, él insistía en que me fuera porque no se podía hacer cargo de mí, al final de cuentas me quedé porque su mujer dijo que era mejor, pero que tenía que trabajar porque no podía estar de carga para ellos.

Salí a buscar trabajo, pero no encontraba na', me hice una amiga, la Pauli, ella me dijo que con esa ropa no iba a conseguir pega así que me pintó y mi prestó ropa.

Me acompañó a buscar trabajo pero tampoco encontramos nada, me dijo que se tenía que ir porque tenía que ir a trabajar, le dije que a qué hora entraba y ella me respondió que no tenía horario, que ganaba lo que ella quería y que ella era su propia patrona, le dije que me metiera y me dijo que no porque yo era muy chica y que después podían haber problemas.

Llegamos a la casa y se arregló, se puso una mini bien cortita y apretuja' al cuerpo y unos zapatos con taco, se veía super linda, se fue y llegó al otro día en la mañana bien temprano y me dió plata delante de mi papá y él me mandó a comprar vino, era más borracho.

Varios días después conseguí trabajo de empleada puertas adentro, la Sra. Emiliana me mostró mi pieza y me dijo todas las cosas que debería hacer, me presentó a su marido quien apenas me miró.

Al otro día me despertó temprano, estaba muy oscuro, me bañé con agua helada, después ella me pasó unos calzones y un vestido que era de ella y me quedaba grande, largo y ancho, ella lo compuso con un cinturón.

Comencé a trabajar y el primer día me corregía casi todo, el segundo y el tercero también y el cuarto día cuando estaba a punto de echarme le avisaron que su mamá estaba enferma. En la tarde llegó el patrón y le conté lo que pasó, él no le dio importancia y dijo que se iba a bañar; al ratito gritó: "Moly tráeme la toalla, éstas están húmedas", yo fui y puse mi mano con la toalla y él en vez de agarrar las toallas agarró mi mano y me metió al baño de un solo tirón. Comenzó a sacarme la ropa y luego a besarme los pechos, yo no gritaba, no sentía nada, sólo curiosidad por saber y hacer lo que tantas veces ví por un agujero a mi mamá y ese hombre. En mí fue algo más fuerte y no supe cómo pasó.

El me dijo que no dijera nada y que me daría plata.

Esa noche no pude dormir pensando en lo sucedido y deseando que todo volviera a pasar.

Me levanté en la mañana y la patrona fue a la feria, él estaba acostado, fui a la pieza, se levantó rápido de la cama, me tomó y pasó todo nuevamente, después él me dio plata. Al rato llegó la patrona retándome porque no había hecho nada y me echó, el patrón no dijo nada y se hizo el lesa.

Cuando llegué a la casa le conté a la Pauli, dijo que estaba lista para trabajar en su negocio, me enseñó como pintarme, con mi plata me compré un vestido usado, pero super lindo, ella me prestó sostén y calzón, me hizo tragar unas pastillas y me dijo que no debería dejar de tomarlas porque si no quedaba esperando guagua.

Fuí con ella a la rotonda de Grecia y comencé el camino de prostituta.

¿Cuándo saldré de allí?, no sé, pero lo peor es que me gusta, estoy enviada. La vida es fácil, no tengo remedio.

Pauli me enseñó mucho, aunque ahora anda medio enojá' conmigo porque gano más que ella.

"La gente es un libro abierto, la cual hay que explorar, para llegar al fondo de ella y encontrar una gran verdad".

**ALICIA GUEVARA HERNANDEZ, 17 AÑOS
HIJA DE PARCELERA
LO CAÑAS, REGION METROPOLITANA**

MENCION ESPECIAL



SERAFIN Y SU PERRO

Serafin era un solitario campesino que vivía humildemente en compañía de un perro, este buen muchacho había crecido en una Isla de Chiloé llamada Meulin. Los chilotes son muy buenos para contar, en las noches, emocionantes narraciones. A Serafin desde niño le habían dicho que cuando había tempestad la almas de los muertos salían desde el cementerio a vagar, y los gemidos de éstos se confundían con el ruido del viento, las pobres almas errantes emitían un ruido así...ouh...ouh. que se confunde con el viento.

Una tarde después de trabajar en el campo duramente, Serafin y su perro volvieron a su hogar, muy cansados y hambrientos. Como de costumbre, Serafin preparó una tortilla al rescoldo, prendió el fogón para calentar la arena donde se cocinan las tortillas. El se sentó al lado del fogón esperando que se cocinen la tortillas, el perro se echó a su lado y afuera había empezado una tempestad, esto en Chiloé es común, el viento soplabá fuerte con su ruido... ouououh. Serafin pensaba, las almas de los muertos salieron a vagar, como allí cerca estaba el viejo cementerio, él no tenía miedo de los muertos, decía:

-¡Pobres, deben tener frío!

Pero el perro sabía que su amo era ingenuo. El sí tenía miedo de esos horribles gemidos. De pronto llamaron a la puerta. Serafin pensó, debe ser mi compadre "Pancho" que viene a buscar su yegua. El compadre Pancho tenía una vieja yegua que siempre que había tempestades iba donde Serafin a refugiarse. Serafin abrió la puerta y dijo: pase compadre Pancho, sin mirar quien era.

Una voz le contestó:

-Pueedo pasaar, haceee muuuuchoo fríooo.

El buen Serafin pensó, sin mirar, como era su costumbre, "debe ser un forastero", y se puso muy contento porque tendría con quien conversar en esa horrenda noche. Invitó al recién llegado a sentarse alrededor del fogón y le dijo que tenía unas ricas tortillas de rescoldo y un sabroso mate.

El perro tiritaba de miedo y se decía para él:

-Este Serafin siempre el mismo, no mira a quien deja entrar, ¡a un esqueleto!

Y así era, queridos niños, el esqueleto de un muerto que había salido a vagar en la noche de tempestad.

Serafin, feliz de tener un invitado le sirvió mate y tortillas y conversaron de todos los temas.

Serafin no se daba cuenta que su invitado era nada menos que un esqueleto, hasta que le ofreció más tortillas y éste le dijo: "gracias, no me sirvo más", por mis muelas.

Serafin le preguntó:

-¿Le duelen?.

El esqueleto le contestó:

-¡Se me acaba de quebrar la última que tenía!

Serafin se sorprendió un poco y dijo:

-¡Estaban un poco duras las tortillas!

-¡No es así!, dijo el esqueleto, lo que pasa es que esa muela estaba muy vieja.

Serafin lo miró, cuál no sería su sorpresa al ver a un esqueleto bastante podrido, casi de desmayó... El esqueleto lo consoló y le dijo:

-¡No tenga miedo, no le voy a hacer daño, lo único que quiero es tener un amigo donde ir en las noches de tempestad!. Y se pusieron a conversar como si nada raro hubiera allí.

El perro estaba furioso con Serafin, sentía celos del esqueleto. Y así queridos amiguitos en las noches de tormenta en la Isla de Maulín, Serafin recibe a su amigo esqueleto y a muchos más y hacen fiestas y bailan el tuis del esqueleto, el perro también.

Amiguitos, cuando ustedes hablen con alguien, mírenlo.

RENE MARTINEZ A., 10 AÑOS
ESTUDIANTE
PUDAHUEL, REGION METROPOLITANA

OTROS CUENTOS

El jurado del Primer Concurso Nacional de Historias y Cuentos Campesinos, organizado por FUCOA, realizó una labor exhaustiva y altamente profesional. Según las bases, sólo tenían la posibilidad de elegir tres cuentos ganadores y siete menciones honrosas, sin embargo, por la calidad de los trabajos, se excedieron en dos siendo una de ellas una mención especial escrita por un niño de 10 años. Además, el equipo organizador de la Fundación de Comunicaciones del Agro, consideró otros cuentos que, más allá de su calidad literaria, resultan valiosos pues reflejan la gran diversidad presente en nuestros campos, sus etnias, sus costumbres, sus leyendas y su idiosincracia.

De entre todos ellos, seleccionamos algunos. Hubiéramos querido publicar muchos más, pero sólo estos pudieron ser incluidos en este libro.

PICHI FILEU

El lugar donde vivía el Cacique Panguinao, (que significa Tigre de los Nalcales) era muy hermoso. Había un claro en medio del bosque, lo suficientemente amplio como para que se juntaran los mocetones de varias rucas a jugar al palín o chueca. Había allí también una preciosa laguna que les servía para refrescarse después de los encuentros o durante ellos, en los días de calor.

El viejo Panguinao era un hombre orgulloso; su mujer sabía arreglar la lana y se entretenía horas en el rústico telar en donde apretaba el tejido con un pedazo de costilla de ballena traído por sus hijos de Morhuilla, lugar costero, desde donde se solía extraer cochayuyo, luche, ulte y peces. Nadie mejor que ella conocía las yerbas adecuadas, los barros y hollines para teñir sus lanas y obtener tejidos maravillosos. Aparte de eso, se sentía orgulloso por vivir muy cerca del lugar que dio origen al más grande caudillo de su pueblo, cuyo nombre estaba simbolizado con el de dos piedras o pedernales de gran significación: "queupu" y "lican"(Caupolicán).

Como si todo esto fuera poco, Pillán había permitido el nacimiento de una niña cuando él pensaba que su mujer no tendría más hijos.

Pasó un tiempo lleno de felicidad y de mimos para la pequeña que, a medida que crecía, mostraba un cuerpo frágil y una hermosura poco común entre la gente que la rodeaba. Esto hizo que todos la llamasen "Pichi Fileu" (pequeño espíritu).

Pasaron primaveras, veranos, otoños e inviernos y, a medida que Pichi Fileu crecía y corría por los prados imitando con sus labios el trinar de las diucas que al amanecer inundan el bosque con sus cantos o el cantar de los tordos que en los próximos huallisales parecían descansar, su físico se tornaba más delicado, su voz más suave y melodiosa y sus ojos negros eran tan mansos y tranquilos como el agua de aquella laguna junto a la cual enredaba sus negras trenzas.

Una tarde, después de partir avellanas junto al fuego, el viejo Panguinao pidió a su hija que le acompañara con el cultrún mientras él tocaba la trutruca. Ella accedió y muy pronto la suave y monótona melodía de cortos compases inundó el prado, pareció juguetear con la hierba para unirse y perderse con el murmullo del río Tuucapel.

Después de un rato, mientras tocaban, la joven sintió que sus brazos apenas podían sostener el instrumento, se sentía desfallecer y una especie de fatiga inundó su cuerpo. El anciano, alarmado al darse cuenta, trató de reanimarla y dando grandes voces pidió ayuda. Uno de los mocetones que estaba por ahí, al percatarse de la situación tomó su caballo, atravesó veloz el claro, perdiéndose en el bosque en busca de la Machi o Meica para que viniera a ver a su hermana.

Largo rato había transcurrido, cuando se sintieron las pisadas del caballo que se aproximaba a la ruca. Pichi Fileu yacía en un camastro con pieles de oveja, próximo al fuego, el que dejaba escapar un humo azulino que se filtraba

por el tejido de chupón y ratonera que servía de techo a la habitación, el hollín que pendía de los maderos del techo hacía que la pequeña llama de los leños mostrara distintos matices en su colorido.

Después del saludo, que consistió en una especie de abrazo desgano, la machi escuchó la información del viejo. Luego repuso mai-mai, como queriendo decir "está bien". Sacó yerbas de un bolso de lana y en una fuente de greda empezó a preparar un brebaje, "con esto se pondrá mejor", dijo. Al día siguiente muy temprano tomó el humor (orin) de la enferma y lo miró a la luz, "no hay enfermedad exclamó: espíritu perturba niña, dijo, habrá que machitucar".

El sol empezaba a declinar frente a la ruca. En una cama de pieles reposaba la niña, su rostro pálido se veía más hermoso, sus largas trenzas negras hacían resaltar la incipiente formación de sus senos y las flores amarillas del Prado sobre el cual yacía la enferma daban cierta solemnidad y grandeza al ritual.

La Machi tocando el cultrún y profiriendo unos gritos indescifrables empezó a bailar. Luego salieron unos hombres en unos caballitos de palo con unos manojos de crin en su extremo para hacerlos más reales y empezaron a girar frenéticamente alrededor de la enferma al ritmo del cultrún, dando grandes gritos para corretear a los espíritus malos.

La niña se incorporó en su improvisado lecho al tiempo que la Machi, dando un gran grito, caía al suelo en estado de trance. Pasados algunos momentos la mujer se incorporó de nuevo y, tendiendo las manos a Pichi Fileu, la invitó a ponerse de pie. Con voz clara y fuerte dijo a los presentes: "Pequeño Espíritu será nueva Machi, pronto volará a mawida (montaña), verá Pire (cordillera andina), escuchará Pillán".

Había transcurrido bastante tiempo desde el momento en que la Machi anunciara a Pichi Fileu y su familia la vocación de machi de la niña. Ella no participaba de las entretenciones de los demás y llevaba una vida retraída y solitaria. Algunos mocetones se acercaban a ella tratando infructuosamente de invitarla a los juegos o competencias, donde se esforzaban por mostrar sus habilidades, pero Pichi Fileu prefería observar a las aves, las flores o las plantas.

Una tarde, durante una competencia de Palines, en que los gritos de los jóvenes alentaban a los participantes, la niña tomó el cultrún que permanecía colgado de un poste de la ruca, se sentó cruzando las piernas sobre el cuero de una vicha (oveja) negra que servía de piso y empezó a tocar el instrumento. No lo había tocado desde aquel día que le era inolvidable. Sentía cierto temor al hacerlo, pero al mismo tiempo sentía la necesidad de aquel ritmo que la embrujaba. Colgó los cascabeles metálicos en sus menudos dedos y, con mucho ritmo, empezó a golpear el instrumento. Muy pronto sintió aquella sensación que ya le era conocida. Una especie de mareo la obligó a doblar su cabeza sobre el pecho. La fatiga se apoderó de su cuerpo y sintió que el cuero en que ella se había sentado, empezaba a moverse. Un escalofrío recorrió su frágil cuerpo; aquel cuero no era tal, ella estaba sentada en el lomo de un curiñaco (cóndor negro), el cual, agitando sus poderosas alas, cruzó el campo conocido como Cuyimpalihue y se elevó sobre el bosque, internándose por una gran quebrada llamada Caramávida.

La pequeña Fileu se aferró como pudo al plumaje del pájaro. Aterrorizada miraba el río que se desplazaba entre los matorrales y, al fondo, vio un hermoso cerro coronado de araucarias que es conocido hasta hoy con el nombre de "Pichi Nahuel".

El ave agitó con fuerza sus poderosas alas, tomando más altura, y la pequeña vio con estupor algo que le era absolutamente desconocido, ¡El Pire!, (la Cordillera Andina nevada), la habitación de Pillán.

Fileu no salía aún de su confusión y miedo cuando el pajarraco se posó sobre una inmensa roca que emerge con majestuosidad sobre la copa de los Pehuenes o Pinos Araucarias, que en ese lugar llegan a medir entre treinta y cuarenta metros de altura, desde esa roca que es conocida como Piedra del Aguila, justamente por haberse posado en ella el Curiñaco, la niña pudo ver el Lafquen (mar), la isla en que habitan los espíritus de sus antepasados (Mocha) y las rucas de Pillán en el Pire (Nieve de Volcanes). Rápidamente la joven se apeó del animal sin siquiera fijarse si era cóndor, águila u otra especie y, descendiendo por el peñón, se internó por un sendero del bosque. Un impulso irresistible la obligaba a caminar. Pudo, sin embargo, observar lo maravilloso del paraje, donde el sol hacía penetrar tímidamente sus rayos entre el follaje de los árboles mientras los choroyes o cachañas celebraban vocingleros cuando lograban arrancar un diente o piñón a una cajeta, permitiendo que ésta se desgranase, cayendo desde lo alto una lluvia de piñones, mientras en el aire quedan flotando sus envolturas como enjambres de mariposas.

La joven caminaba entre absorta y distraída en ese paraíso vegetal, cuando, un feroz estruendo sacudió la tierra y un ruido subterráneo pareció recorrer los cimientos mismos de la Cordillera de Nahuelbuta. Su primer impulso fue regresar y, al darse vuelta, vio que dos jóvenes se le acercaban. La pequeña Fileu iba de sorpresa en sorpresa y de asombro en asombro, cuando uno de ellos le preguntó: "¿Tú eres la Machi de Cuyimpalihue?". Ella asintió tímidamente con la cabeza. "¿Escuchaste la voz del Pillán?". La niña volvió a asentir. "Hemos venido a encontrarte", dijo el otro joven. "Quiero volver a mi ruca", dijo la niña. "¡No!", dijeron ellos al unísono, "Tenemos una casa para ti, tendrás que quedarte y cuando la luna salga deberás bañarte en la laguna que está al pie del Pichi Nahuel. Entonces Pillán hará de ti, pequeña Fileu, la Machi más famosa de tu pueblo". Un nuevo estruendo pareció confirmar lo dicho por los jóvenes. Un resplandor rojizo iluminó la Cordillera Andina. Luego hubo silencio, solo silencio.

Los jóvenes la acompañaron hasta el lugar donde debía quedarse. Una enorme piedra parecía haber sido colocada sobre otras que formaban un semicírculo, dejando una amplia cavidad (Casa de Piedra). "Aquí es", dijo uno de ellos, "no temas", agregó el otro, "nosotros cuidaremos la entrada hasta que la luna salga". La niña se acostó en su interior. Estaba cansada y todo era confuso para ella. Ese viaje sobrenatural, esa cordillera que se divisaba a lo lejos con sus rojos resplandores, esos jóvenes tan amables y desconocidos que la cuidaban con tanto esmero...Pensaba en su ruca, en su gente, en la Machi que había anunciado aquéllo sin que ella pudiera imaginar cómo se realizaría.

Mientras ella estaba sumida en estas reflexiones, una claridad recortó la silueta majestuosa de las araucarias. "Es hora", dijo uno de los jóvenes desde

afuera. La niña dócilmente seguía las instrucciones. Salió de la Casa de Piedra y caminó por el sendero hacia la laguna. Una niebla flotaba sobre los totorales. Arriba, la luna llena mostraba algunas nubecillas que, como un suave velo, la acariciaban. La niña quitó la faja de su cintura y el chamal se deslizó suavemente por su cuerpo hasta los pies. Después de mirar, como un asustado Pudu, hacia todos lados, penetró lentamente en la laguna. Su hermoso cuerpo, la luna, las nubecillas, se reflejaban graciosamente en el espejo del agua. Un nuevo estruendo rompió el encanto del paisaje lacustre y la niña, temerosa, salió de él cubriendo su cuerpo con el chamal.

Rápidamente retornó a la Casa de Piedra. En el camino encontró a los jóvenes. Ellos se acercaron y la besaron en la frente. Uno de ellos dijo: "Pequeña Fileu, desde hoy tú eres Machi y tendrás que decir a tu pueblo todo lo que has visto. Pillán ha dicho que este lugar es sagrado, que debéis cuidar sus árboles y los animales que aquí habitan. Si no lo hacen, El secará los ríos y el pueblo morirá. ¿Y ustedes quiénes son?" preguntó Pichi Fileu. "Nosotros somos mapuches igual que tú, nuestro nombre es 'cura' (Piedra) y estaremos aquí esperando que tú vuelvas".

Con las primeras luces del día la nueva Machi se encaminó al inmenso peñasco donde se había posado el Curiñaco. El ave estaba allí, parecía esperarla. La joven había perdido el temor, se acercó a ella y acarició su plumaje. Luego, como si fuera algo familiar, se sentó en el lomo. El ave estiró sus alas, enderezó sus patas y se lanzó al vacío.

Pichi Fileu, desde el aire, contempló los ríos que se deslizaban entre los inmensos helechos. A lo lejos divisaba la blanca espuma del mar y, más allá, recortándose en la bruma, la Isla Mocha, el lugar donde vivían los espíritus de sus antepasados.

Un remezón hizo volver a la niña a la realidad. Su familia la rodeaba expectante. Ella aún estaba sentada en el negro cuero de la vicha.

"Tú eres Machi, Pichi Fileu", dijo su anciano padre. "Eres Machi, Fileu", dijeron todos, "estabas ida desde ayer, ahora sabemos que eres Machi".

Al día siguiente había un Rehue frente a la ruca de Panguinao. El estaba orgulloso, su Pichi Fileu era Machi. Hizo colocar la montura a su caballo colicho llamado Lonco Tun (Cabeza Grande), se colocó su poncho más hermoso y, subiéndose al animal, dio varias vueltas en torno al Rehue.

En el Parque Nacional de Nahuelbuta, Octava Región, se encuentra la Piedra del Aguila: la Casa de Piedra, Aguas Calientes y, próximo a la Casa de Piedra, hay dos rocas muy grandes y hermosas que parecen esperar el regreso de la pequeña Fileu.

REINALDO MORALES VILLAGRÁN, 62 AÑOS
AGRICULTOR
CAÑETE, VIII REGIÓN

¡KUNTUR!!

El vetusto reloj indicaba que el mediodía ya se aproximaba lentamente y, en pocos minutos más, anunciaría que había terminado la mañana. Un gran silencio reinaba en esos momentos en la parcela y la quietud se apoderaba del quehacer de la casa. El trino de los pájaros era el vivo mensaje reinante que tornaba más grata la estadía. La parcela donde vivíamos era desde hace poco tiempo atrás propiedad de mi madre, herencia que fue pasando de generación en generación y daba un aspecto más antiguo a la construcción de la casona pero, a pesar de esa simplicidad, dejaba ver algo más íntimo: era lo único de valor que poseíamos...

El sol se plantó en la altitud y sus rayos parecían cubrir, en toda su dimensión, aquella tierra reseca y polvorienta de esta zona desértica, que mostraba a simple vista el esfuerzo que teníamos que hacer para almacenar la escasa humedad que dejaban el regadío y el rocío del sereno de la madrugada. **ALQUI LLINTI**, el Padre Sol, quemaba con sus rayos. Así lo llamaba mi abuelo en su rústico idioma aymará (que siempre recordaba más que el castellano). El dejaba escapar a menudo algunas palabras en su idioma que generalmente yo no alcanzaba a comprender. A veces musitaba solo en algún rincón de la casona, creyendo tener la sensación de que vivía aún en el pasado de su juventud y tal vez su memoria desubicada le jugaba una mala pasada.

Mi abuelo fue un anciano muy sufrido, ya que vivió toda su vida en el Altiplano chileno y mostraba un aspecto más bien débil por el paso de los años. Su cuerpo adolorido reflejaba la falta de energías que perdió en un tiempo no muy lejano y su mente mostraba el olvido de la cuenta de los años. Su piel arrugada mostraba que hacía bastante tiempo que había doblado los ochenta años de edad, pero sus ojos tan vivaces reflejaban el seguro deseo de seguir viviendo una década más.

Le gustaba mucho tomar los rayos del sol y era muy puntual para hacerlo. Con su lento caminar, casi arrastrando sus débiles piernas, se le escuchaba por el viejo corredor de madera, sonido que era conocido por todos los de la casa. Su apariencia mostraba a un viejo tierno, que miraba pícaramente desde la lejanía todo el trayecto que debía pasar, esforzándose hasta llegar a su destino. Se sentaba en su rústica silla hecha de palos toscos, que un día encontró botados en el fondo del patio, los que guardó y con los que pudo armar su silla preferida. Desde aquel momento nunca la abandonó. Un sucio cojín cubría la superficie y se podía ver claramente el contorno desfigurado que indicaba los años de uso. Al parecer, ese cojín era tan viejo como mi abuelo.

Al llegar a su destino, se paraba frente a la silla y daba una ojeada a su alrededor. Observaba a la lejanía, como apreciando cuál sería el pronóstico del tiempo que debía continuar en las siguientes horas de la tarde. Si era de su agrado, movía la cabeza como dando su aceptación y se sentaba complacido para recibir los rayos del sol sólo en sus piernas, evitando cara o cuerpo, los que protegía debajo de una sombrilla. Sus ojos cansados contemplaban todo lo que podía apreciar y, de repente, se clavaban en la silueta del cerro, perdiéndose en la inmensidad.

De vez en cuando se agachaba para alcanzar a ver la plenitud del cielo, como buscando algo en el espacio vacío. Entonces, fijaba su vista en un punto lejano y exclamaba: ¡¡KUNTUR!!...¡¡KUNTUR!!, repetía entrelabios y su vista quedaba quieta y fija en un punto negro en el cielo.

¡¡KUNTUR!!, agregaba, y yo sabía que había visto a su hermano cóndor, como lo llamaba en su idioma aymará. Nunca nos pudo explicar cómo, a sus ochenta años, podía ver a un cóndor que volaba a más de cinco mil metros de altura. Era sorprendente.

¡¡KUNTUR!!, decía y sonreía con mucha satisfacción al poder ver una vez más a su hermano cóndor. Así disfrutaba del paisaje que a diario veía y que contemplaba tantas horas desde su silla. Pero cuando su hermano cóndor desaparecía, buscaba al resto de los animales y su vista era como un rayo. No tardaba en encontrarlos ocultos entre la maleza.

WANKU, musitaba con el hermano conejo; HAMACHCHI, sonreía al hermano pájaro; HUTURUNCU, se alegraba con la hermana paloma; YUTU, al ver la rápida hermana perdiz; HIWISA, indicaba con su mano a la hermana oveja... Y su sonrisa se reflejaba en su rústica cara cuando los veía.

A veces, las juguetonas nubes aparecían lentamente y se apoderaban del cielo con un suave movimiento y el abuelo gozaba con aquel espectáculo y el colorido del paisaje: HUYPHI HANKKA (nubes blancas) decía en voz baja y temblorosa, siguiendo con su vista esas nubes hasta que se perdían tras la colina.

Así transcurrían las horas hasta que su estómago le avisaba la hora de comer. Entonces comenzaba a mover suavemente sus pies antes de proceder a pararse y se iba al comedor. Se sentaba tras aquella mesa y comenzaba el ritual que nunca faltaba: el agradecerle al Tata Dios por aquella comida brindada. Siempre daba el primer brindis a la PACHAMAMA (la Madre Tierra) y dejaba caer un poco de bebida de su vaso al suelo antes de beberlo, en gratitud por el alimento que le ofrecía la tierra y por ese vaso de vino que a diario disfrutaba. Luego, apaciblemente, paladeaba su merienda.

Siempre lo contemplábamos comer, porque nos parecía que disfrutaba placidamente su comida. Jamás hablaba mientras estaba comiendo. Solo nos miraba y seguía comiendo.

Terminada su merienda, se limpiaba la boca con un mantelito que siempre tenía a su lado, jamás le pudo faltar, porque era su mantel preferido que le había tejido la abuela antes de morir. ¡YUPAYCHASIRI, HACCHA CAPAC!...(Agradecido Gran Dios) decía y se retiraba a su habitación para tener una siesta reparadora, deslizándose lentamente a través del corredor de madera.

Cuando dormía no le gustaba que le interrumpieran su sueño y si por cualquier motivo no podía dormir tranquilo se levantaba con un genio de los mil demonios. En esos momentos era mejor no atravesarse en su camino. ¡¡HAMA HISKALLITA!!...(Chiquillo de m...) gritaba desde su pieza con su voz débil pero a la vez muy firme, llamándonos la atención por el desorden que hacíamos. De inmediato aparecía la figura de mi madre, amenazando golpearnos con una gruesa correa de cuero y nos obligaba a correr buscando refu-

gio para evitar la golpiza...¡¡HAMA HISKALLITA!!, se sentía la voz lejana de mi abuelo y la figura de mi madre tras nosotros...

Por la tarde, mi abuelo se levantaba y en un viejo lavatorio mojaba su cara con un poco de agua, pasaba sus manos por su cabello gris y luego lo ordenaba varias veces con una vieja peineta a la que le faltaban la mitad de sus dientes... Se dirigía a la ventana y contemplaba el ocaso del sol hasta que se ocultaba. Luego se encaminaba al lado de un antiquísimo sillón ubicado al lado de un brasero y se sentaba. Mi madre le preparaba su característico mate de hierbas, pero mi abuelo lo pedía antes de que ella alcanzara a llegar...¡¡KKO-RA!! (hierba) pedía y mi madre corría para complacerlo.

Este era el momento que más nos gustaba y que apreciábamos de verdad. Nos acercábamos animosamente al lado del abuelo y nos ubicábamos a su alrededor, generalmente sentándonos en el suelo. Pegaba dos o tres chupadas a su mate con una bombilla muy vistosa, reliquia de mi tatarabuelo que conservaba en un perfecto estado y que guardaba cuidadosamente. Tras uno y otro sorbo, le llegaban sus recuerdos a la mente y comenzaba a murmurar en voz baja, hasta que lográbamos oír algunas palabras en pésimo castellano mezcladas con sus habituales palabras en aymará.

Sus relatos eran los cuentos más fabulosos que jamás escuchamos de otra persona. Simplemente eran asombrosas sus historias que nunca supimos si eran reales o inventadas por su imaginación. Recuerdo que siempre comenzaba narrándonos historias de terror con las características animitas que penan y que rondan por esos lugares, historias de esos entierros que se encontraban por las quebradas de nuestros valles y nos mantenía a la expectativa de sus gestos y su golpe de voz que nos hacía saltar de vez en cuando...A veces coincidía que crujía la madera del pasillo del corredor y aprovechaba para decirnos que era una de las ánimas que estaba rondando por la casona, obligándonos a juntarnos más entre nosotros para no sentir miedo.

Muchas veces se recordaba de su padre y nos narraba las peripecias que éste hacía en sus andanzas por los cerros y las montañas del interior. Cada vez que contaba historias de su padre se emocionaba mucho, descansaba un momento y se notaba que su voz se quebraba por la emoción. Sacaba un pañuelo de su bolsillo y limpiaba su nariz, pero en realidad nosotros nos dábamos cuenta de que limpiaba sus ojos, ya visiblemente brillosos y húmedos, para que no lo viéramos llorar. Entonces, callaba por un momento y sus manos se ocupaban de salvar ese instante, pegándole una que otra chupada a la bombilla de su mate. Tras la recuperación de su estado anímico, el abuelo proseguía su relato y su voz volvía a su tono normal. Sus ojos mostraban restos de la emoción que instantes atrás le había invadido. Tan sólo yo me podía percatar de sus lagrimitas que le aparecían de vez en cuando, porque siempre me ubicaba a los pies de él, muy cerca de su alcance. A menudo, mi abuelo fijaba su vista en mí y me transmitía todo lo que le ocurría en ese instante, ya que el resplandor del fuego iluminaba vivamente aquellas lagrimitas escondidas dentro de sus ojos y que jamás se atrevían a salir y rodar por sus mejillas agrietadas por el tiempo, simplemente por temor a humillarse ante los demás. Eso jamás lo permitió mi abuelo y nunca se doblegó ante nadie por ninguna razón. En eso se medía la terquedad del anciano, tal vez dada por el gran temple de acero que quería

demostrar a pesar de sus años. Nunca se lamentó por nada, ni siquiera fue doblgado por enfermedad alguna.

Estos fueron los últimos recuerdos que tuve de mi abuelo durante mi infancia, porque en un amanecer quedó su silla vacía y su bombilla no fue ocupada más. Su figura no la sentimos caminar por los pasillos del corredor ni pronunciar queja alguna contra nosotros...El abuelo había partido para siempre de nuestro lado y nosotros lo echábamos mucho de menos, ya que sus narraciones de la tarde quedaron sin contarse, y la nostalgia se apoderaba de nosotros por querer ver nuevamente su figura característica arrastrando sus piecitos.

Esa tarde todo fue silencio en nuestra casona y mi madre tuvo que conformarnos diciéndonos que el abuelo había emprendido un vuelo muy alto para ir a reunirse con su hermano cóndor...¡¡KUNTUR!! se me repitieron sus palabras en mi mente: ¡¡KUNTUR!! se lo había llevado para siempre y nunca más volvería a nosotros.

Creo que el abuelo estará sonriendo en algún lugar del cielo y tal vez esté sentado en una sillita similar a aquella hecha de palitos rústicos que pudo haber encontrado en algún rincón del paraíso celestial y mirará las nubes blancas, HUYPHI HANKKA, que pasen, para poder observar un claro que le permita divisar nuestra casona desde el cielo o, tal vez, clavar su vista en un punto negro en la inmensidad para exclamar con emoción: ¡¡KUNTUR!!... ¡¡KUNTUR!! y seguir sonriendo tranquilamente...

CARLOS RAÚL LEIVA SÁNCHEZ, 49 AÑOS
JEFE DE TURNO DE GUARDIAS
TERMINAL DEL AGRO "ASOCAPEC"
ARICA, I REGION

SALTIKUNU - SALTIKUNU KPAY MUNTUYA
(asalto, asalto viene Montoya)

Del calor del fogón, en largas noches de invierno y mientras el mate recorría el círculo de familias, mi abuelo narraba cada episodio como si fuera ayer.

Corrían los años de 1870 y una relativa calma se vivía en Panul, comunidad del viejo Lonko Treumún. No más de 60 rukas componían la población ubicada al frente del río Imperial, en lo más alto del cerro para protegerse de los malones.

Por allí cerca vivía el cacique Calfucura que nunca tuvo paz con su vecino Treumún y, ansioso de quedarse con sus tierras, se unió a Montoya, famoso salteador de la zona, conocido por los mapuches como Muntuya y cada cierto tiempo se dejaba caer de noche, llevándose todos los animales y joyas que encontraba.

Un día se enteró el viejo Treumún que planeaban asaltarlo nuevamente, para decírselo a su gente, los reunió a todos.

- ¡Sé que les causará mucha pena lo que les voy a decir! pero llevo varias noches que no he podido dormir porque en seis días más vendrá Muntuya con Calfucura a saltearnos, yo ya estoy viejo y somos gente pacífica; creo que lo mejor es que busquemos nuevas tierras para vivir en paz. Calfucura no duerme pensando como arruinarnos y corretearnos de aquí para quedarse con nuestras tierras.

Todos se miraron y lentamente agacharon la cabeza, un silencio tenso se apoderó de la gran ruka, solo se escuchaba el ruido de la llama del fogón que consumía un grueso tronco seco; en ese momento salió corriendo Trecaman que, sentado en una ruma de papas escuchaba la conversación de los mayores. Con doce años, pícaro y vivaracho, el nieto regalón del Lonko Treumún, en un par de zancadas se perdió de vista. Había llegado donde su primo Lincovil, quien cuidaba las ovejas cerca de ahí y con lujosos detalles narró lo que acababa de oír.

- ¿Qué podemos hacer?, dijo Lincovil con pena y preocupación, ¡Yo no me quiero ir!, ¿Cómo vamos a dejar nuestro río?

- ¡Y nuestro columpio!, dijo Trecaman.

Si se iban ya no atravesarían el río en sus cascarones que usaban como wuampo ni volarían en los gruesos boquis del cerro, que colgaban de los centenarios pellines y que los llevaban al vacío entre el cerro y la parte baja que daba al río.

Comenzaron a juntar piedras grandes en el cerro. Abajo pasaba el camino estrechamente ya que luego estaba el río. También juntaron ramas secas. Pensaban atajar a los salteadores, prendiéndoles fuego a las ramas y lanzándolas hacia abajo, haciendo ruido con las piedras y tocando el kull-kull pensaban desbarrancar a los caballos y sus jinetes.

Pero su plan no dio resultado porque no habían oído la conversación de los grandes que, luego del prolongado silencio, prosiguió con las entrecortadas palabras del viejo Lonko:

- Quiero que les demos una sorpresa. Nos iremos al sur, a Coipuco, un día antes para que no encuentren nada.

Todos estuvieron de acuerdo, por lo que el Lonko dijo:

- Ya tenemos la cosecha guardada y los caminos están secos. Hay que reunir todos los animales, empaquetar las cosas, preparar el rokín y un día antes ocho valientes partirán con el arreo hacia Coipuco. Hay que hacer un espacio en medio de ese cardal que está al frente para esconder el rokín, las mujeres y los niños.

En ese momento se paró Catrifil, hijo del viejo Treumún y dijo:

- Padre, no olvidemos que Muntuya vendrá con unos diez bandidos y Calfucura se le unirá con otros tantos. Maldito perro, pensará que no sabemos que es él con sus zorros hambrientos, pero le daremos una lección... Escúchenme, Calfucura saldrá unos dos días antes para unirse con Muntuya en el escondite que tienen más abajo y dejará a sus mujeres, ancianos y niños solos. Esa tarde iremos unos cinco valientes y traeremos todos sus animales a nuestro corral. En la oscuridad pensarán que son los nuestros y se los llevarán muy contentos.

Lo felicitaron y de inmediato se ofrecieron los voluntarios. Todo se realizó como estaba planificado. Una tarde antes, ocho jinetes enfilaban hacia Coipuco, una caravana de carretas cargadas entró al monte ubicado a la vista del poblado. Al anochecer, mujeres y niños entraban al monte de cardos que alcanzaban tres metros de altura. Como a las nueve de la noche y sin ladrido de perros, entraban al corral los animales de Calfucura.

Recién se habían ido a sus vacías rukas, después de planificar la defensa, cuando comenzaron a ladrar los perros anunciando la llegada de los extraños.

Apagaron las luces que destellaban los secos coligües y se ubicaron en los puntos estratégicos con sus lanzas y palos, boleadoras, witruwues y lazos. Llegaba Muntuya, a todo galope, comandando a unos veinte jinetes, disparando al aire. Junto con los primeros disparos, el ladrido de perros y el bramar de animales, se escuchaba el kull-kull anunciando el salteo y el grito de alarma: "Saltikunu, saltikunu kpay Muntuya".

Muntuya esperaba encontrar dormidos a los desprevenidos indios pero, grande fue su sorpresa al encontrar un organizado recibimiento con lanzas, piedras, uno que otro disparo y algún jinete derribado por un certero garrotazo.

"Vánonos arreando, arreando", era el grito de retirada de los bandidos al ver que los animales se les dispersaban por el callejón. Varias rukas ardían iluminando el lepün (patio central). Uno a uno fueron apareciendo los defensores, nadie faltaba, nadie herido. Todos dormitaban después de saciarse con el asado de un caballo que habían derribado de un buen lanzazo en las costillas. Al amanecer recogieron carabinas, puñales, rebenques, esparcidos en el extenso patio rodeado de rukas.

Al tercer día tres caravanas se ponían en marcha en distintas direcciones. Habían decidido separarse ya que necesitarían muchas tierras para sus numerosos animales.

El viejo cacique Treumún con sus hijos, yernos y nietos, avanzó hacia Coipuco, ocupando alrededor de 300 hectáreas. Otra caravana se fue hacia Cudico, más al sureste y la tercera hacia Galvarino. Pocos años de tranquilidad tuvo el viejo Treimún. Al ver que sus animales y sus riquezas aumentaban, vino la envidia y la hechicería, que llevó a varios al empobrecimiento y a otros al cementerio.

Tampoco se imaginaron que Muntuya tuviera por acá un aliado, un viejo mapuche, que por parte del botín le servía de guía y le ocultaba en su casa mientras planeaban un asalto. Calfucura tampoco había olvidado la burla de años atrás con sus animales y, siendo también amigo de Canibur, urdieron la venganza.

Trecaman y Lincovil mozos ya, de más de veinte años, se habían convertido en brazos derechos de Chachay Treumún que, bastón en mano, permanecía sentado a la puerta de su ruka. Con sus 123 años, ya no le permitían caminar solo. Trecaman y Lincovil cuando no estaban escuchando los sabios consejos del abuelo, lo hacían reír con una u otra historia que inventaban.

Pero de repente apareció Muntuya con su aliado Canibur. Se dejó caer de sorpresa, en una oscura noche de marzo. El ladrido de los perros despertó a Trecaman y Lincovil que, de un salto, ya estaban en el "lepun" tocando el kull-kull, anunciando el asalto con el "Saltikunu, saltikunu kpay Muntuya".

Mientras salían los hombres a defenderse con las armas que encontraban a mano y uno que otro balazo con las dos carabinas que tenían en la comunidad, las mujeres con sus guaguas y sus joyas corrían a esconderse en la obscuridad.

- Entrégame eso, china de mierda...decían los hueñefes, al mismo tiempo que le echaban el caballo encima y le daban con el rebenque o la culata de la carabina.

Luego de sacar los animales del corral, saquear las rukas e incendiar algunas, Muntuya ordenó la retirada con dos disparos seguidos. Trecaman y Lincovil que no querían perder sus caballos, emprendieron veloz carrera para salirle a la cortada, saltando esteros, cruzando montañas, llegaron donde su amigo huinca Chandía. Por ahí cerca pasaba el camino. Le dijeron al huinca:

- Tú nos ayudarás con tu carabina. Cuando pasen, mientras les disparas nosotros nos encargaremos de nuestros caballos.

Mientras conversaban el plan escucharon el tropel de los animales. Chandía se ubicó detrás de unos troncos botados a poca distancia del camino. Trecaman más adelante y Lincovil a unos cincuenta metros.

Cuando estuvieron al alcance, Chandía abrió fuego y un caballo parándose en sus patas traseras echó a tierra a un jinete. Lincovil con su witruwue le hacía zumbir las espaldas cruzando de un lado a otro el estrecho camino.

Trecaman, de un salto y dando un extraño grito, se paró en medio del camino con un coligüe al que le amarró su chomba blanca. Los caballos, parando las patas y resoplando, arrancaron hacia los costados, quedando dispersos en el tupido monte. Las vacas y algunas yeguas siguieron el camino apuradas a todo galope por los bandidos que creyeron que aquello era una emboscada numerosa. No pudieron controlar los animales que se apartaban. Al otro día sus dueños encontraron casi todos los caballos y vacas arrinconados en el monte.

Ocho años más tarde, Trecaman y Lincovil, los inseparables, astutos y pícaros piñis, decidieron partir hacia Argentina. Nadie pudo hacerlos cambiar de decisión ya que Chachai Treumún había muerto con casi 130 años. Partieron con sus briosos caballos en un amanecer de los primeros días de diciembre.

-En tres días estaremos al otro lado, decían.

A eso de las diez de la mañana ya estaban descansando en un vado del río Quepe, en Boroá, donde comieron algo de su roquín, cordero, catuto y mesquén. Cerca de las tres de la tarde estaban en Padre Las Casas, una naciente población. Almorzaron en la única cantina para remojar el seco roquín que llevaban y compartieron su almuerzo con un ocasional amigo que luego les convidó alojamiento en su casa.

Al otro día partieron después de un buen desayuno: apol, ñachi y hasta un costillar asado que les proporcionó su amigo para roquín.

Llevaban como dos horas de camino cuando Lucero, el fiel potro negro de Trecaman comenzó a cojear. Llegaron a un estero y después de enfriar a los sudorosos caballos y darles agua, revisaron la pata adolorida del noble animal. Una piedra filuda estaba metida en la parte blanda de la pezuña. Con su cuchillo pudo por fin Trecaman sacársela. Luego le lavó la herida con orina y lo dejó descansar. Pasada la medianoche reanudaron la marcha con Lucero de tiro.

Al atardecer estaban cerca de la cordillera, pero el potro negro ya no podía caminar más, su pata hinchada lo hacía tiritar de dolor.

- Busquemos un lugar abrigado para pasar la noche, dijo Lincovil.

- ¿Qué haremos con mi potro? contestó con un suspiro Trecaman, ¡Si pudiéramos cambiarlo por otro!

Tomaron un caminito al pasar un monte, llegando a un recodo que hacía el estero que pasaba por ahí, donde había un pequeño espacio bastante abrigado. Lincovil se dirigió a un árbol para amarrar su caballo, al levantar la vista casi se le escapó un grito de susto al encontrarse frente a un hombre muerto que colgaba de un grueso roble. Tendría unos 25 años, estaba sin ropas y ya despedía mal olor.

- Tendremos que buscar otro lugar, dijo Lincovil...por ahí se escuchan ladridos de perros, vamos a ver.

Al salir del monte, después de subir un cerro, divisaron las ruinas.

La gente entraba y salía de una de ellas. Cuando ya estuvieron cerca, la gente salió a recibirlos pensando que eran parientes de Painevilu, Lonko de la

comunidad cuyo hijo menor hacía 10 días que había enloquecido y estaba perdido.

En el Pentuco, Trecaman y Lincovil se enteraron que lo habían buscado por todos lados sin hallarlo y que la Machi había dicho que estaba muerto pero no adivinaba dónde.

Mientras soltaban los caballos en un corralón, Trecaman le dijo al oído a Lincovil:

- Tú le dirás al viejo Lonko que yo tengo espíritu de machi y que siempre adivino.

- ¿Qué piensas hacer?, dijo medio asustado Lincovil.

- Llevarlos donde está el muerto, pero les pedimos que nos cambien el caballo para poder continuar.

Mientras tomaban mate sentados frente al viejo Painevilu, dijo Lincovil:

- Mi compañero podría ayudar, tiene espíritu de machi y siempre acierta.

El anciano repuso:

- Habrá de pago lo que él pida si adivina dónde está mi hijo.

Trecaman escuchaba lo más serio posible para que Lincovil no soltara la risotada. Después de escuchar el ceremonial de Llellipün, dijo al fin que sí. Una hora antes de la salida del sol el huerquén recorrió las rukas y fue donde la Machi a pedir el cultrún para que Trecaman entrara en trance. Muy bien durmieron y al último canto del gallo se tiraron abajo y ordenaron comenzar la ceremonia. Trecaman tocaba y cantaba, como si fuera un viejo machi, frente a una prenda de vestir del muerto que puso sobre un cuero en la puerta de la ruka, mirando hacia afuera.

Lincovil lo miraba conteniendo la risa gritando con entusiasmo el kefapan.

Cuando entró en trance Trecaman dijo:

- A este pobre lo tomó un espíritu malo salido del volcán, está muerto, colgado de un árbol... Yo lo encontraré, agregó, y de un salto salió corriendo. Tocando y bailando dio una vuelta alrededor de la casa, luego corrió hacia el monte y fingiendo no conocer el camino pasó en medio de matorrales. Luego llegó al estero y se dirigió al árbol del cual pendía el cadáver. Dando un grito con todas sus fuerzas y levantando el cultrún sobre su cabeza, anunció que lo habían encontrado.

A los dos días enterraron al muerto que estaba ya muy fuerte. Concurrió mucha gente y Trecaman se hizo muy famoso, se ganó muchos chanchos y regalos, recetando remedios pues muchos le vinieron a ver creyendo que era un buen Machi. Después de dos días siguieron su camino por el paso que les indicaron sus amigos, Trecaman montando un nuevo caballo.

Lucero quedó al cuidado del hijo mayor de Painevilu.

En la provincia de Neuquén se encontraron algunos conocidos que los ayudaron a ubicarse. Cinco años fueron largos para ellos, pero los vivieron trabajando y juntando dinero, animales y caballares. Cuando tuvieron un buen rebaño regresaron. Pasaron a descansar donde Painevilu. Ahí les entregaron a su Lucero que nadie había podido montar.

Al quinto día llegaron a Coipuco causando gran alegría y novedad pues traían unos orejudos caballitos chicos y pateadores, buenos para morder y que con sus rebuznos anunciaban lluvia.

Muy pronto los jóvenes aventureros se casaron con sus ñukes que les esperaban acá. Y de vez en cuando el kull-kull anunciaba el desesperado "Saltikunu-saltikunu kpay muntuya". Ellos, con sus carabinas argentinas repelían el asalto, derribando a más de algún caballo, cuyo jinete emprendía la retirada a pie mientras ellos se aprestaban a descuerar el animal para luego festejar con un buen asado.

**JOSÉ MIGUEL TREUMÚN ALCAMAN, 38 AÑOS
AGRICULTOR
CARAHUE, IX REGIÓN**

EL HERRERO

El herrero de Bahía Felipe era un inglés que venía de esas islas y de quien nunca se supo cuál era su pueblo de origen, tampoco mencionó familiar alguno. Como muchos de estos británicos, era parco en hablar. A menudo se ensimismaba en sus propios pensamientos, motivo por el cual no tenía amigos, o mejor dicho nadie lo tomaba como tal porque él creía tenerlos o, más bien, así los llamaba.

Cierto día pensó que ya era tiempo de cambiar de aires y fue así como se enfrentó al mister de la estancia y simplemente, sin pensarlo más, le pidió las cuentas. Ante tal situación el mister ni siquiera le preguntó el motivo que le impulsaba a abandonar el establecimiento. En respuesta le dijo que pasara a la oficina y "good by".

Al día siguiente le trajeron su caballo "particular" de un campo que estaba camino a Porvenir, más allá del cementerio de la estancia. Este campo contaba con mil hectáreas y era usado exclusivamente por los caballos de la peonada y de los pasajeros. El caballo de Yack era un zaino patas blancas, un poco grueso y abierto de pecho, más bien para el arado o carretas que para montura, un caballo de tiro. No obstante era bueno donde lo pusieran y por otra parte Yack no lo quería para correr.

Lo acarició y le habló como de costumbre. Posteriormente lo ensilló, pasó a la cocina a tomar otro café y partió a pie hacia otra estancia.

Después de caminar aproximadamente dos horas, a la altura del río Oscar, montó y al trote siguió hasta una sección de la misma estancia en la que había trabajado hasta ese momento. Allí se alojaban los ovejeros y recorredores de campo, sin dejar de mencionar que además había varios puestos en los campos, por la magnitud de su extensión. (En el año 1938 al subdividirse estos terrenos dieron origen a más de 30 lotes).

Largó su caballo en el potrero de tropillas y ocupó un camarote con unos cuantos cueros de capón, para lo cual no pidió permiso a nadie.

En esos tiempos no era costumbre molestar a la administración por esa bagatela, era una especie de costumbre, de reglamento, en toda la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Pasó a la cocina a la hora de la llamada de la campana. El mozo, sin ningún protocolo, le puso el servicio para que comiera. En el gran comedor había varias mesas y se servía la sopa en un utensilio que corría de uno a otro lado. El pan se disponía en paneras en los distintos lugares de las mesas. El plato fuerte, por lo general consistía en piernas y paletas asadas de capón, acompañadas de garbanzos, porotos, lentejas o papas hervidas. El postre solía ser mote con huesillos, el té y el café corrían con discreción. Exceptuando la sopa, el resto de la comida estaba en una mesita al extremo de un gran comedor, a disposición de la gente. La comida era variada pero el acompañamiento era siempre el asado, este era el "pan" de todos los días.

Yack, por una de esas enseñanzas que le inculcaron desde niño, al sentarse a la mesa descubría la cabeza en señal de respeto al pan que allí se brindaba. No así el resto de los comensales. Aun más, había algunos que ni siquiera se

sacaban el poncho y la chalina que usaban enrollada al cuello. Terminada su cena, pasaron a un salón donde, al lado de un gran fogón, mantenían largas charlas las que eran siempre referentes a los perros, caballos, ovejas. Como de costumbre dialogaban temas relativos a sus labores al calor de las brasas formadas por trozos de rajones que ahí no se escatimaban. Luego de esta tertulia volvían a la cocina a tomar un jarro de té o café para, posteriormente, irse a las "pieles". Con la campana del día siguiente, se levantaron peones, ovejeros, pasajeros y también un mercachifle que estaba de paso. El desayuno era bien contundente pues hacían porich (avena), chuletas con papas fritas y café.

Yack, como el resto del personal, se sirvió café y una buena porción de lo que se le ofrecía. Ensiló su caballo y partió hacia China Creeck, una sección de Caleta Josefina, donde llegó bastante tarde. En este lugar encontró algunos ingleses amigos, por lo que estuvo dos días en este establecimiento y de paso aprovechó de descansar al zaino.

Al tercer día partió rumbo al "Once" de Caleta. En esta sección supo que en San Sebastián faltaba un herrero. En la misma noche de su llegada a ésta, pernoctó un zepelín con abundante cantidad de licor, (en esa época un tal Susic, de apodo "Cascasenos", apodó de zepelines a los vendedores de licor, ya que se asemejaban a los zepelines alemanes que bombardearon por las noches, en la guerra del 14, París, y como tales, caían con sus cargas mortíferas, claro está, en este caso de licor).

Yack, como casi todos los campesinos, era un buen consumidor de grapa, un licor de 36 a 40 grados que llegaba por aquellos años a las casas comerciales de Porvenir. Un tal Menego (Domingo) le agregaba a esta grapa un colorante amarillo, que le daba un agradable tono ambarino, y la llamaba Grapa de Oro. Por sus características, sin saber nada de sus cualidades, la preferían y fue así como Yack compró al zepelinero unas doce de estas botellas, pero esa noche con sus amigos destapó solamente dos, guardando las restantes en su maleta y, como si algo le urgiera, montó su caballo y salió a trote lento, modo de andar a caballo para recorrer distancias largas.

Después de una hora de cabalgata, divisó una carreta a la que le dio alcance. El carretero al verlo se detuvo, quizás para tener un compañero con quien hablar, siempre que éste no tuviera prisa en su trajín. Cuál no sería la sorpresa para ambos ya que al verse resultaron conocidos. No creo que fuera en la guerra de los Bohers ni tampoco en Inglaterra, porque Yack estaba en la isla alrededor de 20 años y Mickie, el carretero, estaba solamente desde unos siete años. Más bien se conocieron en una cantina de Porvenir, porque hasta este pueblo alcanzaban a viajar cuando les daban permiso en la estancia.

Posteriormente, después del eufórico saludo, Mickie invitó a Yack a desensillar y subirse a su carro, siempre que éste no estuviese muy apurado. Yack accedió gustoso y puso los aperos en el carro para no maltratar a su calbagadura, como si el carro no fuera tirado por animales... Pero antes de subirse al carro sacó dos botellas de grapa de su maleta y las destapó y, como un protocolo de reencuentro, bebieron unos tragos. Por su parte, Mickie hacía preguntas a Yack, las que solo contestaba con un jm, jm.

Mickie era más alto y delgado que Yack, parlanchín y siempre con un chiste inglés, de esos que parecen no tener gracia, pero la tienen y buena, sólo

que hay que acostumbrarse a ellos. A Yack le provocaban una leve sonrisa que apenas se dibujaba en su rostro curtido por la fragua y las calorías del carbón.

Siguieron la huella kilómetros tras kilómetros...un trago, una frase de Mickie y un jm, jm, de Yack.

En cierto momento, este último observó que el tiro de los caballos estaba tenso, parejo, acompasado, los tiros, balancines, yuguillos, pecheras, todo muy tirante, y el tranquear de las bestias bien firmes. Yack hizo la observación a Mickie y éste le contestó que entre grampas, clavos y otros fierros, traía como 800 kilos de peso. Además el carro era tosco y pesado, pero, para ocho caballos de tiro elegidos, no se justificaba la fuerza que Yack había detectado.

Mickie, con el efecto de los tragos, no observó el detalle y así prosiguieron su camino por tres horas más, hasta que llegaron a una tranquera de esas de 24 pies, que se usaban para que las carretas con dos o tres yuntas de bueyes no las rompieran. Estos bueyes medio salvajes no entendían de picanas ni podían ser dirigidos por los punteros. Se guiaban con largos "guipes", para lo cual el carretero tenía que tener mucha pericia y, con todo, los 24 pies se hacían estrechos.

Mickie le pidió a Yack que le hiciera el favor de abrir la tranquera, a lo que Yack cedió gustoso. Por su parte, Mickie azuzó los caballos para pasarla y cuando el carro estaba para franquear la tranquera, Yack llamó a Mickie en forma no muy corriente. Mickie paró por su cuenta el carro, amarró las cuatro patas de riendas a la palanca de frenos, se bajó del carro y enmudeció al ver lo que había sucedido. Entonces, con lágrimas en los ojos le dio su pesar a Yack.

No era para menos al ver el macabro espectáculo: el caballo de Yack seguramente tironeó al ser arrastrado por el carro, habría caído y los caballos siguieron tirando sin saber lo que pasaba a corta distancia de ellos. El caballo, por el roce del camino, se desintegró totalmente. En ese momento quedaba solamente la cabeza.

Mickie fue a buscar una pala, desembozó la cabeza y la fue a enterrar a corta distancia, entre unas matas que allí habían. Yack, atónito, lo observaba en silencio. Mickie le puso la mano en el hombro y lo invitó a subir al carro. Ya sin hablar siguieron el camino. Yack destapó otra botella, triste con el recuerdo de su fiel caballo, y bebieron en memoria del cuadrúpedo.

FEDERICO KUVACIĆ VUKASOVIĆ, 76 AÑOS
AGRICULTOR
PORVENIR, TIERRA DEL FUEGO, XII REGIÓN

"ÑIRE NEGRO"

Rosauro Moncada esa noche no podía dormir. Se revolcaba en su camastro, a pesar de que tenía verdadera necesidad de descansar. Pensaba y pensaba en la tremenda responsabilidad del día siguiente: La carrera de la temporada.

Rosauro Moncada era el mejor amansador y el mejor jinete de la zona. Desde muy pequeño había montado, o mejor dicho, su cuna fue casi el caballo.

Era bajo de estatura, enjuto, lleno de cicatrices por todo el cuerpo, consecuencia de las mil caídas que había tenido. Pero su pasión eran los caballos, especialmente uno, "ÑIRE NEGRO".

Era un caballo excepcional, nunca había conocido otro semejante en "toda su hombridad", como solía comentar en los corrillo, de amigos. Este caballo era en realidad un regalo de los dioses.

Lo encontró un día enredado en unos ñires (arbusto espinoso de la cordillera), cuando regresaba desde uno de sus tantos arrees a la Argentina, donde solía ir para comprar caballos o contrabandear.

El potrillo hacía inútiles esfuerzos para zafarse y cada vez se enredaba más y más. Rosauro se acercó muy lentamente y comenzó a hablarle en ese idioma en que solo los hombres de campo saben hacerlo.

Desde el primer momento el potrillo entendió. Se había producido la misteriosa comunicación entre el hombre y la bestia; entre el poder y la sumisión, que en ese momento estaba representada por ese indefenso potrillo que solo atinaba a forcejear y forcejear.

Rosauro se acercó, siempre conversando con la bestia. El potrillo sabía por instinto que su salvador había llegado. El hombre que tenía delante iba a ser su dueño, su amo y su señor.

Rosauro Moncada, junto al grupo de huasos emprendieron el regreso a casa con un ejemplar más en la tropilla, que no estaba contemplado y que sería el regalón de todos.

El potrillo fue creciendo cada día más. Era negro como la noche sin estrellas. De andar ligero, cadencioso, rápido y por sobre todo muy obediente. Era como un verdadero perro leal y amigable, pero fiero en los trabajos y responsabilidades del rancho. Había mucho que hacer y trabajar y "Ñire Negro" seguía a su amo con toda mansedumbre y obediencia. Era una especie de adoración que sentía por su amo y que era correspondida plenamente por él.

Llegó el día en que debía tomar una terrible decisión: dejarlo para potro o "arreglarlo" para caballo. Lo llevó donde uno de los ancianos y sabios del grupo, con la recomendación de que no sufriera ni en lo físico, ni en su honor de potro.

Cuando ya se recuperó, Rosauro quiso probarlo en un recorrido por el campo. Se acercó a su caballo, dándole algunas palabras de aliento y también de disculpas por lo que había hecho y luego de un salto quedó en su montura, formando parte de la bestia, como lo hacía siempre que montaba. Aflojó las riendas y le dio la orden de lanzarse adelante. El caballo sintió la presencia de

su amo, sintió la comunicación cariñosa de su dueño, que hacía al presionar sus rodillas y se lanzó al infinito. Corrió más que el viento que le zumbaba en sus orejas. Su crin negra como el azabache azotaba su cabeza y también la del hombre que se había sumergido en un éxtasis sin precedentes, en esta carrera sin límites. Era la maravillosa fusión del hombre con la bestia.

Desde ese día, Rosauero estaba seguro que su caballo era como un espíritu de las praderas.

"Ñire Negro" obedecía a la menor presión de las rodillas, o simplemente con una palabra cariñosa dicha por su amo. Obedecía y adivinaba hasta el estado de ánimo del jinete. Solo esperaba la voz de mando, como un obediente centinela de las praderas y de los espacios, para lanzarse adelante. Sabía cuando su amo estaba asustado, nervioso o de mal humor. Y así marchaban en completa armonía y su dueño era su vida y su ley.

Amaneció el día de la "Gran Carrera", Rosauero se levantó muy temprano y fue a ver a su caballo. "Ñire Negro" lo recibió con un alegre relincho, dándole valor y coraje. Sabía su amo que podía contar con su caballo. Estaba resplandeciente a la luz del sol, su pelaje brillaba como acero recién bruñido.

Cuando Rosauero se presentó en el lugar de la carrera, un enorme bramido de los presentes acogió a este jinete. Todos lo saludaban y se acercaban a él para desearle la mejor de las suertes, ya que las apuestas estaban de 1 a 20. Rosauero sintió la enorme responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, ya que la carrera debía ganarla. Se habían reunido los mejores ejemplares, venidos de todas las regiones vecinas.

Cuando el jurado estuvo listo y los "veedores" en sus puestos, los jinetes se alinearon en el punto de partida.

Eran todos caballos de gran alzada, espléndidos en sus razas. Todos habían sido preparados en las mejores condiciones.

Un gran suspenso se apoderó de todos los presentes. La carrera había comenzado. El tropel era enorme, el polvo envolvía hombres y animales, todos querían ganar, era la ambición suprema.

Entre el fragor de la lucha en que parecían gladiadores antiguos, se escuchaba una voz tranquila, serena; era la voz de Rosauero animando a "Ñire Negro". Nunca antes había usado espuelas, ya que todas las órdenes eran con un apretón de rodillas y la voz. Solo eso bastaba.

A medida que los contendores se acercaban a la meta, los esfuerzos eran mayores. Cada cual a su manera usaba los métodos más violentos para animar a sus cabalgaduras. Rosauero solo empleaba la presión de sus piernas y la voz.

De imprevisto, un gigante entre estos caballares, galopando como los mil demonios, se adelantaba más y más a todo el grupo.

Cuando Rosauero le dio la voz de adelante, "Ñire Negro" dio un brinco adelante. Sus narices estaban por estallar, arrojaban una nube húmeda, estaba cubierto de sudor. "Ñire Negro" daba -o mejor dicho estaba dando- lo mejor que podía. En su corta mente de animal, no entendía lo que su amo quería. Por su parte Rosauero estaba nervioso, excitado. Nunca antes había sido derrotado en una carrera.

Sin pensarlo dos veces, hundió con fuerza las espuelas, en los ijares de su caballo. "Ñire Negro" nunca antes había sentido un castigo tan angustioso, quiso redoblar su carrera, pero las fuerzas hasta aquí no más lo acompañaron: Cayó sin vida desplomado. Se había reventado.

Una masa de hombre y caballo yacía entre el polvo de la cancha. Entre las crines negras, como un sudario, estaba también sin vida su jinete, ya que había muerto.

Rosauro Moncada había caído en su ley junto a su caballo, su fiel "Ñire Negro".

En las noches de invierno, cuentan los habitantes de esas regiones, cuando los relámpagos y truenos cruzan el cielo, se ve cabalgar un soberbio caballo negro, con su jinete que en una loca carrera, están tratando de alcanzar el infinito, de alcanzar la eternidad.

**MARIO DE LA FUENTE YURASZECK, 70 AÑOS
AGRICULTOR
BULNES, VIII REGION**

Faint, illegible text, possibly bleed-through from the reverse side of the page. The text is arranged in several paragraphs and is mostly obscured by the paper's texture and fading.

MI DESAFIO FINAL

Esa tarde de rodeo en Villa Tehuelches el sol brillaba como nunca, no se sentía brisa alguna; al irme acercando a la medialuna los gritos aumentaban y ya a unos cien metros se podía sentir el ambiente cargado de emociones y entusiasmo de la gente.

En el fondo, los espectadores esperaban el momento del amanse de potros, pues había uno en especial, que venía con fama de indomable, porque en varios rodeos había salido airoso y nadie había podido domarlo.

Al llegar a las tribunas, traté de ubicar al Topeao Martínez, amansador de tomo y lomo, siempre vencedor en estas contiendas.

Justo en ese momento se daba comienzo al amanse. Fueron entrando de a uno los potros y enseguida distinguí al famoso caballo, porque su prestancia era impresionante. Inmediatamente se notó su liderazgo, pues todos los demás lo seguían a él.

Uno a uno los fueron eligiendo y amansando, dejando al último al famoso potro Rocillo. En ese momento logré distinguir al Topeao Martínez, quien al verme, me hizo el gesto característico de nuestra zona; subida de cejas y de cabeza; lo noté eso sí, intranquilo, ya que cuando pasaba la tropilla junto a él, su mirada seguía al Rocillo.

Y llegó el momento esperado, lograron lacear al Rocillo y estaquearlo con la cabeza gacha y agarrado por las orejas. El Topeao, de un impulso, subió a su lomo. Al soltarlo, éste no alcanzó a dar un paso, es ese mismo lugar, dio un espectacular salto en el aire, seguido de dos más. El Topeao firme arriba.

Posteriormente inició una loca carrera alrededor de la medialuna, para después seguir con brincos y vueltas en el aire.

A los cuatro minutos la gente estaba enronquecida de tanto gritar con entusiasmo; el Topeao en ese instante, era el héroe de la jornada, el caballo, parecía que se había resistido a su domador, fue en ese momento cuando el Topeao se sintió ganador, pero parece que eso era lo que el potro esperaba, ya que de repente pegó un brinco espectacular y el Topeao voló por los aires y cayó pesadamente a tierra. El caballo por su parte, siguió dando brincos como al principio.

Junto con caer, el orgullo del Topeao se hizo pedazos, ya que se incorporó inmediatamente y justo cuando la gente esperaba que repitiera el amanse, dio media vuelta y con un paso lento fue abandonando la medialuna.

El silencio era sepulcral. Los demás amansadores fueron abandonando poco a poco el recinto, como si la caída del Topeao les hubiera llegado a ellos.

Justo a las diez de la noche, se dio comienzo al baile del rodeo. El gimnasio estaba repleto y, a los sonos y compases de una orquesta, los huasos daban rienda suelta a su alegría de vivir su deporte.

Acodado en el mesón y con una cerveza en la mano, encontré al Topeao; ¡le salió duro el potro!, le dije. Solamente asintió con la cabeza. Respeté su silencio y nos quedamos mirando como bailaban las parejas por largo rato. Solo

cruzábamos alguna palabra cuando cada cual pedía su correspondiente corrida.

En un momento dado me dijo: *¿Sabe amigo?, lo que pasa es que fue más inteligente que yo, ya que esperó que me sintiera confiado para voltearme, eso es lo que más me duele, que me confié mucho.*

Fue como a medianoche que la fiesta se puso al rojo vivo, ya que con los primeros compases, las mesas quedaban todas vacías. Me pareció que el Topeao esperó que yo terminara de bailar para decirme: *"Ya es la hora amigo, ahora sí que lo voy a amansar"*. Al principio no le tomé asunto, pero al verlo llegar a la puerta de salida, lo seguí; se dirigía directamente a los corrales.

La noche era de luna llena y hasta parecía que todo estaba iluminado.

Una vez en los corrales, apartó el Rocillo, que hasta me pareció que lo estaba esperando; se quedó quieto esperando al jinete; una vez que lo tuvo arriba, empezó a trotar lentamente, hasta que inició una serie de corcoveos y saltos, jinete y potro parecían uno solo, y éstos cada vez iban en aumento.

En un momento dado, el Topeao me gritó: *"¡Saca las varas!"*.

Tan rápido como pude cumplí la orden, a mi lado pasaron velozmente, incluso saltaron limpiamente el alambre que separaba un cancha de fútbol. Allí, a pleno campo, el cuadro era impresionante: iluminados por la luz de la luna, era como si en cada salto la quisieran alcanzar.

Al cabo de un rato el potro dio media vuelta y juntos emprendieron una loca carrera hasta perderse entre la espesura de las matas.

Volví rápidamente al gimnasio, al primero que ubiqué fue a don Tomás, quien, al contarle lo ocurrido, me dijo que él y todos esperaban esto, que aguardásemos un par de horas y luego lo saldríamos a buscar.

Esperé esas horas con ansiedad, al cumplirse, salí detrás de don Tomás y cuatro más. Al llegar a los corrales, le indiqué por donde se habían ido, y hacia allá partimos.

Ya despuntando al alba, escuchamos un claro relincho. Al subirnos a una loma, vimos hacia abajo en una vega ancha, relinchando al potro Rocillo, y a su lado tendido de espaldas, al Topeao Martínez.

Bajamos lo más rápido que pudimos. Al llegar, el caballo ni se movió, el Topeao estaba semiinconciente y con alguna costilla rota. Con mucho cuidado lo llevaron a la Posta de la Villa y de allí al hospital de Punta Arenas.

El Rocillo se podría decir que nunca fue indomable, porque desde ese día, hasta los niños lo montaban.

En medio de un montón de camas y enfermos, distinguí al Topeao en el hospital.

-Esta vez estuvo fea la cosa, le dije:

Contestó:

-No tanto, amigo, he tenido peores, pero era algo que tenía que hacer, porque de pronto me acordé de mi infancia, se vino a mi mente la figura de mi padre, a quien siquiera alcancé a conocer, ya que murió siendo yo un niño. En un atardecer de una domadura, cuando un caballo lo tiró muy lejos de donde yo estaba, tan lejos, que al llegar yo donde él cayó, ya se lo habían llevado. So-

lo lo vi por última vez en la Posta, cuando antes de despedirme de él, me dijo: No importa m' hijo, algún día tú lo domarás por mí, y espero que esa sea tu última domada.

Ese último rodeo de aquel año en Laguna Blanca, no fue el mismo de años atrás; todos se preguntaban por qué no domaba el Topeao Martínez.

Más de alguno comentó: "parece que agarró miedo después que un potro Rocillo lo botó". Al escuchar esto miré hacia atrás, y vi al Topeao, quien con una leve sonrisa maliciosa y un guiño de ojos, me mostraba una linda moza que se acurrucaba a su lado.

**JUAN NOLBERTO GALINDO DIAZ, 40 AÑOS
ENCARGADO DE PROYECTOS EN DESARROLLO RURAL
I. MUNICIPALIDAD DE LAGUNA BLANCA
VILLA TEHUELCHES, XII REGION**

LA HEROICA HISTORIA DEL FAMOSO HUASO CANALES

Cuentan nuestros abuelos que, muchísimos años ha, en un pequeño pueblito construido a los pies de un hermoso cerro, cubiertos sus alrededores de grandes y frondosos bosques de fragantes eucaliptus, en medio de un aire puro y fresco que hacía gozar de alegría a los lugareños y a otros que, atraídos por la tranquilidad de la naturaleza llegaban hasta allí a construir sus casas de adobes y madera, vivió, el muy querido y conocido, famoso Huaso Canales...

Típico representante de la gente de nuestros campos, mediana estatura, alegre, osado y valiente, nunca faltó en su rostro la risa alegre y espontánea que lo hacía amistoso y complaciente. Ese rostro se hallaba curtido por el viento y por el sol de verano y sus grandes y pesadas manos, fortalecidas por el duro trabajo de cultivar la tierra, podían, de un solo golpe, derribar al toro más bravo.

Montado en brioso corcel corralero, salía a diario a abrevar y pastar el ganado a un potrero adyacente, donde el trébol crecía tan alto que parecía llegar hasta el cielo, maravillando a todos por su forma, verdor y tamaño.

Jamás dejó escapar oportunidad de trenzarse a rebencazos con quien le saliera al camino si consideraba la causa justa y era necesario el escarmiento.

En su hogar nunca faltó el buen vino tinto, la empanada a la chilena hecha en horno de barro y a su tiempo, la chispeante y burbujeante chicha fresca y perfumada. Todo, desde luego, para acompañar un exquisito asado con una sabrosa ensalada a la chilena.

Muy amigo del curita del pueblo, solía decirle que probablemente lo habían bautizado con vino tinto y no con agua bendita, puesto que padecía de sed crónica que lo obligaba a degustar diariamente hasta "diez medios patos" del híbrido licor en el boliche de la esquina, acotándole que, si sucedió de esta manera debían devolverle el agua bendita con costos e intereses, con lo cual podría bañar a la media, más media docena de chiquillos que tenía.

Entre broma y broma comentaba a sus amigos que aún no conocía la exquisitez del vino, no obstante beberlo desde muy pequeño, porque éste pasaba directo a su estómago sin que pudieran degustarlo sus papilas, un tanto adormecidas ya por sus continuos y prolongados excesos.

Una tarde salió a dar una vuelta al pueblo y, en un recodo del camino, se encontró con el curita que regresaba del correo. Notó en él una gran preocupación, confusión e intranquilidad, reacciones no habituales en el padrecito.

-¿Qué sucede Sr. cura que lo encuentro tan descompuesto?, preguntó; O se cayó del catre o cosquillas le hizo el diablo.

El sacerdote esbozó una leve sonrisa y tomándole de un brazo lo invitó a entrar a la pequeña iglesia.

Ya en su interior lo hizo sentarse en uno de los viejos escaños, reliquias del lugar.

-Mira hijo -dijo en voz baja, como temiendo ser escuchado por oídos indiscretos. Algo de verdad hay en lo que dices. Han estado sucediendo algunas cosas que me preocupan porque no les encuentro explicación lógica que tranquilice mi alma y mi espíritu. Verás, en varias oportunidades, desde algún tiempo atrás, al abrir las alcancías no encuentro ni un centavo y me consta que, de ordinario, el Sr. Alcalde; la Sra. Carmen, dueña del Fundo "San Luis", el jefe del Retén de Carabineros, muy devoto de la Virgen del Carmen; Don Francisco, el Boticario, y un gran número de feligreses hacen su aporte para mantener los gastos ordinarios de la iglesia y lo más extraño es que, teniendo yo las llaves de las alcancías, los candados permanecen intactos como si jamás hubiesen sido tocados.

El Huaso Canales, al escuchar lo que el curita decía, pareció transformarse y su rostro alegre y bonachón se cubrió de una tenue máscara de asombro y de misterio y, como un detective en plena acción, se levantó de su asiento acercándose lentamente a las alcancías revisándolas prolijamente, una por una, hasta en sus más ínfimos detalles.

El padre lo observaba en silencio.

El Huaso Canales pensaba, pensaba y pensaba, quizás tratando de dilucidar el misterioso acontecer.

De pronto tomó al padre de un hombro y, persignándose repetidas veces, un tanto crédulo e incrédulo le dijo:

- Señor cura, aunque no me crea, esto parece obra del mismísimo Satanás; mire, mire usted.

El curita, con cierta timidez, observó detenidamente cerraduras y candados, notando allí restos de ceniza negra y maloliente que contrastaba con la fragancia del incienso que surgía del altar mayor.

- Claro, es posible.

- Ave María Purísima.

El cura cruzó sus dedos índice y pulgar haciendo la señal de la cruz repetidas veces.

-¿Será posible?

A decir verdad, parecía no creer tanto en la existencia de lo inexplicable.

El Huaso Canales, en tanto, ya repuesto de la fuerte impresión habiase propuesto descubrir toda la verdad de lo que allí acontecía. Respiró hondo y profundo, ensanchando tanto su región torácica que daba la impresión de ser "un vacuno de Feria pronto a ser llevado al Matadero". Como un soldado que en la guerra se prepara al asalto final, se llenó de coraje, presto a dar toda su ayuda y cooperación al padre que aún repetía:

-¿Será posible?. ¿Será posible?.

-¡Ave María Purísima!

-Señor cura-. La voz del Huaso Canales fuerte y profunda hizo temblar las paredes de la Iglesia. -Señor cura, se me ha ocurrido una idea y aunque en ella me vaya la vida la pondre en práctica. Abra esta alcancía; ponga en ella todo el dinero que pueda. Enciérreme aquí sin que nadie sepa y trataré de averiguar y ver lo que realmente está sucediendo. Si es cosa del demonio, al diablo lo "collereo". Este Huaso Canales aún no conoce el miedo.

El cura aceptó la oferta y se retiró a sus habitaciones a orar por él...

Y esa noche Canales se sentó en el escaño más próximo al lugar donde yacía el dinero.

En su mano izquierda sujetaba una cruz, recuerdo de su abuelo del cual fue regalón y en la derecha sus dedos apretaban con fuerza el famoso rebenque también de su abuelo y heredado por él.

Sin comprender aún el porqué de su actitud había calzado sus espuelas de plata, las mismas que utilizaba en los continuos rodeos de la zona, presintiendo, por una rara intuición que, tal vez, alguna utilidad práctica podrían tener en aquella noche más negra y más oscura que las anteriores.

Tres litros de vino tinto habían coloreado sus mejillas y un tibio escozor le rasguñaba los intestinos, mientras el corazón aumentaba su flujo sanguíneo palpitando aceleradamente.

Le sentía fuerte y valeroso y capaz de enfrentar hasta a la muerte.

Afuera y a lo lejos, los ladridos de una jauría de perros caseros se hacían más intensos y el croar de los batracios servía de fondo musical a una canción desconocida.

Había transcurrido el tiempo y el sueño, acicateado por el alcohol consumido comenzaba a invadirlo lentamente.

De pronto, un extraño ruido de algo que se acercaba sacudió su aletargamiento, haciéndolo levantar la vista, colocándose entonces a la defensiva en espera de los acontecimientos.

Entonces, por una puerta lateral y en medio de ruidos de cadenas, envuelta en una nube de polvo y cenizas, penetró una figura irreconocible.

Un tanto aterrado, Canales vió a la figura caminar lentamente hacia la alcancía que contenía el dinero y ya no le cupo duda alguna que se encontraba ante el mismísimo Satanás.

Permaneció estático y en silencio, mientras le hormigueaban las manos y los pies y una helada transpiración recorría su cuerpo.

Recobrado ya de su primera impresión y habiendo recuperado el valor perdido se dispuso a actuar de inmediato y sorpresivamente.

Dejó al "demonio" acercarse a la alcancía mientras éste introducía en ella una llave ennegrecida comenzando a sacar el dinero que allí había.

Canales ya no titubeó un instante más. Pronto estuvo a su lado y el rebenque, como una serpiente cascabel silbó por los aires acertándole un feroz golpe en la cabeza, el cual le hizo caer estrepitosamente sin que atinara Satanás a comprender de donde provenía tan feroz y singular ataque.

Inútilmente trato de incorporarse de tan incómoda posición y otro rebencazo, en plena sentadera, lo hizo caer ahora de cabeza, quebrándose el cacho derecho, el cual salió disparado yendo a caer a los pies de la imagen de San Judá Tadeo que, impávido, mudo e impertérrito presenciaba la escena.

Se cuenta que desde aquella vez el demonio camina con la cabeza inclinada hacia el costado izquierdo y que el cacho permanece expuesto en el Altar

Mayor como fiel testimonio de verdad para los no creyentes de esta singular historia.

Pero, continuemos con la tremenda sumba que el Huaso Canales seguía propinando a Satanás. Tomándolo de sus largas orejas, de un salto montó a sus espaldas clavándole las espuelas por donde cayeran, aumentando el castigo. Lo hizo dar vueltas y vueltas por el interior del Templo y luego, a espuela y rebenque lo sacó afuera y allí continuó por la plaza, espuela y rebenque, y vueltas y vueltas.

El pobre diablo ya no podía sus piernas y a gritos pedía perdón y el Huaso Canales.. como si lloviera.

Comentaban ya la noticia. La gente comenzó a reunirse en el lugar y no había un alfiler en la plaza; todos aplaudiendo a tan diestro y singular jinete. A tanto alboroto, el curita, a medio vestir y crucifijo en mano rezaba un rosario aplaudiendo también a Canales que no se soltaba de las orejas de Lucifer.

El padrecito, en tanto, quizás recordando los Santos Evangelios en su parte que dice "Perdonar es divino" pidió a tan insigne "amansador" que detuviera su castigo y dejara ya ir a Satanás con tal escarmiento.

Muy a su pesar, éste aceptó tal requerimiento, desmontándose de su cabalgadura, no sin antes propinarle a ésta el último rebencazo en buena parte bastante adolorida ya, por el intenso y constante escarmiento recibido.

En segundos el demonio se esfumó jurando y rejurando que jamás volvería por aquellos lugares a sustraer el dinero de los fieles.

Desde entonces las alcancías se vieron colmadas y jamás volvió a faltar en ellas el dinero de los cristianos, pudiendo así el padrecito cubrir todos sus compromisos.

El Huaso Canales fue efusivamente felicitado por las autoridades del pueblo y recibió de manos del Sr. Alcalde las llaves del mismo, siendo declarado "Ciudadano Ilustre, Valiente y Distinguido" además de un buen premio en dinero efectivo por tan aplaudida y comentada hazaña.

-Todo pa'trago; dijo Canales y en el chinchel de la esquina cumplió su palabra festejando a sus innumeradas amistades.

Ya fallecido, la gente del pueblo escribió en sus epitafio estos modestos versos:

" Aquí yace el Huaso Canales
que, espuela y rebenque,
rebenque y espuela
al diablo le pena ".

LUIS ALBERTO PÉREZ TOBAR, 59 AÑOS
TEMPORERO CESANTE
SAN VICENTE DE TAGUA TAGUA, VI REGION

JUANUTO EL CAZADOR

*E*sa mañana Juan Valdés salió de Coyhaique con destino a Mañihuales, atraído por la fama que estaban adquiriendo esas tierras descubiertas hacía poco, por el baqueano montañés y hombre de campo Evaristo Coronado.

Valdés venía del norte. Estaba recién llegado y aún no tenía la suficiente experiencia en los modos criollos de vivir y desplazarse en los caminos de Aisén. Por tal razón no se dio cuenta de que alguien venía siguiendo su rastro. Solo se percató de ello cuando en un vallecito aledaño al camino, que le pareció buen lugar para sestear por la buena aguada y buen pasto; después de acomodar su cabalgadura y haber encendido una fogata y cuando disponía el agua para el mate, vio que se acercaba un jinete que con la cara llena de risa, a modo de saludo le dijo:

-Estaba seguro que quién fuera el que venía delante, lo iba a encontrar sesteando en este lugar.

El jinete dijo llamarse Juan Velásquez y al arremangar el poncho para saludar de mano, mostró sus dos brazos cortos, apenas la mitad del largo que les corresponderían en proporción con su cuerpo. Valdés pudo darse cuenta, sí, que a pesar del defecto, la mano que estrechó era tan fuerte como la suya.

Así comenzó la amistad entre estos dos hombres, la que duró muchos años, por no decir toda vida.

Al poco tiempo, Valdés logró poblarse en Mañihuales, por lo que a menudo se encontraban los amigos pues la picada pasaba por las inmediaciones de la casa de Juanuto. Ahí solía pasar Valdés, algunas veces a alojar o a churrasquear según conviniera.

Según fue creciendo la amistad, en forma natural fueron surgiendo las confianzas. Por ahí supo Valdés que el defecto de los brazos de Juanuto había hecho sufrir mucho a su madre más que a él mismo, pero nunca la había escuchado lamentarse. Ella había sabido sobrellevar su aflicción en su cariño de madre.

Juanuto, valido de su inteligencia natural y de lo que aprendió con su padre, adquirió una firme formación con qué afrontar al medio agreste en que le tocó vivir.

Durante los años de la adolescencia, nada perturbó la vida familiar. Pero llegó el día inexorable: vino la muerte y arrancó del seno de la familia a la madre. Fue la primera rudeza que le arrimó el despiadado destino.

La partida de la madre enfrentó a padre e hijo a seguir solitarios por la vida. Se conformaban con estar juntos. Poco conversaban entre ellos. Con gestos expresivos y pocas palabras se manifestaba el cariño que los unía.

El padre comenzó a sentir angustia, como la que debe haber sentido la madre, por el porvenir incierto del hijo cuando llegara el momento de la fatal encrucijada en que habrían de apartar sus caminos.

Cuando llegó ese instante, Juanuto quedó completamente solo en el mundo.

Al principio no atinó nada más que a esconderse para que nadie lo viera llorar su inmensa pena. Su padre le había dicho una vez: "Cuando el hombre tiene que llorar para descargar su corazón, no debe dejarse ver. Llorar delante de otros, le había dicho, es cosa de mujeres". Por eso Juanuto se escondía. Durante los primeros días de congoja no se separó del lado de la tumba de sus padres; pero por fin, el tiempo que todo lo suaviza vino a calmar, en parte, el dolor que lo angustiaba.

De muy niño alguien lo llamó Juanuto, tal vez, por la conmiseración que infundía la condición defectuosa de sus brazos desproporcionados. Con ese nombre deformado, como sus brazos, siguió adelante. Para Valdés fue siempre su Tocayo, pues los dos se llamaban Juan.

Cuando se conocieron, por no saber mucho de su amigo, Valdés, creyó poder ser su protector por estimarlo un desamparado, pero, poco a poco, se fue dando cuenta cuán equivocado estaba. En varias oportunidades Juanuto le dio consejos para que corrigiera errores sobre asuntos del campo, con lo que de pronto se dio cuenta que de protector resultaba él, el protegido.

En uno de los viajes, en que como otras veces pasó Valdés a visitar a su amigo, en vista de que no se encontraba en el rancho, decidió esperarlo. Poco después llegaron los perros de Juanuto, acezantes con la lengua afuera, anunciando con su presencia la próxima llegada del amo. Cuando apareció, se le notaba en el rostro una honda preocupación por lo que Valdés al saludarlo le preguntó:

-Amigo, lo noto preocupado, ¿qué le pasa?

Con voz parsimoniosa Juanuto le respondió, al momento de tomar asiento:

-Debe haber algo que mi padre olvidó decirme acerca de los zorros. Por ahí anda uno, que le arme como le arme la trampa, se las arregla para hacerla saltar y enseguida se come la carnada; le falta solo ensuciarse en ella para completar la burla. Anoche fue como pasarse de la raya: el hijo de la gran puta se carneó once corderos y los dejó tirados. Mata no solo para comer; lo hace con ensañamiento, sólo por hacer daño. Si no lo agarro pronto me va a aruinar.

Esa noche los amigos conversaron hasta tarde y al otro día temprano continuó Valdés su viaje, dejando a Juanuto con su preocupación, la que daba vueltas y vueltas en su memoria. De pronto recordó haber escuchado a alguien, refiriéndose a otros asuntos: "El zorro puede cambiar de pelo, pero no de mañas".

De ahí en adelante, el dicho persistentemente apareció en su mente.

En una madrugada mientras Juanuto esperaba que aclarase, una vez más recordó aquello de que el zorro cambia de pelo pero no de mañas, pero esta vez desde el inconciente emergió como continuación del pensamiento: "Si el zorro no cambia de mañas el que tendría que cambiar soy yo, el cazador".

Para Juanuto fue como haber encontrado la punta del hilo que le permitiría desenredar la madeja. Si el zorro con su astucia había encontrado la manera de hacer de la trampa algo inofensivo, lo que había que hacer era cambiar la trampa. Esto, sin olvidar la maña característica del zorro que lo hace descon-

fiar de todo aquello que se le ofrece sin darle la sensación de robo, ya que el zorro gusta del "ladroneo".

En cuanto se levantó Juanuto, lo primero que hizo fue ir al cachureo, lugar que hay en todas las casas, donde se guardan las cosas que no sirven pero que, llegado el momento pueden servir. Ahí buscó hasta encontrar un trozo de alambre grueso y acerado, resto del usado en la construcción de cercos. Dobló el alambre hasta dejarlo transformado en un gancho en forma de una "S" al que le aguzó uno de sus extremos, convirtiéndolo en una especie de anzuelo. Cuando quedó listo lo cebó con un pedazo de carne con la que lo cubrió por completo, evitando así que se pudiera pensar que se trataba de una posible trampa. Con todo dispuesto, Juanuto se allegó hasta el árbol bajo el cual solía armar su otra trampa y en el gancho en que solía colgar la otra carnada, colgó la nueva trampa. Mientras realizaba este trabajo, se repetía Juanuto: "el zorro cambia de pelo pero no de mañas"...

Dispuesto el escenario, se preocupó de no dejar rastro que denunciara su presencia. Cuando se retiraba, volvió por última vez la mirada para cerciorarse que todo quedaba sin faltas.

En los días que siguieron, observó desde lejos el lugar. La vez que se acercó más, pudo constatar por la rastrillada que el animal había merodeado, pero sin tocar nada. Una mañana Juanuto pudo, desde lejos, observar que algo se movía bajo el árbol impulsado por el viento. Cuando, cautelosamente, se acercó, pudo ver que lo que se movía impulsado por el viento era el cuerpo de un animal que pendía del anzuelo que lo sujetaba por el hocico. Era el zorro que colgaba, atrapado por la singular trampa. El animal todavía se contorsionaba, moribundo. La punta del anzuelo le atravesaba el paladar y le asomaba por la base del ojo izquierdo. Con un preciso golpe dado con el talero de su rebenque, Juanuto puso fin a esa tragedia. Cuerearlo no significó mayor trabajo para la baquía campesina del cazador. Con certeros tajos abrió la piel y con hábiles tirones pronto quedó con el cuero en sus manos. El cuerpo del animal, convertido en una piltrafa sanguinolenta de ojos saltados, quedó tirado entre las matas.

Días después, cuando Valdés volvió, encontró que su amigo estaba con otro ánimo. Con alegre orgullo, Juanuto le mostró el cuero seco y crujiente del zorro, su enemigo, estaqueado en una de las murallas del rancho. Junto con eso le contó cómo había hecho para cazarlo.

Para Valdés, la alegría demostrada por su amigo no fue óbice que impidiera sacar algunas conclusiones sobre lo acontecido. Para Juanuto el zorro era su enemigo porque era el depredador de sus corderos que representaban su manera de sobrevivir. Pero pensándolo bien, Valdés sacaba otras conclusiones: entre el zorro y el hombre, en ese hábitat el intruso es en este caso el hombre, que se vale para invadir el hábitat del zorro de la inocente oveja. En el largo plazo la propia naturaleza se encargará de hacer justicia.

LUCIANO GONZALEZ INZUNZA, 70 AÑOS
CHACARERO
CHILE CHICO, AYSÉN, XI REGION

EL TIO PATO

Las cinco de la mañana habían dado hace rato y el Tío Pato ya había latizado el fuego para el desayuno. Se encontraba a horcajadas en la acequia que pasaba por el patio, en los menesteres de la limpieza matinal, su cara llena de espuma apenas se reflejaba en el vidrio quebrado del espejo, que mantenía a la orilla del canal, sobre una banca toda desvencijada y coja. De vez en cuando dejaba escapar un garabato, a pesar de que era evangélico, cuando se cortaba la barba con una vieja máquina de afeitar que slo tenía el mango, una cara y una hoja de gillett.

Alzó la cabeza y vio que el fuego se había avivado. Tomó un trapo que hacía las veces de toalla, se secó la espuma de la cara y fue con paso seguro a poner la tetera, que ya tenía lista cerca de la hornilla.

Dentro de la casa, que componían dos piezas de madera cubiertas de cartones para protegerse del frío, estaba su mujer todavía retozando en un viejo catre metálico, tapada con añosas frazadas y mantas, que más parecían reliquias de viejas herencias familiares. Separado por un cajón de manzanas, que cumplía las funciones de velador, había otra cama, más bien otro somier, tan viejo como las patas de palo todas chuecas que lo sostenían. En él dormían sus dos hijos, Patricio y María.

El Tío Pato, como le decían todos cariñosamente, era el típico obrero campesino, madrugador y trabajador. Laburaba en un fundo de la zona central, con los mismos sueños de todo hombre de campo: llegar a su ranchito con algo de plata p'a parar la olla, p'a unos puchitos y otras cositas que pudiese comprar. "Peón en fin de cuenta, se decía a sí mismo, no poemas tener sueños e rico".

Con un palo de acacio que tenía forma de honda, sacó la negra tetera del fuego con seguridad y, sin soltar el palo, dejó caer el agua en un choquero de lata para que se remojara el té suelto que tenía preparado con dos cucharaditas de azúcar y unas hojitas de cedrón para despertar bien.

Se sentó a orillas del fuego y comenzó a tomar té, con un mendrugo de pan añejo, pero bien calentado en el rescoldo acogedor de las brasas. "Chitas que 'stá caliente todavía", refunfuñó, "por mientras voy a calentar la Casera", se dijo.

La "Casera" era una vieja motoneta. Era su orgullo y ocupaba un lugar importante en su vida, en su casa y en su trabajo. Lo sacaba de apuros en las mañanas para recorrer los tres kilómetros entre su rancho y el fundo y en las tardes, ya cansado, en pocos minutos lo traía de vuelta a su casita.

Los amigos y vecinos la habían bautizado la "Casera", ya que, con sus latas sueltas y desvencijadas, amarradas a veces con alambre, que, como buen chileno, el Tío Pato usaba para arreglar las cosas más mínimas. No dudaba en usar este elemento para fijar piezas y latas de su motoneta. Es más, las piolas del freno y acelerador eran del más fino alambre que se usa para amarrar las colizas de pasto lo que hacía que, una vez en marcha la motoneta, produjera tal cantidad de ruidos y sonidos, que la gente del campo la comparaba con la

carreta del casero, con todas sus ollas y sartenes colgando a la vista de los posibles clientes.

En un dos por tres, como era costumbre, Tío Pato tenía en marcha la "Casera" para que se cebara y calentara un poquito. Su mujer, aún dormida, al sentir el ruido, preguntó con un flojo grito:

- ¿Ya te voy, Patricio?...

- No mujer, contestó él, es que la choca estaba caliente todavía y aproveché de echar a andar la moto mientras se enfria el té.

- Viejo, acuérdate que hoy viene la abuela de los niños. No te atrasés y trae unos duraznitos bonitos para regalarle.

El Tío Pato, sentenciante le dijo:

- Chis, los ojos del jutre te ejan en pelotas y vos querís que te traiga duraznos.

- Pero viejo, si desos que dejan p'a segunda... pídele algunos.

- Ya, voy a ver si puedo traer algo. Ahora me voy a tomar el té, exclamó el Tío Pato.

Ya el sol estaba casi en lo alto cuando pasó la "Casera" por el único callejón que había entre los ranchos del vecindario, despertando a todo el mundo con su ruido de latas.

El Tío Pato, con las manos al manubrio de la "Casera" y con los ojos puestos en el polvoriento camino, pensaba en el trabajo que le tocaría hoy en el fundo, a qué corte de durazno irían, si no le habían pillado el capacho que había dejado escondido el día anterior porque era el mejor, se decía a sí mismo, o si su compadre Pedro no le echaría de nuevo la talla por el trasto viejo en que llegaba montado y, lo que es más, cómo hacerlo para traer unos duraznitos para regalo si el patrón con sus ojos de águila miraba todo, hasta debajo del agua, decían los inquilinos, memorizaba todo lo que los peones entraban, cuántas marmitas, cuántas bolsas, para que a la salida nadie escapara con algo del fundo.

- Es tan re' desconfiado, se decía el Tío Pato, que cuesta un mundo que regale unos duraznos machucados y la María quiere que lleve de los buenos para regalo.

Casi como automática, la "Casera" entró en los portalones añosos de la entrada del fundo. El ladrido del Sultán, el único perro guardián, daba la bienvenida a los peones. Unos cuantos ya habían llegado y, a medida que entraban, se iban reuniendo alrededor de la rampla que los llevaría al lugar escogido por el patrón para comenzar el día laboral. El lugar era el típico galpón de fundo, parado sobre varas de acacio, con añosas planchas de zinc por techo. Ahí las tallas y chistes eran pan de cada día, mientras se iban juntando los peones, los cuales se mofaban y reían sanamente con los que iban llegando. Todos sabían que a las siete se abría la puerta de la oficina y salía el patrón con la lista de trabajos para el día, que rutinariamente eran los mismos: regar, abreviar las vacas, aseos y, los más, a la corta de duraznos, lo único que cambiaba era el capricho del patrón, quien mandaba todos los días a distintos hombres a las labores diarias.

- A nosotros los queda bien re poco ya, así que yo creo que vamos a terminar temprano la tarea y, usted sabe, a la casita pues.

- Ojalá compadre, porque hoy va a venir mi suegra a ver a los niños y la María quiere que le lleve unos duraznitos.

- Chis, compadre, hay unos re bonitos para que elija y le lleve a la parentela.

- Y el patrón, compadre, ¿cree que me va a dejar llevar de los buenos?

- Para qué le va a decir, le dice que son machucados y punto pos ñor.

- Chis, ¿Usted no sabe que trajina todo y que en cuanto me los vea me los quita delante de toda la gallá, imagínese la vergüencita.

- Pero sea más vivo usted ñor...échelos en la caja de las herramientas de la motoneta y el jutre va a ver que no lleva bolsa y listo el pavo.

- Ahí voy a ver cumpa...

Terminado el almuerzo, los peones se iban, sin esperar órdenes, a continuar sus trabajos. Uno a uno se fueron alejando del galpón. Tío Pato, de reojo, miró a la "Casera" y su vista se clavó en el huevo que formaba la cajuela en que se gurdaban las herramientas. Con la sola idea de burlar al patrón y llevarse unos duraznos de primera, se acercó al grupo que, en animada charla, se dirigía a continuar cortando fruta.

En el medio del duraznal encontró una mata que presentaba los más bonitos frutos, deliciosos a la vista, codiciados por cualquiera. Con manos expertas cortó diez de los más grandes y, a hurtadillas por medio de la arbolera, se dirigió al galpón, miró a todos lados y su vista se detuvo en la oficina del patrón. Este se encontraba embelesado en su escritorio, llenando papeletas de embarque para la carga que más tarde debería entregar.

Tío Pato se deslizó agazapado hasta su objetivo, la "Casera", con la vista siempre pegada en la oficina. Abrió la maleta e introdujo con toda suavidad su precioso botín. Cerró la cajuela, se metió la llave al bolsillo y escapó cual felino desde el galpón, para perderse en el follaje de los árboles.

El patrón, en su oficina, levantó la vista, miró de un lado a otro y siguió con su lápiz llenando documentos.

A las cinco de la tarde, por el polvoriento camino, regresaban los peones con la alegría en el rostro por la tarea cumplida y el deseo de regresar luego a sus ranchos para el descanso.

El grupo, en tropel, entró en el viejo galpón, el patrón sentado en un viejo sillón de mimbre, interrogaba con los ojos a cada uno de sus inquilinos.

- ¿Estamos listos niños?, preguntó con voz seca.

- Si patrón, está lista la carga, contestó don Pedro.

- Bueno niños, ahora a descansar, que mañana será un nuevo día, dijo sin demostrar complacencia ni satisfacción.

- Patrón, ¿podemos llevar duraznos machucados?, preguntó la mayoría de los peones.

- Bueno, dijo el patrón, con avara voz, pero de los maduros reventados, porque los buenos son para la exportación.

Mientras los hombres se preparaban para irse, el patrón se paró de su asiento y se puso en la puerta de salida, no para despedir a los trabajadores sino que para trajinar sus bolsas y marmitas.

Uno a uno fueron saliendo, el patrón tocaba sus bolsas, para comprobar que no llevaban fruta de primera.

Nerviosamente, Tío Pato se montó en la "Casera" mientras trataba de ponerla en marcha, mirando siempre de reojo al patrón. Los nervios se lo comían, al fin la "Casera" puso a estornudar su motor, dejando escapar una gruesa nube de humo. Lentamente revisó la marmita y, mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

- ¿No va a llevar duraznos don Pato?

Tío Pato, sin levantar la vista respondió:

-No traje la bolsa patrón...usted sabe que andando en estos vehículos es peligroso andar con mucha carga.

El patrón lo miró irónicamente y le dijo:

- Pero puede llevar en la maletera ñor.

Tío Pato lo miró con ojos tan grandes que delataban su nerviosismo y, sin pensarlo dos veces, le dijo resueltamente:

- Es que ¿sabe patrón? se me perdieron las llaves de la caja.

El patrón lo miró seriamente y en tono de burla le dijo:

- Entonces se le van a podrir los que lleva adentro poh ñor. Hasta mañana.

Tío Pato, colorado como el más maduro de los duraznos, con la cabeza gacha y sus manos sudadas tomadas al manubrio, solo atinó a decir:

- Puchas...Hasta mañana patrón.

MIGUEL EMILIO MARÍN CARVAJAL, 37 AÑOS
OBRERO AGRÍCOLA TEMPORERO
SAN FELIPE, V REGIÓN

"EL CICLISTA"

Humilde y muy querido por el pueblo, amigo de todos, era Virgilio Lendez, "el ciclista", más conocido como el Antiguo, seudónimo que había adquirido por dos razones: Por su vieja bicicleta en la cual practicaba con afán e ilusión de ser grande algún día, luciendo una determinada camiseta que le había dejado su difunto padre. Y...por tener cuarenta y nueve años y ser el más viejo de una modesta escuela de campo, donde trabajaba como auxiliar. En esa escuela estudiaban cuatrocientos niños huérfanos. El Antiguo era el ejemplo deportivo de la escuela y el amigo de todos.

Una tarde, en el mes de abril, el Antiguo se encontraba en el patio de aquella escuela, contemplaba ilusionado su bicicleta, soñaba con ser un campeón, los niños al verlo se dirigieron hacia él, y uno de ellos exclamó: ¡Antiguo, Antiguo! ¡Enseñanos una canción!... ¡Sí, si decían otros!. Entonces los niños lo rodearon y prestaron atención.

Estando el Antiguo en medio de ellos comenzó a enseñarles, cantando:

-¡Qué grande que viene el río, qué grande se va a la mar!... Y así les enseñaba aquella canción. Al cabo de un rato los niños habían aprendido y tomados de las manos cantaban:

-¡Qué grande que viene el río, qué grande se va a la mar!...

El Antiguo era feliz junto a los niños a los cuales quería de verdad. Fue así que una vez que terminaron de entonar aquella canción, Joaquín, uno de los más pequeños, preguntó: ¿Qué vas hacer con la bicicleta, Antiguo?

Los demás callaron, el Antiguo sonriente respondió: Volveré a entrenar, lucharé fuertemente y correré en la gran carrera de los cien kilómetros del mes de octubre, y cuando haya ganado formaré el primer equipo de ciclismo de esta escuela.

-¡Bravo, bravo! respondieron los niños ¡Ganarás, sí, lo lograrás Antiguo, serás el campeón!... De pronto se escuchaba un fuerte y caluroso aplauso con el cual los niños daban ánimo a quien tanto querían. Luego los muchachos volvieron a clases.

El Antiguo después de haber preparado su bicicleta, comenzó a entrenar. Entonces se le comenzó a ver todos los días hacer sus entrenamientos, tenía fe, confiaba en él, tenía el apoyo de toda una escuela del campo y de toda la gente que vivía en el lugar.

El tiempo transcurría rápidamente. Poco a poco fueron quedando atrás mayo, junio, julio, agosto y septiembre. El Antiguo estaba muy bien física y anímicamente y los niños estaban muy ilusionados, también lo estaba la gente del pueblo, quienes al verlo practicando le gritaban: ¡Vamos campeón, ánimo!...

Con esfuerzo y mucha dedicación el Antiguo cumplió su período de entrenamiento.

Ya estando en el mes de octubre, a sólo veintiséis días de la gran carrera, el Antiguo tomó su bicicleta y se dirigió a la ciudad llegando a la federación de ciclismo, donde se presentó con el deseo de competir, inscribiéndose.

Luego se dirigió a una bicicletería con la intención de comprar una caramallola para su bicicleta, pero al salir, su bicicleta ya no estaba en el lugar donde la había dejado, alguien se la había robado.

El Antiguo desesperadamente miró a todos lados y solo pudo ver gris, las lágrimas inundaron los ojos de aquel ilusionado ciclista, quien al perder su bicicleta perdió también toda su esperanza, derrumbándose y desvaneciéndose su gran sueño de ser un campeón.

Tristemente se fue a su hogar, luego sin decir nada se dirigió a la escuela, llamó a Joaquín y le dijo: Joaquín, hijo, perdóname si te defraudo, lo siento, ya no podré competir.

El niño miró sus ojos y pudo ver en ellos su sufrimiento, no hicieron falta las palabras para que supiera que a su querido amigo le habían robado su bicicleta. Luego exclamó tristemente: ¡No importa Antiguo, yo te quiero igual, y para nosotros igual serás un campeón!

Con un nudo en la garganta Joaquín entró en su sala de clases y aprovechando que no se encontraba el profesor, conversó con sus compañeros:

"Amigos, les tengo una mala noticia, y quiero que todos como buenos compañeros ayudemos a nuestro amigo el Antiguo, a él le han robado su bicicleta y si nosotros no la encontramos rápido, no podrá competir en la gran carrera".

Todos los compañeros de Joaquín permanecieron en silencio mientras él les contaba lo sucedido. Entonces Joaquín les pidió que dejaran la sala y fueran todos a la ciudad y buscaran por todos los rincones hasta encontrar la bicicleta de su querido amigo, magnífica idea para estos niños quienes rápidamente se fugaron de la sala y emprendieron marcha hacia la ciudad, todos guiados por Joaquín quien los ordenó y designó por sectores. La búsqueda había comenzado y estos niños no pararían hasta lograr su propósito.

Mientras, que en aquella escuela de campo, Virgilio Lendez sufría, la mala suerte lo perseguía, con palabras entrecortadas, entró a la inspectoría de la escuela para comunicar el desaparecimiento de todo un curso de niños entre los cuales se encontraba su amigo Joaquín.

Poco a poco se esparció la noticia, y el pueblo comenzó a sufrir la ausencia de aquellos niños, los buscaban por todos lados, nadie sabía nada.

Así pasaban los días y en aquella escuela todo era esperar en silencio, largas y amargas horas, que al parecer no pasaban nunca. Pero la gente, los profesores, y los demás alumnos tenían fe, confiaban que tarde o temprano aparecerían los niños.

Mientras al Antiguo se le veía triste, sentado en el mismo banquillo donde solía enseñarles alguna canción a estos niños que tanto quería.

Mientras, en la ciudad las cosas no eran de las mejores para los niños empeñados en encontrar la bicicleta de su querido amigo, pero no se daban por vencidos. Estando una tarde en un parque todos juntos, cansados, derrotados, vieron a lo lejos a un individuo grande, que al acercarse se notaba moreno y sucio, el cual se movilizaba en bicicleta mirando de un lado a otro. Al pasar frente a los muchachos José gritó: "Es la bicicleta del Antiguo".

Rápidamente los niños como un gran pelotón iniciaron la persecución, todos tras el bandido, lanzándole piedras, palos y gritándole:

"Deténte ladrón, esa no es tu bicicleta".

El individuo tomó distancia y se fue por una transitada calle de la ciudad, perdiendo así a los niños. Estos se volvieron a reunir, más cansados aún, y acordaron seguir con la búsqueda al otro día. Así todos juntos se dirigieron a un puente donde estaban alojando, pero al llegar se encontraron con sorpresas: la policía. La dirección del colegio, había dado aviso a todo el país del desaparecimiento de estos alumnos. Pero los niños al ver que la policía pretendía detenerlos se dieron a la fuga. Corriendo por una calle en contra del tránsito lograron escapar y perder a la policía. Fue así que mientras todos se encontraban asustados y cansados, sin querer se encontraron con un accidente, un ciclista había sido chocado por un vehículo.

Después de que la ambulancia levantó al herido uno de los niños se acercó y descubrió que el herido era el ladrón, y que la bicicleta había quedado a un costado de la calle y era la de su amigo Antiguo. Rápidamente la tomó y la llevó donde sus compañeros, quienes estaban felices. Por fin la habían encontrado, la revisaron, se dieron cuenta que nada le había pasado y que estaba en buenas condiciones, entonces Joaquín los hizo callar y les dijo:

"Queridos compañeros, por fin hemos logrado nuestro propósito, por fin veremos una sonrisa en las mejillas de nuestro querido amigo el Antiguo, el que sin duda hará florecer una sonrisa más grande en las nuestras cuando haya ganado la gran carrera, y sea el campeón que todos soñamos que sea".

Después de haber escuchado a Joaquín, los niños muy felices se dirigieron al campo, a la escuela.

Mientras que el Antiguo se encontraba sin ninguna esperanza, sentado como siempre, pero esta vez conversando con Dios, pidiéndole que por favor permitiera que los niños estuvieran bien, que nada les pasara y que regresaran muy pronto.

En tanto, en las salas todo era absoluto silencio, cuando de pronto lentamente se comenzó a escuchar un coro de niños que a la entrada de aquella escuela de campo cantaban: -¡Qué grande que viene el río, qué grande se va a la mar...! Así los niños entraron al comienzo tímidamente a la escuela por temor a la determinación que habría de tomar el director, pero para la escuela lo más importante era su regreso. Poco a poco fueron saliendo de las otras salas los demás compañeros, uniéndose a su canción la que terminó con bastante emoción ya que todos los niños con un fuerte abrazo le entregaron la bicicleta a su amigo el Antiguo.

Así por fin, como regalo del cielo, una vez más renacía la esperanza del Antiguo, a estas alturas solo faltaban cuatro días para que se llevara a efecto la gran carrera, la gran hazaña del Antiguo casi era realidad, los días pasaban rápidamente, hizo dos últimos entrenamientos y se preparó.

Así llegó el gran día, domingo 26 de octubre, con una mañana gris, a punto de llover.

Todo el pueblo se daba cita en la plaza, donde estaría la meta y donde sería el punto de largada, la gente repletaba los costados de las calles, los competido-

res comenzaron a llegar, de pronto la gente comenzó a aplaudir intensamente: el Antiguo había llegado al punto de partida, una vez más luciendo su deteriorada camiseta pudo sentir el cariño del pueblo y de jóvenes deportistas quienes lo homenajearon con un sincero aplauso, mientras en aquella escuela de campo todos los niños salieron a la carretera, con un radio transistor, con banderas chilenas y un gigantesco letrero que decía: ¡Fuerza Antiguo...A ganar!

Periodistas, campesinos y ejecutivos, todos hablaban del Antiguo, era la esperanza de muchos. Siendo las 10:04 minutos, la gran carrera comenzó, mucha gente se volcó a la carretera, la ilusión del Antiguo era contagiosa.

Ya estando en plena carrera, comenzó a llover. Aún con lluvia la gente esperaba el regreso de los ciclistas, la carrera avanzaba, fue así que por fin los niños de aquella escuela vieron la pasada de estos ciclistas mientras la lluvia continuaba, ellos tomados de las manos cantaban:

-¡Qué grande que viene el río, qué grande se va a la mar...! Haciendo flamear sus mojadas banderas y entre gritos y el canto elevaron aquel letrero que sin duda le daría fuerzas a quien tanto querían...

Luego el grupo giró dando paso al último tramo de la carrera, la competencia llevaba un fuerte ritmo, estaba por terminar, los niños pendientes de la radio esperaron el fin de esta tan esperada competencia, todo era nerviosismo, solo faltaban algunos kilómetros, pero de pronto los niños se enteraban a través de la radio de una cruel noticia; seis ciclistas sufrieron una dramática rodada a solo 8 kilómetros de terminar la carrera, el pueblo seguía gritando y alentando al Antiguo, pero luego... todos callaron, los gritos, la alegría deportiva y la ilusión de una modesta escuela de campo se transformó en llanto y en pesar.

Lenta y nostálgicamente las radioemisoras comenzaron a emitir la fatal noticia:

"Tenemos el triste pesar de comunicar el dramático fallecimiento del ciclista: Virgilio Lendez, el Antiguo, el amigo".

Fue así que al terminar aquella carrera, nadie ganó, sino que todos perdieron, una vez más se unieron; periodistas, ejecutivos y campesinos, esta vez en el dolor, mientras que en aquella modesta escuela de niños huérfanos aún bajo la lluvia y la tristeza se elevaba una sentida bandera chilena que permaneció a media asta. El dolor fue lo más profundo y el peor de los premios que pudo recibir el pueblo y el Antiguo.

Tristemente pasaron los días, y el 28 de Octubre se efectuaron los funerales del Antiguo, una vez más la gente se volcó a las calles.

Entonces se pudo apreciar un largo desfile: Ciclistas, miles de peatones, muchas hermosas flores, y cerraba aquel nostálgico cortejo el dolor de quienes más perdieron: cuatrocientos niños huérfanos quienes marcharon llorando y cantando: -¡Qué grande que viene el río, qué grande se va a la mar...

Y así todo terminó, la lluvia cesó, el Antiguo ya estaba sepultado, "todos perdieron", solo en lo más profundo del corazón de aquellos niños vivirá por siempre el recuerdo, el cariño y el ejemplo deportivo del Antiguo.

Siete años más tarde, también un 26 de octubre, en aquella humilde escuela de campo, renacía potencialmente la esperanza deportiva, Joaquín, con-

vertido en un joven de 17 años y cinco de sus compañeros eran presentados ante el pueblo como el primer equipo de ciclismo de la escuela, con sus bicicletas y perfectamente equipados, lucían hermosas camisetas que en su pecho decían: "Club ciclista Virgilio Lendez"...

Y ese mismo día, en una gran ceremonia recordatoria, era descubierto en el patio principal de la escuela, un nítido monumento con una visual y atractiva placa que decía:

Con cariño, el más grande homenaje de nuestra querida escuela al ciclista: Virgilio Lendez...

El Antiguo - El Amigo.

P.D. Dedico esta historia, con mucho cariño y orgullo a dos personas que para Curicó han sido, tal cual Virgilio Lendez, un verdadero ejemplo deportivo.

A los ciclistas: Sergio Suazo y Santiago Ramírez (Chaguito)

Con admiración y respeto.

**RAUL F. MIÑO ROCO, 23 AÑOS
OBRERO AGRICOLA
CURICO, VII REGION**

"DON QUEÑO"

Era imposible hablar de Don Queño, sin que el misterio y la fantasía envolvieran las palabras.

Tenía yo alrededor de cinco años y vivía con mis abuelos en Manzanar, pequeño y hermoso lugar cercano a Curacautín.

Junto a nuestra parcela, se vendió un pequeño terreno, de unas cinco cuerdas, el cual fue comprado por un hombre que llegó del norte y que yo sepa, jamás se supo su nombre, ya que todo el mundo lo llamaba "Don Queño". Alto, moreno y de recia contextura, pero de mirada tranquila y bonachona. En el fondo de sus ojos negros, parecía danzar una pena que a veces nublaba su visión, pero que nadie se enteró de ella.

Lo cierto es que nunca se supo de su pasado. Lo que sí se sabía, era que vivía solo, no molestaba a nadie y era trabajador. ¡Vaya si era trabajador! El terreno que compró jamás había sido sembrado. Lleno de malezas, zarzas y enormes troncos de árboles, hubiera desanimado a cualquiera. Don Queño, sin embargo, con algunas herramientas y con mucho tesón y ñeque, desmalezó, quemó y limpió centímetro a centímetro todo su campito.

Muy temprano, cuando acompañaba a mi abuelo al establo a sacar la leche, Don Queño ya estaba dándole duro a la pega.

-¡Buenos días Don Queño!

-¡Buenos Don Segundo! ¡Hola Américo! ¿Ayudando a tu abuelito...?.

Yo respondía con una sonrisa y contemplaba admirado el musculoso cuerpo de Don Queño, que desprendía vapor de tanto trabajo y esfuerzo.

Mi abuelo le ofrecía uno o dos jarros de espumosa y humeante leche, que Don Queño tomaba con avidez.

-Gracias Don Segundo. Algún día pagaremos...

Fue en invierno, a oscuras se sentían aún los golpes del azadón de Don Queño, cuando algunos vecinos comenzaron a comentar que en su campo se veían cosas raras. Una misteriosa luz se aplacaba por algún tiempo y de pronto se actualizaba. Lo cierto es que nadie comentó con Don Queño esta situación, ya que a pesar de ser muy buen vecino, por alguna razón, los pobladores de aquel lugar no le tenían plena confianza.

Con el tiempo, algunos acontecimientos alborotaron aún más la imaginación de los campesinos.

La mamá de María, mi amiga, estaba muy grave. No lograron curar su enfermedad con ningún remedio casero. Entonces Don Queño llegó con la ambulancia, costó los remedios de la enferma y Doña Clara regresó sana y salva a su casa.

Cuando el papá de Manuel quedó aplastado bajo un enorme árbol, Don Queño contrató un taxi para llevarlo a Curacautín, ya que la única ambulancia estaba en panne. Nuevamente costó los medicamentos y después de un tiempo Don Manuel volvió a su hogar bastante restablecido.

Un día cualquiera, Don Queño se ausentó de su casa. Cuando regresó venía en un inmenso camión que traía una gran casa pre-fabricada. El y algunos trabajadores, la armaron en tres días.

Entonces, los comentarios arreciaron de nuevo:

-¡Miren... la casita que se está haciendo Don Queño...!

-¡Quizás de dónde sacó la plata...!

-¡Pa mí... que tiene pacto con el Diablo...!

Sin embargo, cuando la casa estuvo terminada, Don Queño nos reunió a todos los niños del lugar, unos 18 en total.

-Niños- dijo -esta es su casa...

El asombro se pintó en nuestras caras... Estupefactos nos mirábamos y no sabíamos qué decir. A su lado había un hombre joven.

-Sí... -continuó Don Queño- esta es una Escuela... y va a cambiar la vida de toda la comunidad... Este Señor que está a mi lado será desde ahora su segundo padre... Su Profesor...

Tal como dijo Don Queño, la vida cambió para todos en Manzanar. Teníamos una Escuela y un Profesor. Descubrimos el misterio de los libros y aprendimos la magia de escribir, leer y expresarnos con fluidez... la vida fue más hermosa... hasta que desapareció Don Queño...

Sorpresivamente nunca más se supo de él. Los niños, mi abuelo y todos los vecinos, que habían aprendido a quererlo, se sumaron a la intensa búsqueda que inició Carabineros de Curacautín. Fue inútil. Lo cierto es, que de Don Queño nunca más se supo.

Después de algunos años, algunos piensan que no cumplió un pacto con el diablo... y éste se lo llevó. Pero, también hay quienes piensan que Don Queño debe estar en algún remoto y solitario rincón del nuestro país, construyendo alguna escuelita para que ningún niño chileno se quede sin aprender a leer y a escribir...

Don Queño ha quedado grabado en nosotros como un chileno de corazón; trabajador, generoso y de brillante iniciativa. Estos valores borran cualquier fantasía o misterio que haya rodeado su vida...

AMERICO BASCOUR PINO, 53 AÑOS
PROFESOR RURAL, ESCUELA E-254
CURACAUTIN, IX REGION

LA COSECHA

El lago, profundamente azul, se recuesta con naturalidad entre cerros; tiene forma de cuero de cordero y carga en su vientre una pequeña isla vibrante de vida silvestre. Los caminos de acceso son malos, se deslizan en un brusco subir y bajar cruzando monótonos bosques de pinos llegados de California y eucalipto, el colonizador australiano. En las colinas más altas los chivos ramonean la zarzamora con implacable dedicación. Numerosas quebradas rodeadas de madera nativa bifurcan los cerros con decisión y ponen la nota alegre en el espíritu y en los ojos.

En uno de los múltiples saldeos, una gran sábana amarilla se extiende hasta el borde del lago. Es el trigo que ha madurado, las espigas juegan arrulladas por la suave brisa del atardecer. El ciclo tan largamente esperado está por concluir. Cada espiga ondulante tiene escrito en sus granos las esperanzas de José González, antiguas esperanzas amasadas con sudor y arduo trabajo. La siembra es su seguro de vida anual. Es el sustento de su modesto hogar. Cuando la cosecha es mala los días del año se estiran como teclado de acordeón bullangera.

José, acodado en la cerca de alambre contempla su obra con la quietud inmemorial del campesino habituado a vivir a expensas de los vaivenes e intrigas del tiempo. Su mirada brilla cuando siente en sus manos los granos de trigo, los acaricia con recogimiento, con entregada devoción. Comprueba que son duros y grandes, están sanos. Este año, por fin, le achuntó. Tiene que hacer un mingaco para la corta antes que el trigo comience a desgranarse por lo maduro, si se levanta viento fuerte se descabezará. Tiene que matar unos chivos, comprar chicha; la Juana su mujer pelará el mote y hará las tortillas.

José se encamina a su casa con paso vivo, elástico y con el alma preñada de afanes. En la cocina, sobre el fuego de pollo cuelga la olleta de papas con locro sin hervir. Atiza el fuego semi-apagado y sacude con empeño sus manos y sus ropas que se han llenado de pulchén. El campesino está intrínsecamente ligado al fogón y a la ceniza, su vida diaria gira en torno a éste. El fogón sirve para tostar el trigo, cocer los alimentos. En su ceniza se asan las tortillas, con ella se pela el mote, se friegan los utensilios de la cocina, se ahuman las carnes e incluso se utiliza como medicamento en algunos casos.

José coge su jarro favorito, aquél que hizo de un envase de tarro de salmón y al que le puso oreja con alambre de fardo trenzado, extrae una cuchara medida en la ranura de dos tablas de la pared y lentamente, silbando va hacia el rincón donde está el molino. Con tranquila parsimonia pone en la tolva unos puñados de crujiente tostado, da vueltas al mango del viejo molino y cae la harina en el botecito de madera. El hombre la mezcla con agua y la toma con golosa avidez.

La Juana no está. Piensa que debe haber bajado al lago a lavar ropa. Sale de la cocina y parándose al borde del patio, usa sus manos como bocina para gritar con fuerza:

-¡Mujer, la merienda!

Está seguro que eso bastará. Su mujer trotará cuesta arriba con los chiquillos pegados a los talones. Es buena hembra la Juana -piensa- limpia, atenta, callada y trabajadora, hecha para un macho fuerte y de pelo en pecho como él. Se tarda, tal vez no le escuchó. Vuelve a gritar y espera sin que pase nada. A lo lejos divisa a los niños aparecer al final del recodo, tras ellos viene Margarita, la curandera del bajo, acalorada y presurosa.

-¿Ontá la enferma?. Pregunta, sin darse tiempo para respirar.

-Y...qué se yo?. -Contesta José, -Salí de madrugada y vengo llegando reiciencito no má y harto hambriao le iré.

-En la cama tá, papito. -Intercede un chico.

-Y... ¡¿Cómo no aulaste ante, mocoso e' porquería? -Sin más, rumbea a la pieza. La curandera lo sigue sin decir palabra.

En el dormitorio, un cuartucho semi-oscuro y maloliente, sobre la única cama reposa la Juana.

-Y diey...¿qué te pasó mujer?. -Pregunta José enfurruñado.

La mujer lo mira con ojos que parecen muy grandes en su enflaquecida cara y con voz apenas audible, contesta:

-¡Me siento remal... desanimá y sin juerzá pá ná ná!. Mandé a los mocosos a uscar la meica.

-¡Aquí mesmo toy, oña Juanita!. -Tercia Margarita y mientras habla se va acercando al lecho de la enferma y con aires de entendida le toca la frente, le palpa las manos y finalmente le mira los ojos. Se vuelve con prontitud al marido y a los hijos y les ordena autoritaria: ¡Salgan toítos de aquí, de ná sirven!.

Los niños salen corriendo y el hombre camina cabizbajo hacia la puerta rumiando su amargura y pensando:

- ¡Maldita la mala suerte! Justo cuando la cosecha está encima se le ocurre caer a la cama la iñora... ¡Perro' destino del pobre!. Ta flacaza la Juana y mal andá, come repoco tamién, decaía y como atontá. Y los cauros tan rechicos pa' ayuarme. La patrona is la guena pa' la hichona y agora irse a enfermar. ¡Por la vía!... a lo mejor no es ná; cosa de mujere, con lo bruta y porfia que son, si son pior que alimales amaños cuando lis da por emperrarse por alguna cuntión.

José está preocupado, sabe que después del mingaco quedará trigo por cortar, atados que amarrar, la emparva y la trilla.

En eso sale Margarita a reunirse con José y le comenta:

-¡Malaza cara tiene lo de la Juanita, si pué! Disque va p'al año que está ansi... y... Ud. ¡no la respetó pa' na'!ni que juera alimal. ¡Si ni le quea sangre a la pobrecita! ¡Hombre bruto! -agrega por lo bajo como para sí.

José se endereza y la mira con un cúmulo de ira bailándole en los ojos como si quisiera fulminarla:

-¡Pa eso me case pu' eñora! -le espeta con voz agría.

-¡Ansí será si usted lo ice; main que agora ya na' se puee hacer! y caminando hacia la cocina va diciendo: ¡Le haré una agüita caliente a la pobre mujer, di algo que le ayúe-, termina con resignación.

A José una rebelión le rebulle por dentro como si le ardiera el pecho, mientras camina a ver su mujer. Una rabia infinita contra el destino traidor que no le da tregua. Le duelen las ganas locas de hacer daño, de pegar, de emborracharse hasta perder la conciencia. Con saña le da una patada al quiltro que se acurruca al lado de la puerta.

Un aullido largo, quemante, lastimero, rompe el silencio y recorre con su eco las quebradas cercanas. Ya es noche, la pieza está alumbrada por un chonchón. El hombre avanza despacio como si tuviera que hacer un esfuerzo sobrehumano para dar cada paso, su respiración agitada semeja al resuello de un animal herido. Estira con timidez su mano callosa y toca la mejilla de su mujer, la siente fría, rígida. Le habla y la sacude con suavidad. No hay respuesta. Enseguida la sacude con apasionamiento, con fuerza incontenible por algunos segundos hasta que al fin se permite comprender que ya no está, que se ha ido para siempre. Con voz ahogada, estrangulada, le reprocha:

-¡Mujer, te juiste justito cuando hay que empezar la cosechal.

NOELIA ALIA DURAN CONTRERAS, 38 AÑOS
APICULTORA
PUREN, PROV. MALLECO, IX REGION

EL CAMARON

Aquí en la zona norte, específicamente en el Valle de Camarones, a 80 km. al sur de Arica, existía gran cantidad de camarones hasta hace tres décadas atrás; denominado también Cangrejo de Río (*Criphiops Caementarius*), cuyas dimensiones llegaban hasta 30 cm. de largo, desde la punta de la cola al ápice superior. Estos crustáceos actualmente se encuentran en período de exterminio en esta zona.

Cuentan los antiguos lugareños una historia que fue transmitida de generación en generación, convirtiéndose con el paso del tiempo en creencia popular.

Dicen que esta especie era un animal amorfo, o sea sin forma, la madre naturaleza no lo había favorecido en esta oportunidad en cuanto a su estética, pero tenía el poder regenerativo en sus extremidades, facultad que aún posee (cuando pierde una de sus patas o tijeras, le brota una nueva). Además, a medida que va creciendo anualmente cambia todo su caparazón en forma íntegra. A pesar de su forma, era fuerte, ágil, diestro, tranquilo, rebelde, porfiado, soberbio, pertinaz y muy inteligente. Por todas estas cualidades, no era querido por los demás animales, más bien se burlaban de él, ya sea por envidia o por las facultades que ellos no poseían, o tal vez, por su manera de ser.

Viendo el Camarón lo que sucedía en su entorno y que las burlas pasaban de castaño a oscuro, no pudiendo soportar tantas insolencias, desafió a duelo o a juego de apuestas, a cada uno de los animales, ya sean éstos grandes o pequeños, echando a mano a toda su experiencia e inteligencia; colocándoles como condición que si él ganaba se iba transmutar a su persona una parte del cuerpo del rival o una prenda de valor que le perteneciera al perdedor, y que también le permitiera mejorar su estética personal.

Estas pruebas o apuestas consistían de diferentes maneras o formas de acuerdo al rival, podrían ser de fuerza, resistencia, destreza, habilidad, paciencia, sabiduría, apuestas, etc., basándose solamente en recursos naturales.

Fue así como obtuvo de los otros animales:

Las patas de la araña (que le sirven para caminar lentamente); las orejas del cerdo; la cola de la paloma, las patas de la vicuña (las cuales le sirven para coger los alimentos y llevarlos a la boca); los ojos del ratón, las agallas del pez; etc....

De las cosas materiales consiguió:

La alforja del arriero, el anillo de compromiso, el serrucho del carpintero; los naipes del jugador (ubicado en la parte ventral de la cola, son una especie de cilios grandes que le permiten retroceder rápidamente hacia atrás); los rayos del sol (las antenas o sonar, para captar la presencia del enemigo); el bote del pescador (los molares); las tijeras del sastre y de la modista (ápices); etc....

Como había crecido demasiado su ambición de ir desafiando a cuanto animal que encontraba a su paso, estaba ciego de ansias de poder, pasándose de los límites permitidos por la naturaleza y ocurrió que en estas actividades lo

sorprendió Dios y le dijo que eso era muy malo, que no era bueno aprovecharse de la debilidad de los otros animales:

"Te has extralimitado en tus facultades, por lo tanto, recibirás como castigo la reducción de tu tamaño, y andarás por todo el mundo, en mares, ríos y pantanos, tendrás muchos familiares, de miles a miles (langostas, langostinos, krill, etc.), servirás de alimento para los otros animales, morirás con el agua caliente y cambiarás de tu color verdoso al rojo de vergüenza como Satanás".

**JOSE MANUEL ACEVEDO GERONIMO, 66 AÑOS
ARICA, I REGION**

FIESTA DE SAN JERONIMO: UNA TRADICION DISTINTA

Tal vez sea única en Chile, tradición tan especial como la de San Jerónimo, con toda la hermosura de la creencia, fe campesina y forma de compartir alimentos durante un día al año.

A continuación, con respeto y cariño, describiré la Fiesta de San Jerónimo: una tradición distinta que se celebra año a año, cada 30 de septiembre, en una casa de la orilla, a ocho kilómetros de Curepto. Dicha casa es visitada por cientos de personas venidas de distintos lugares de la zona huasa de la costa curicana y talquina. Llegan de diferentes formas: en vehículos particulares, en coches, carretelas, a caballo, en bicicletas, a pie, para agradecer al Santo, que es una estampa muy antigua de San Jerónimo.

La gente llega a pagar sus mandas, consistentes generalmente en cosas preparadas para comer, como por ejemplo: gallinas, pavos, huevos cocidos, pan amasado, sopaipillas; lo que constituye una novedad respecto a otras romerías. Más de alguno llega con una garrafa de vino, otros traen una botellita de "enguindao" (aguardiente, guinda y un poco de azúcar) que sirve para entonar el ánimo.

Lo que distingue a este tipo de mandas, es que en San Jerónimo, todas las mandas que gana el santo son colocadas sobre mesas que van siendo llenadas con el producto de las mandas, esto es, con aves cocinadas, panes, quesos, etc. Todo lo que está sobre las mesas es para que se lo sirvan los asistentes a San Jerónimo. Cualquier persona se puede servir una presa de pollo, un pan, una sopaipilla o cualquier cosa que se encuentre en la mesa. Esta costumbre de compartir todo lo que llega, "lo ganado por el santo", de alguna manera recuerda a los primeros cristianos que compartían los alimentos y las cosas necesarias para llevar una existencia más en armonía.

Otras personas mandan a preparar una abundante cazuela de ave para todas las visitas que alcance, ya que en eso ha consistido su manda, ellos llevan las cosas para que les preparen la cazuela.

Resulta interesante escuchar a los campesinos que comentan los milagros realizados por San Jerónimo durante el año: "que ha sanado vacas, bueyes, caballos, terneros, corderos, perros, etc."

Durante la mañana y en las primeras horas de la tarde, la gente que está dentro de una pieza grande, sentada como en un velorio, cada cierto tiempo "reza al santo", pero muchas personas solo entran dos o tres veces al día "a mirar al santo" y el resto de la jornada la pasan en el patio o el faldeo del cerrito donde se encuentra la casa que tiene "la estampa".

Además de las cosas comestibles, los que llegan al lugar donde está el "patrono de los animales", traen velas, juntándose cientos de paquetes. Muchas son encendidas ese mismo día, otras quedan ahí empaquetadas.

A media tarde empiezan las cuecas y otros bailes "en honor al santo", muchos de los bailarines ya están contentitos con el vino y ponen el alma en cada cueca: "para el santo y para los presentes".

Bien entrada la noche regresan los últimos peregrinos, comentando lo bien que lo han pasado en San Jerónimo, prometiendo volver el próximo año aunque no tengan "deuda con el santo". Así vuelven por los distintos caminos hasta sus hogares.

La tradición de ir a ver la "estampa milagrosa" para pagarle mandas, se inicia hace unos doscientos cincuenta años, la que se hereda de generación en generación...

Así es la singular tradición de visitar y agradecer a San Jerónimo los favores de haber sanado animales. Ocasión que los campesinos de Dacamávida, Calpún, Depún, Las Lomas, Huelón, El Queñe, Lora, El Huapi, Los Cuervos y tantos otros lugares de la comuna de Curepto, como de la provincia de Curicó, se juntan para saludarse y compartir sus "mandas ganadas por el santo". Esta tradición tiene una especial religiosidad popular, mezcla de fe, agradecimiento y entretención de los hombres de la costa cureptana y curicana.

DANUBIO CORREA HERNÁNDEZ, 46 AÑOS
CUREPTO, VII REGION

LA EXTRAÑA DESAPARICION DE APARICIO REYES

Cuando Aparicio Reyes y su mujer vinieron a ver a doña Zunilda, "la meica", él estaba desesperado: sus manos eran irreconocibles: dos masas enrojecidas, las uñas levantadas envueltas en pústulas, hedor, sangre y carne viva y ese dolor inhumano que se le metía en los huesos y le atravesaba hasta el alma.

"Los estaba esperando, pasen", dijo ña' Zunilda con su voz de piedra. Ellos no podían disimular su sorpresa y entre temblorosos e incrédulos ingresaron a la casa fabricada con hojas secas y tallos de madre selva. Una vez en el lúgubre interior, rodeados por un mar de gatos trepando y bajando por los colgajos de hierbas o dormitando sobre los pocos rústicos muebles, eran ahuyentados a regañadientes y bastonazos por la mujer, quien con un gesto invitó a Aparicio para que se sentara frente a ella. A la luz de las velas, su rostro de cien años, sus ojos que de rojo encarnado pasaban a turquesa y amarillo, el pelo cano recogido en una trenza que de seguro le llegaba a los tobillos, la convertían en un ser de otro espacio, pero había un dejo de sabiduría en su mirada...

El domingo anterior las campanadas para misa parecían enloquecerlo con ese mugido del demonio que le retumbaba en la cabeza, "estoy cañamala", musitó esbozando una sonrisa.

¡Qué noche, pero qué noche en el boliche del pueblo!, meta pencazo y baioteo con las "niñas" de La Estrellita; también estaban el Teo, ño' José Ballesteros que se hace el de las chacras, pero a la hora del tandeo no hay parroquiano que le haga el peso, ño' Anibal y el loco Chano.

¡Ah, el Chano!, si por culpa de él los echaron de La Estrellita esa noche, no ve que empezó a molestar a la Carmela y a ño' Tabo no le gustó ná que se las diera de lacho con su hija y menos cuando le mandó manso ni que agarrón. Ahí si que se armó una feipa de Padre y Señor nuestro. La repartija de combos alcanzó pa' toditos, justos y pecadores y los cinco terminaron de patitas en la calle, dicen que ahí fue que la Carmela maldijo al Aparicio por haberle pegado a su padre.

Pero el mareo se acentuaba con eso de pararse y sentarse, ¡con lo adolorido que estaba! y otra vez párate, siéntate, sin pecado concebida, arriba, por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa... Amén, sentarse; si al menos el Padre Severo no fuera tan inflexible.

Una vez fuera de la capilla sintió como si todo el peso del cuerpo se le fuera a la mano derecha y cayó rodando por las escalinatas plateadas. Despertó recostado en un escaño de la Sacristía acompañado de su mujer y el Padre Severo, que desde luego le habló de las responsabilidades que tenía como padre, esposo y cristiano, que el andar borracho y metido en grescas no era bien visto a los ojos de Dios, etc.

Pero el suplicio siguió el resto de la semana: comenzó con algunas manchas en ambas manos que a las pocas horas se habían transformado en verrugas. En cosa de días éstas cubrían toda la superficie, el dolor era intenso y lo

peor: no podía trabajar. Ni las compresas de sal marina y flor efimera, ni los lavados con agua de ajeno y clavo de olor, ni jarabes, ni polvos, ni sahumerios, ni doctores habían podido aliviarlo y pese a que creía que ña' Zunilda era una charlatana, el dolor y la desesperación lo llevaron a ella como a su última esperanza de cura.

Entonces sucedió que doña Zunilda, mirándolo fijamente con sus ojos tornasoles, le habló: -Bien Aparicio, tus trabajosas manos están ahora en otras manos por venganza y tu castigo no acabará porque el conjuro fue barajado propiciamente.

Pero existen secretos, viejos secretos que no aparecen en los libros, secretos que son entregados a unos pocos, en ellos hay salvación. La meica le indicó el rito que debía efectuar y a pesar de su ignorancia, Aparicio creyó ridículas las palabras de la mujer: debía buscar un quisco en un lugar apartado para que nadie lo viera (si lo llegasen a ver pensarían que está loco). Una vez elegido el cactus le hablaría amablemente como si se tratara de una persona y se respondería como si fuera la misma planta quien contestase. Sin embargo, el sencillo hombre decidió realizarlo.

Se levantó temprano aquella mañana y caminó hacia los cerros valle arriba, seguro de que nadie lo veía, saludó con una reverencia a un solitario y gigantesco quisco y le habló:

-Buenos días, señor quisco.

-Buenos días Aparicio, ¿qué te trae por estos lados?.

-Vengo, respetuosamente, a pedirle un servicio.

-Si puedo hombre ¿por qué no?.

-¿Me puede convidar con unas espinitas, que estoy enfermo?.

-Pero, claro hombre!, las que quieras.

Entonces, Aparicio se acercó y tomó, dificultosamente, dos espinas, las que atravesó en la palma de la mano formando una cruz, luego las quitó con cuidado y las clavó en el mismo sitio de donde las había arrancado. Finalmente y con la misma voz sumisa se despidió del quisco dándole las gracias y se alejó. A sus espaldas escuchó voces y gritos de terror, entonces vinieron a su memoria las palabras de doña Zunilda: "... y por ningún motivo, finalizando el ritual, debes mirar hacia atrás; si lo haces estarás perdido..."

Pero, preso de una mezcla de miedo y curiosidad, no pudo evitar voltearse. En sus manos no había ningún rastro de enfermedad, eran totalmente nuevas. Pronto sintió como todo el cuerpo le temblaba, estaba inmóvil, sus piernas comenzaron a hincharse, los pies le reventaron, se retorcia a la vez que su piel se ponía verde y de entre las carnes emergían innumerables espinas... un grito de pánico alcanzó a salir de su garganta.

Nunca nadie supo en qué extrañas circunstancias desapareció Aparicio Reyes...

JULIO FERNANDO MIRALLES GONZÁLEZ, 21 AÑOS
TEMPORERO
VICUÑA, IV REGION

LA PIEDRA ENCANTADA

Fue en el lugar Norte de Freirina. A l otro lado del río toda la parte del terreno que tenía que sembrar se había convertido en barrial y pantano, debido a las lluvias de agosto y, teniendo que esperar que éste se seacara para poder continuar con los trabajos de la tierra y hacer la siembra de temporada, un día decidí ir de paseo al Llano Amarillo, que lleva su nombre por las añañucas amarillas y también tiene otras clases de flores de distintos colores, pero las añañucas son las más abundantes. Me encontraba en compañía de dos de mis hijas. Mientras ellas recogían flores, yo observaba el paisaje y escuchaba de vez en cuando algunos ruidos que venían del fondo del llano, a veces suave y a veces fuerte. Me llamaba la atención y la curiosidad de saber qué era.

Muchos creían, según una leyenda, que estos ruidos los produce una española convertida en imagen de piedra, por maldición de sus antepasados. Así fue como días después quise conocer de cerca esa piedra. Fui en compañía de un amigo apodado el Chonono. El viaje lo hicimos a caballo, porque queda muy lejos de Freirina. Después de dos horas de viaje llegamos a una posada o majada de cabra, desayunamos con leche y pan amasado, le conversamos a los dueños cuál era la misión que llevábamos, nos aconsejaron prudencia, ya que nadie viaja a esa dirección. Después de reposar seguimos viaje hasta el Romero, una mina abandonada que tiene un hermoso huerto frutal, una vertiente de agua corriente y un pastizal de trébol y alfalfa donde comieron los caballos y bebieron agua fresca. Después de descansar un rato decidimos irnos, mi compañero andaba a caballo listo para salir, yo un poco distante de él.

En uno de los árboles había colgado un espantapájaros, le dije a mi compañero -aquí hay un ahorcado-.

El, sin mirar lo que yo le indicaba, salió corriendo a lo que más pudo su caballo, hasta que lo perdí de vista. Luego lo seguí, gritándole -¡Chonono, Chonono!.

Solo el eco de la quebrada me respondía -¡Ono, ono, ono...!

Subí a un cerro, después a otro y otro más, de lo alto me miraban los burros y guanacos salvajes que, en manada, hulan de mis gritos y tropel del caballo. Me costó ubicarlo, pero al fin lo encontré, los caballos estaban cansados y sedientos, y el mío con su pata trasera clavada de espinas de quisco. Caminamos lento y con cuidado y observando para encontrar la piedra encantada.

La encontramos no muy lejos, nos acercamos con cautela y ya la teníamos frente a nosotros. Era una figura alta, ploma oscura y reluciente, di vuelta alrededor de ella y la miré una y otra vez, observando, para convercerme de lo que veía. En eso estábamos, cuando el caballo de mi amigo se asustó, y salió corriendo a una quebrada cerca de nosotros, no lo vimos más. Los dos fuimos en mi caballo a buscarlo, después de media hora, a la vuelta de un camino en un lugar no visible, escondido entre los montes, había unos murallones y junto a ellos estaba el caballo. Era una antigua construcción de un castillo del tiempo de los españoles, tenía varias piezas, allí era todo un silencio, después

de amarrar los caballos entramos silenciosamente. En las primeras piezas solo se veían pájaros que salían volando, pero en la pieza siguiente, nos encontramos con una pareja de ancianos. El estaba sentado en una silla, cubierto con un chal, la anciana lo cuidaba y le echaba aire con un abanico. Nos sorprendimos y ellos también se sorprendieron al vernos, nos miraban fijamente y asustados por ser nosotros las primeras personas que veían desde muchos años. Al principio fueron huraños y esquivos y tal vez agresivos, nosotros fuimos amables y cariñosos con ellos, intrusos o salvadores, poco a poco fuimos ganándonos la confianza y pudimos entrar en amistad con ellos. ¿Qué hacían estos ancianos solos y desamparados en este lugar y además enfermos?

Según ellos cuidaban un tesoro desde mucho tiempo, una herencia de sus abuelos españoles. ¿Cuál tesoro era el que cuidaban? Ya agotados y aburridos de la soledad nos confesaron su secreto, ocultaban cinco cajones de onzas de oro y mayor sorpresa resultó para mí, que la imagen de plomo oscuro y reluciente, no era más que un filón de metal de oro y plata, una reserva española de explotación minera. Para mí con esto quedó aclarada la antigua Leyenda de la Piedra Encantada, nos pidieron que los lleváramos con nosotros pero antes tuvimos que enterrar los cajones de oro y lingotes. Solo quedó a la vista el filón de oro y plata, quizás para siempre. Nos vinimos los cuatro a Freirina, para hospitalizar al anciano.

Cuando viajamos de vuelta y cruzábamos el Llano Amarillo, nuevamente se oían los ruidos al fondo del llano, pero no eran más que los zumbidos de los tábanos y aletear de las abejas que en esta época cubren las flores, el sonido del viento y el oleaje del mar que vienen desde Huasco.

PEDRO ORELLANA ASTUDILLO, 62 AÑOS
TAREAS AGRICOLAS EN LOS LOROS
HUASCO, III REGION

EL DUEÑO DE CASA

Voy a contar una historia que me sucedió el año pasado, por ahí a mediados de mayo.

Veníamos con mi hija y mi mujer del pueblo después de haber ido a comprar las cosas para la quincena. La mala suerte estuvo en que al bajar del micro se nos quedó olvidada en el maletero la cajita de mercadería.

La verdad es que traíamos tantos bultos y equipaje de la guagua que cuando nos dimos cuenta el bus ya pasaba por el frente de la casa y nos fue imposible hacerlo parar. "No importa, me dije, qué se le va a hacer, Dios quiera que cuando vuelva el bus de Concepción esté en el maletero mi caja, esta noche hay que estar atento a eso de las ocho un cuarto a ocho y media cuando regrese el bus".

La tarde avanzó lentamente, y en el transcurso de ella les dije a mis amigos Danilo Avalos Carrasco y a Miguel Nuñez, alias Don Candola, que por favor vinieran a ayudarme a llevar la caja con cosas ya que estaba seguro que ésta volvería porque en la línea Costa Azul no se pierde jamás nada.

En realidad la caja no era tan grande como para pedir ayuda, la razón era que días anteriores me había mandado abajo de una barranca y no podía hacer fuerza por orden del médico. Las horas pasaron rápidamente y llegaron las ocho, el viento y la lluvia habían parado.

Salí de la casa y empecé a bajar muy cuidadosamente ya que el barro es espeso y resbaladizo. Con el alumbrar de mi linterna parecía todo más fácil al bajar esos 70 metros. El problema estaría al subir la caja si es que mis amigos no venían en mi ayuda.

-Seguramente, me dije, tienen que estar tomando o flojeando o seguramente se les habrá olvidado.

Había llegado ya a las trancas echando pericos en contra de mis amigos y seguí avanzando y me fui a colocar al lado de un horno para hacer carbón, cuando de pronto vi un hombre a unos siete metros de mí, "buenas noches, amigo", le dije, a lo que él respondió, "buenas son".

Su voz no me era conocida y traté de acercarme un poco más y a la vez hice el intento de alumbrar su rostro descuidadamente para saber quien era, todo me fue imposible, solo recuerdo que llevaba una chupalla y una manta de castilla. No es raro ver a personas en la noche dentro de ese sector, lo que para mí fue extraño era su comportamiento, había algo que me inquietaba, que me ponía nervioso, no era por estar con él sino su manera tan misteriosa.

-Ya van a ser la ocho treinta y estos flojos no bajan, cuando uno les pide un favor son como la mugre, pero no pidan ellos uno porque les gusta que se los hagan al instante, comenté.

-Así son las cosas mi amigo, me dijo, en este mundo hay mucha gente así. Miren que van ser tan inconscientes de no venir a ayudar y usted con su pier-na mala.

Me asomé tremendamente, pero lo disimulé, a esto, le pregunté.

-¿Conoce Ud. gente por acá?

-Sí, conozco mucha gente, conozco a Miguel y a toda la gente de por aquí. La verdad -me dijo- es que con su pierna va a ser imposible llevar la caja para la casa. Yo siempre he admirado a los que se preocupan por esta casa, más bien que fue a comprar las cosas para la quincena.

El pánico se apoderó de mí, ¿cómo sabía él todo eso?

De pronto me dijo:

-Amigo yo le voy a ayudar a cambio de que usted me convide un poquito de vino.

-No se preocupe señor, esta es la mejor zona del vino y para que vea que soy cariñoso le voy a regalar un litro y medio por su tan amable oferta de ayudarme.

La luz del micro ya se hacía presente y alcé mi brazo haciéndolo parar.

-Buenas noches le dije al chofer; Vengo por mi caja que se me quedó en su maletero en la vuelta anterior.

Bajó el auxiliar y abrió el maletero ahí estaba mi caja igualita como la había dejado.

Alejóse el bus y nuevamente la oscuridad. El hombre recogió la caja y la depositó suavemente en mi hombro derecho. -No se preocupe, yo la voy sujetando de este lado.

-Gracias, muchas gracias, le dije y empezamos a andar camino a casa.

-Bueno mi amigo, le dije, ¿con quién tengo el gusto?, ¿cuál es su nombre?

-Mi nombre es Sebastián y yo soy el "Dueño de casa".

-¿Cómo que el dueño de casa?, el Dueño de casa soy yo. Mire mi amigo, hay que ver que tiene usted buen humor le dije, pero no se preocupe mi amable amigo, a mí me encantan la bromas, sobre todo cuando son de mal gusto. Dice mi padrino Aladino Pérez que uno tiene que reírse harto de la gente ya que cuando se ríen de uno se llegan a apretar la guata riéndose. Gracias por hacerme reír. En vez de un litro y medio le voy a dar un doble de vinito.

Subimos lentamente y la caja se podría decir que no pesaba más que una pluma, casi no la sentía.

Fue en ese momento que miré hacia el lado y no había nadie, absolutamente nadie, el hombre que venía a mi derecha había desaparecido por arte de magia, era imposible que hubiera saltado un cerco tan alto. ¡Quedé helado! Al instante de darme cuenta de lo ocurrido la caja que llevaba en mi hombro tomó un peso extraordinario como de unos 90 kilos y mi hombro se dobló por el dolor.

En esos momentos mis amigos Danilo y Candala habían sentido el bus y venían a mi encuentro.

Dejé tirada la caja y corrí los pocos metros que me faltaban para la casa. Conté a mi señora que un hombre con manta de castilla y un sombrero se había desaparecido después de que me había pedido a cambio de ayudarme un poco de vino.

-¡Mamá! grito mi esposa, se le apareció mi papá Sebastián a Hugo Alejandro y mirando el calendario exclamó:

**-HOY ES EL DIA DE SU ANIVERSARIO DE MUERTE
Y SE NOS HABIA OLVIDADO.**

P.D. Don Sebastián falleció de alcoholismo, tenía grandes viñedos. Cuenta la gente del sector que en muchas ocasiones se le ha visto resguardando el portón de la entrada. Es por esa razón que muchos prefieren no pasar a cierta hora de la noche.

Estos hechos son reales, sucedieron frente a Laja San Rosendo, sector La Florida, Fundo La Florida.

**HUGO ALEJANDRO MATAMALA ARRIAGADA, 37 AÑOS
AGRICULTOR
LA FLORIDA, VIII REGION**

OSTIONES VICTORIA

El tiempo transcurre plácidamente en Ostiones Victoria, a pesar de la rigurosidad de su clima: lluvia, agua, lluvia, agua y más lluvia. Más de nueve meses en un año.

Estamos en la Décima Región de Los Lagos, provincia de Llanquihue. Ostiones Victoria besa las aguas del Río Maullín. Es, realmente un verdadero paraíso, especialmente por su naturaleza, sus campos, sus gentes y la generosidad de su tierra. Es, como lo dijo a comienzos de siglo don Adolfo Vander Stelt Redlich, "un verdadero paraíso en el verano y como un oasis primaveral en pleno invierno, en donde paradójicamente el otoño pasa inadvertido..."

Y es aquí en donde comienza nuestra historia.

Esa mañana de enero, Ostiones Victoria, era bañado por un mar de tranquilidad. Los rayos solares de ese verano se reflejaban tímidamente en las oscuras aguas del Río Maullín. Un hermoso y añoso eucaliptus se yergue orgulloso sobre el cielo plomizo a veces, y azul otras, que contrasta con el verdor de la vegetación, abundante en radales, avellanos, pinos, álamos y arrayanes. Junto al longevo eucaliptus, una típica casita de campo. Techo rojo, paredes amarillas, y tejuelas de alerce que reflejan una de las principales características de la zona sur. Una columna de humo delata -a lo lejos- la presencia de moradores. El aire ribereño suavizaba los ánimos de esa mañana de enero. Una cuadrilla de trabajadores, se alistaba para iniciar la cosecha de papas. La siembra se vislumbraba muy prometedora. Y evidentemente, ese magnífico tubérculo se ofrecía muy tentador por esos días.

Ese día, Francisca confesó a su marido, Hardy, su ambicioso plan para la cosecha de papas. Dadas las circunstancias de la época, las "primerizas" tienen mucha aceptación en Puerto Montt. Hardy aceptó el desafío. De este modo, durante varios días, la cosecha concentró la atención -y el trabajo- de muchos hombres, hasta que llegó el instante de transportar el producto hasta la capital regional.

Francisca, entusiasmada, alternaba sus labores de casa con el campo. A las seis de la mañana ordeñaba sus seis vacas. Hardy, trasladaba la leche por el Río hasta el camión de la "Lechera del sur S.A.". Los fines de mes, el cheque alcanzaba para "los gastos habituales". Y eso los hacía felices.

Por eso, llevar 50 sacos de papas hasta Puerto Montt, resultaba un proyecto ambicioso para ese matrimonio campesino. Y Francisca, partió un día hasta la ciudad. Ostiones Victoria, Ostiones Paredes, Ostiones Velásquez, Paraguay Chico, El Gato, Las Quemadas, Tepual, desfilaron frente a Francisca llevando su preciosa carga hasta Puerto Montt.

Ubicó la población "Modelo" y luego, se dirigió a las calles de la Población O'Higgins. Pasajes estrechos, casitas de madera, endeble, algunas sin vidrios en las ventanas. Chiquillos descuidados. El vehículo avanzó lentamente con su valiosa carga por un pasaje deshabitado. Dobló dos veces a la derecha y una a la izquierda, hasta enfrentar una esquina triste y solitaria.

Francisca descendió del vehículo. Miró en derredor. Iba ya a regresar cuando se encontró "a boca de jarro" con una mujer anciana. Vestida de ne-

gro, pelo canoso; mirada profunda, rostro famélico. Sus flácidos dedos denotaban nerviosismo... sus manos algo querían decir. Suplicar...

- "Mi señora" -dijo- ¡ayúdeme...!

- "Qué pasa, buena mujer", preguntó con respeto Francisca.

- "Mi hijo, señora. Mi hijo Sebastián se muere...; ayúdeme por favor de Dios. Yo soy Rosa Pérez. Mi casa es aquélla", -dijo mostrando con su mano derecha una vetusta vivienda.

Francisca atisbó la figura de la anciana; la limpieza de su ropaje, y llamó la atención el acento de su voz, y la profundidad de su mirada. Francisca, se dirigió a esa casa. Sin mirar hacia atrás, ingresó a la pieza principal de la vivienda. Sobre un humilde camastro, yacía el cuerpo de un joven de unos 30 años. Francisca recordó las palabras de la anciana "hágalo por mi hijo; ayúdeme... ayúdelo a él..."

El hombre dormitaba. Francisca lo observó, más no lo quiso molestar. Dejó en un rincón de la modesta casa una bolsa de papas y regresó al vehículo para seguir buscando la dirección del comerciante que había pagado 30 bolsas de papas.

En el mismo sector Francisca ubicó -por fin- a su comprador, incluso adquirió las restantes bolsas pagando un precio que dejó conforme a ambas partes. Por curiosidad, Francisca narró al comerciante la historia de la otra bolsa que había donado a Rosa Pérez.

-Dejamos un saco en casa de doña Rosa, a pedido de ella. Me suplicó que ayudara a su hijo Sebastián que está enfermo y bueno, pienso que no hemos hecho nada de mal al dejarle un bolsa a ella...

El comerciante -extrañado- frunciendo su ceño, interrogó a Francisca.

-¿Dice usted que entregó una bolsa de papas a Rosa Pérez...?

-Así es, -replicó Francisca... y agregó: Puede usted descontar el valor de una bolsa de papas, pero no podía dejar de ayudar a una pobre mujer que suplicaba por su hijo...

-Mire señora Francisca, eso no es lo que me preocupa. Nada voy a descontarle. Las obras de bien, siempre deben ser bien recibidas... pero ¿Dice usted que conversó con doña Rosa Pérez?

-Así es.

-Señora mía, perdóneme, pero doña Rosa Pérez falleció hace un año.

Ella quedóse atónita. Observó nuevamente al comerciante. Luego, miró hacia la vivienda de doña Rosa, sin comprender nada, se dirigió nuevamente hacia allí. Ingresó a la pieza de Sebastián. Este, abrió levemente los ojos y preguntó "¿Quién es?...".

-Yo soy Francisca; me ha mandado su madre para que lo ayude...

Sebastián, trató de erguirse para mirar mejor.

-¿Cómo dice usted, señora?

Francisca repitió: -Acabo de conversar con doña Rosa Pérez, y me ha suplicado que le ayude a usted.

Francisca, recorrió con su mirada la vetusta habitación. Sobre un cajón había un retrato, una fotografía añosa, desteñida y antigua. Entonces le preguntó a Sebastián por el nombre de la mujer que aparecía en él.

-Es mi madre; Rosa Pérez, -dijo, agregando "que en paz descanse"...

Francisca sintió un escalofrío en todo su cuerpo. Pareciera que flotaba en esos instantes; sus piernas se doblaron, y su vista llegó a nublarse. Sin duda, era la misma persona. La misma que minutos antes habíale implorado ayuda para su hijo enfermo. Preguntó a Sebastián por su esposa. El dijo que andaba lavando ropa por ahí, trabajando junto a sus dos pequeños hijos, una niña de ocho años y un hombrecito de diez...

-Le ayudaré Sebastián -dijo Francisca- tal cual se lo prometí a su madre. Vendré nuevamente mañana.

Francisca abandonó Puerto Montt y regresó a Ostiones Victoria. Narró lo sucedido a su esposo Hardy y se alistó a cumplir su promesa de ayudar a Sebastián. Lo llevaría donde un buen médico y trataría de hacer algo por él. Las mejores meriendas de campo como leche, queso, jugos, huevos, carne, verduras fueron a dar a un bien provisionado canasto con destino a la vivienda de Sebastián y su familia.

Así, Francisca conoció a Juanita, la fiel esposa del hijo de doña Rosa Pérez que continuaba enfermo en su camastro. Aún cuando Juanita no lograba entender por qué Francisca estaba en su humilde ranchita; por qué deseaba ayudar a su esposo Sebastián; ni menos, entender el diálogo que Francisca aseguraba haber tenido con Rosa Pérez, de todos modos, las buenas intenciones de Francisca fueron bien recibidas por ésta. Y esa misma tarde con los dos pequeños llevaron a Sebastián hasta el consultorio médico..

Francisca se preocupó de la alicaída salud de Sebastián, cumpliendo así con su promesa. En el consultorio, el doctor Mandujano fue tajante:

-El estado del enfermo es calamitoso -dijo-; padece de una bronconeumonía. Urge su internación en un sanatorio; deberá reposar algunos meses, recuperarse y cuidarse. De lo contrario...

De regreso a casa de Sebastián, Francisca comenzó a hilvanar alguna posible solución. Mientras Juanita acomodaba a Sebastián en su dormitorio, continuaba lucubrando una buena salida.

Francisca sentenció:

-Usted, Juanita se viene conmigo al campo, a Ostiones Victoria; y usted, Sebastián se internará en el sanatorio hasta que se reponga y ya sano pueda seguir con sus labores.

El joven matrimonio no atinaba a comprender por qué Francisca insistía en ayudarlos.

-¿Cómo pagaremos ésto, si nada tenemos señora Francisca?

Se hizo un silencio en la estrecha pieza. Juanita y Sebastián miraron con ansiedad a Francisca.

-Bien, - dijo ésta- yo prometí a su madre y eso trato de hacer, simplemente.

Juanita y Sebastián observaron en silencio.

Desde ese día, una nueva vida llena de esperanzas comenzó para ambos. Los hijos concurren a la Escuelita de Ostiones y Juanita trabajó en casa de Francisca. Como bendición del cielo, las siembras fueron pródigas en Ostiones Victoria. Nuevas ansias de vida renacían en esa casa de campo. Juanita y sus hijos compartieron con alegría el mismo techo junto a Francisca y Hardy. Bebieron de la misma leche y comieron del mismo pan.

Hasta que un día, al inicio de los primeros soles de la primavera, apareció Sebastián. Hardy le dio la bienvenida y Juanita junto a Francisca lo abrazaron en medio de la felicidad de los hijos.

Pasando el momento de euforia, Francisca se dirigió a Sebastián y le dijo:

-Pueden quedarse a vivir aquí. Trabajar en el campo, o si ustedes lo desean, regresar a Puerto Montt...

Sebastián solo pudo decir:

-Debo pagar por todo lo que ustedes, han hecho por mí, por Juanita y mis dos hijos... Y agregó, gracias a Dios ya mis brazos han recuperado su fuerza. Estoy en deuda con ustedes.

-Nada nos debes - retrucó Francisca. Yo prometí a tu madre ayudarte, y he cumplido. Eso me hace sentirme sumamente feliz.

Sebastián comprendió que su destino estaba en Ostiones Victoria. Que podía trabajar en el campo, y rehacer su vida junto a Juanita. Y esa decisión adoptó.

-Acepto señora Francisca. Me quedaré en el campo. Nos quedamos.

La vida en Ostiones Victoria transcurre plácidamente. Francisca y Hardy evidencian con orgullo la acción que nació un día tan espontánea.

Rosa Pérez, efectivamente había fallecido un año atrás; pero, su hijo Sebastián habíase salvado de la muerte gracias a los cuidados y preocupaciones de Francisca y Hardy.

¿Qué explicación racional corresponde a la vivencia de Francisca y Rosa Pérez?... ¿Fue un milagro o, acaso una bendición de Dios lo que sucedió ese día en ese pasaje de la población O'Higgins en Puerto Montt?

La vida en Ostiones Victoria tuvo un cambio radical. Creció la actividad agrícola; las cosechas han sido generosas. El pasto creció más fuerte, aumentó la producción lechera y los nuevos y buenos aires hicieron de esa campiña, el paraíso que siempre ha sido para sus moradores.

Muchas veces Francisca ha pensado en ese episodio con Rosa Pérez y Sebastián. Ella tuvo esa experiencia, y su mejor recompensa es saber que realizó una obra de bien; y que lo hizo impulsada por ese amor hacia el próximo que necesitó de su ayuda. Ostiones Victoria se pierde ya en el recuerdo y el tiempo. Han transcurrido algunos años, pero aún permanece junto al río Maullín, esa casita campestre junto al eucaliptus.

Y esos testimonios permanecen en ese paraíso, como "un regalo de Dios".

HELIA VANDER STELT ALARCÓN
PUERTO MONTT, X REGION

LAS PERIPECIAS DE UN MUERTO

Perder a un ser querido es siempre una gran pena, pero también es necesario ser solidario con quienes lamentan tal pérdida.

Un día supe de la muerte del suegro de un muy buen amigo, por lo que me decidí a acompañarlo en su dolor.

Asistí al velorio realizado en la población Las Rosas. Al otro día el entierro era en Colliguay, un sector netamente campesino ubicado entre montañas y agrestes quebradas.

Claro, el finado era oriundo de allá, casi toda su vida la había vivido en ese tranquilo paraje por lo que se debía dar cumplimiento a su postrero deseo.

Al otro día me pasaron a buscar. Como mi casa queda a un costado del camino Marga-Marga, que lleva a Colliguay, no tuvo problema el cortejo fúnebre en detenerse un momento. Hasta la bocina me tocaron, por lo que me causó cierta hilaridad.

Me encajonaron en la parte de atrás de un jeep y partimos. La comitiva retomó su triste misión.

Hasta el llamado "Paso del Agua" nada particular sucedió. Los integrantes del jeep, todos circunspectos comentábamos las bondades del extinto, lo que no fue obstáculo para que notáramos lo bien acompañado que iba el chofer de la carroza con una dama que al parecer tenía mucho frío y que cada vez se acurrucaba más al lado del hombre.

Subíamos una cuesta entre las montañas.

De improviso la carroza fue perdiendo fuerzas y ¡plam! se paró el motor.

Presto, el chofer subió la capota del vehículo y no tardó en declarar:

-Esta "pana" yo la saco, pero necesito tiempo.

Como el cortejo debía continuar a las serranías de Colliguay nos bajamos los integrantes del jeep y de otro auto y trasladamos el féretro al jeep.

Unos huasos a caballo, ladinos como siempre, se detuvieron a observar la extraña maniobra comentando:

-Agüaita, que carroza más rara.

-Le sobra finado.

Tenían razón. Se referían al jeep que era más chico que el cajón por lo que buena parte de él quedaba sobrando hacia afuera.

Como íbamos subiendo la cuesta, optamos por sentarnos en el cajón, no fuera cosa que se nos resbalara y se lanzara cuesta abajo.

En la mitad de la cuesta sucedió lo increíble. Quedó en pana el jeep. No hubo modo de hacerlo arrancar.

Otros huasos a caballo, que aparecen como fantasmas entre boldos y quillayes se acercaron.

Uno de ellos afirmó:

-Es la bomba de bencina que no chupa.

-No, tonto, no ves que es el jeep que se espantó y no quiere trasladar muertos.

Lo cierto es que bastante razón tenía el primero. La pronunciada pendiente de la cuesta solía producir ese tipo de "pana", es decir que la bomba no alcance a chupar la bencina.

-A propósito de chupar, por aquí traemos una garrafita, de improviso acotó un integrante del jeep. Todos los demás aceptamos de buen grado la idea. Pronto empezó a circular un vaso de plástico con delicioso vino pipeño.

Yo quise chancear y agregué:

-Este entierro sí que se está poniendo bueno.

Pero, inmediatamente me callé ante la iracunda mirada del chofer, que, después me enteraría, era hijo del finado.

A todo esto apareció la mentada carroza con renovado impulso. La amplia sonrisa de chofer y acompañante indicaban que le habían sacado partido a los minutos que estuvieron en pana.

Así que, con unos tragos en el cuerpo, nada tardamos en cambiar el cajón a la carroza.

Mientras tanto empujamos y requeteempujamos el jeep, hasta que partió de nuevo y reemprendimos viaje cuesta arriba.

Al terminar la famosa cuesta ¡ah que no adivinan! nos topamos con la carroza y al mirar las manos del chofer sucias de grasa nos convencimos inmediatamente que ahora sí que estaban en "pana".

Los familiares, impacientes por llegar al cementerio comenzaron a discutir; unos pedían que lo cambiasen al jeep.

-Debe llegar en carroza al cementerio -alegaban algunos.

-Que lo lleven en jeep, es el deseo del finado -aducían otros.

-¡Que lo cambien!

-¡Que no lo cambien!

Fue tanta la irracionalidad que se formaron claramente dos bandos, cada uno tratando de imponer su criterio.

Finalmente llegó la solución... de otro huaso a caballo.

-Que el jeep remolque a la carroza.

Así se hizo. Era buena idea. Y, además, faltaba poco para llegar al cementerio.

De esa manera el suegro de mi amigo llegó al lugar donde descansaría por la eternidad. En una carroza remolcada por un jeep y con los integrantes del cortejo ya calmados después de la discusión.

Al divisar el hermoso valle al que llegamos, encajonado entre elevadas montañas, todos estuvimos de acuerdo con el empeño del finado por descansar en ese bello lugar.

Aunque esto parece un cuento es la purita verdad. Ahora, pasado el tiempo me pregunto ¿Quizás el finado nos quiso jugar alguna broma?. ¿O nos habrá enseñado de ese modo lo difícil que es llegar a Colliguay?.

Cuado visiten el cementerio aquél, busquen al difunto, quizás lo encuentren, tiene un adecuado epitafio:

"Que me entierren en Colliguay... aunque cueste."

**LILIANNE VASQUEZ SUAREZ, 40 AÑOS
AUXILIAR ESCUELA RURAL G-418
QUILPUE, V REGION**

HISTORIA DE AMOR EN EL CAMPO

Y entonces llegué a Santa María, con sólo 19 años, era todo tan nuevo para mí, de la ciudad al campo. "¡Qué cambio!" decía.

Pero quería trabajar y me hice el ánimo, un día me di valor y salí de casa a buscar trabajo y por esas cosas de la vida quedé trabajando en el Packing "Agro Frío". Nunca había tomado un racimo, (aparte de para comerlo) pero era trabajo y quería aprender.

Cajas y más cajas de uva. Entrábamos a las 13:30 y de allí no salíamos hasta las 3 o 4 de la madrugada: Dios, qué jornada más aterradora, de pie todo el día y sin descanso, pero yo quería aprender y superarme porque para mí el sueldo era lo máximo.



Luego de dos meses ese trabajo terminó y entonces tuve que esperar hasta el invierno, porque acá en esta zona no hay otra cosa en la que poder trabajar.

Entonces, cuando llegó el invierno fui a los parrones a conseguir trabajo e ingresé al Fundo "San Rafael" que era de propiedad de Don Bruno Guiglia. Allí conocí muchas amigas las cuales eran temporeras como yo y muy buenas personas, llegamos a estimarnos mucho.

El trabajo en un parrón para la mujer es muy sacrificado, sobre todo en tiempo de invierno, pero si se llega a tener amistades como las que yo tuve, el peso del trabajo y el frío no se sienten.

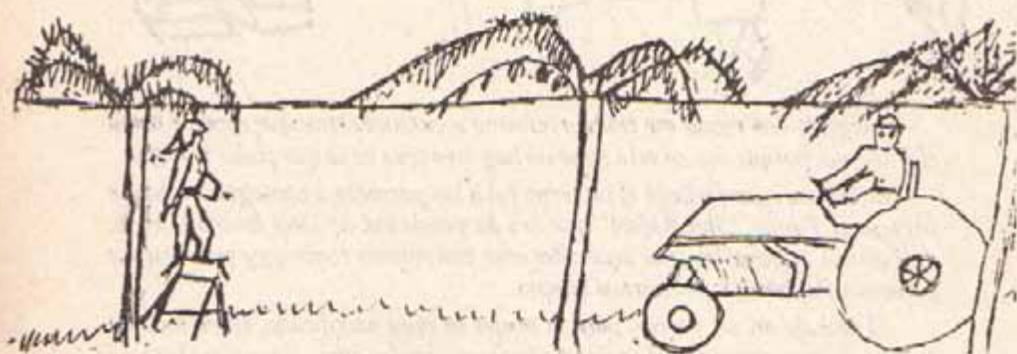
Un día de invierno en que hacía mucho frío, en la mañana estábamos trabajando en los kiwis, entonces hicimos fuego y todas nos estábamos calentando. No faltó el grupito de las chistosas en el cual yo estaba incluida y comencé a girar por alrededor del fuego diciendo "¡Así le hace la Betti, así le hace la Betti!" (la Betti era una señora enferma que vivía en la calle). Cuando de pronto miré hacia el frente y venía mi jefe Don Gerardo, un hombre muy mal genio y todas arrancaron, entonces como pude medio apagué el fuego (nosotras usábamos sacos de nylon en los cuales llevábamos tatora para anarrar los kiwis y se me ocurrió tirarle el saco al fuego).

Don Gerardo, seguramente se dio cuenta de lo que estaba pasando y se paró justo en la planta que yo estaba a preguntarme cosas, yo miraba el saco que luego comenzó a humear y don Gerardo no se iba, todas se reían de mí. Fui la nota alta de esa mañana. Nos reíamos mucho, siempre nos estaban pasando cosas que nos aliviaban el trabajo.

Yo vivía en el cerro de Santa María y el predio donde trabajaba me quedaba muy retirado. Acá todos viajan en bicicleta, así que a eso de las 7:30 la calle se llena de ciclistas, luego a las doce es lo mismo y en la tarde también, pero como era mi primer año tenía que caminar así que a veces no regresaba a mi casa a almorzar hasta la tarde que terminaba la jornada.



Un día que estaba trabajando en las parras, con un piso porque no alcanzábamos ya que las plantas tienen una altura de más o menos de dos metros de altura, llegó un tractorero a rastrear ahí donde estábamos. Fue entonces cuando lo vi por primera vez, fue como si hubiera llegado una estrella de cine en su limusina, lo vi tan grande, tan fuerte, tan hombre que no pude dejar de mirarlo. Yo no sé lo que él habrá pensado pero también me miró igual como yo lo hice.



La primera vez que conversamos fue en el parrón, yo me quejaba de mis manos que estaban tan feas y él me dijo que tenía manos de enfermera y yo le respondí que eran para mejorarlo a él.

Con el tiempo nos hicimos muy buenos amigos y más que eso, nos amamos muchas veces y nuestros únicos testigos eran la aves, la maleza, y las parras.

El parrón para nosotros era como en un chalet, no nos importaban el sol ni la tierra, solo el estar juntos, estábamos tan atraídos el uno por el otro que llegábamos a ser despistados.

Un día él estaba rastreando con el tractor y había otro compañero con él, y rastreaba y rastreaba cuando de repente su compañero le mostró un neumático y le hacía burla, él no se había dado cuenta de que se le había caído una rueda de la rastra.

En otra oportunidad llevaba una ramplita hacia el galpón donde guardaban los tractores, entonces él cruzó la calle y al otro lado había un altito de tierra y no se dio cuenta que la rampla se le soltó del gancho pero siguió y siguió y cuando llegó al galpón vio que no llevaba la rampla pero lo más cómico era que no se acordaba si había enganchado la rampla o no.



Luego, con el tiempo, nos juntamos a vivir, él trabajaba en la tierra y yo en el packing, entonces cuando llevábamos como un año juntos comencé a saber lo que es realmente la vida en el campo pero yo estaba con él así que me gustaba todo eso. Primero a criar animales pollos, patos, perros: llegamos a tener muchos pollos y gallinas así que teníamos huevos frescos todos los días. En la tarde cuando llegaban los animales a encerrarse dejaban el patio todo abonado y más la tierra y el calor daban al aire un aroma completamente campesino. ¡Qué hermosa vida estaba viviendo!

También tuve que aprender a hacer pan, amasar, calentar el horno, él me ayudaba pero cuando me tocaba hacerlo sola me corría la gota gorda. Aquella persona que nunca ha hecho esto no sabe nada de la vida porque realmente es muy hermoso el campo.

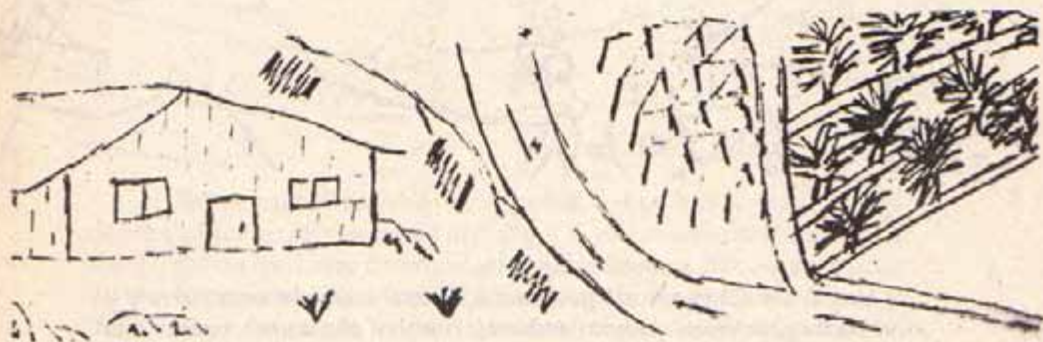
Yo he pasado por muchas cosas acá, aprendí lo que es cosechar, sacábamos betarragas y cebollas de la misma tierra, imagínate yo que venía del Puerto a trabajar en el campo, pero me ha dado mucha satisfacción porque acá conocí el amor.



Nuestra casa es rural, de adobe, no muy lujosa, está estucada con barro, y el piso es de tierra, tenemos un gran sitio en el cerro, unos cuantos árboles, un tremendo gallinero y además un horno de barro, pero lo mejor es que tenemos una muy hermosa vista llena de parronales y huertos de cebollas, pimentones, tomatales y muchos árboles de peras, todas de exportación.

Y el hecho de estar juntos hace de todo un edén, la vida del campo es muy hermosa.

El trabajador de un predio y yo una porteña campesina unidos por parro-nales bajo el ardiente sol del verano y las frías lluvias del invierno. Historia de un Amor en el campo, de la cual me faltaría tinta en el lápiz y hojas en el cuaderno para poder contarla. Porque así como las parras necesitan agua, sol y luz para poder subsistir así necesitamos nosotros de nuestro amor.



Acá en esta zona toda la gente vive de la tierra, la mayor parte trabaja en el campo sembrando o en los predios. Hasta las mujeres.

Es verdad que soy porteña de San Antonio, y llegué a vivir y a trabajar acá y en realidad el lugar, Santa María es muy hermoso.

Hay trabajo y somos una zona de exportación muy importante, podría decir que una de las más importantes del país.

Aparte de la uva de exportación también tenemos los duraznos, las peras, las cebollas y un sin fin de otras frutas y verduras, porque la provincia de Aconcagua no la cambio por ninguna por ser la más importante, porque nosotros los campesinos así la hacemos: importante...

**CLAUDIA DEL CARMEN ROCUANT NUÑEZ, 25 AÑOS
EX TEMPORERA
SAN FELIPE, V REGION**

LA PIEDRA DEL COCHE

*Esa piedra tan linda, tan bella y tan hermosa...
La llaman la "Piedra del Coche".
Así la llamó mi abuelo... y muchos antepasados.
Está en la falda del cerro,
como un tornillo incrustado.
También la piedra rayada que está para el otro lado,
donde jugaba el Diablo, por no tener unos dados.
Con dos quemadas certeras ¡ganó toda la partida!.
Una capachada de tierra de almas de gente "Mala",
de una monja coqueta y un huaso que no rezaba.
Un cura que en las misas todo el vino se tómbaba.
Un cabro "Catrutro", que todo su pecado fue,
a una señora inocente ¡haberle dicho que no!. La tal señora murió
en un temblor de repente:
la pobre se condenó por no haberle "picado el diente".
Y una vieja muy fea, redonda a puro refajo,
con cabeza de lechuza y patas de escarabajo.
Esta vieja muy maldita, ladrona de vocación,
a los hombres se entregaba ¡siempre con condición!.
El Diablo iba re contento con todo empaquetao
en cueros de lagarto y cogotes de guairao.
Cuando allá en la punta del peumo, en toda la repuntita,
estaba un Diablo amigo bailando con una monjita.
También al fin y al cabo, el Diablo hartito enamorado,
se le cayó el paquete y se rompió el enrejado.
Iba pasando un santo ciego con lazarillo,
y al tropezar con la tierra, lo convirtió en un cerrillo:
¡El Diablo le reclamó!
y después de tanto reproche: el santo le devolvió,
¡Solo la "Piedra del coche!"*

**HERNÁN TORO B.
PICHIDEGUA, VI REGION**

La Penaura



ILUSTRACION DE
WLADIMIR BENJAMIN HERNANDEZ CORTEZ
(EL SUREÑO)

INDICE

PRIMEROS PREMIOS

- LA QUEBRADA DEL DIABLO** 13
(Aldo Fernando González Vilches)
- NAPOLEON ROJAS** 17
(Oscar Olavarría Sanhueza)
- EL AFUERINO** 21
(Rosalba Elizabeth Puche Smith)

MENCIONES HONROSAS

- CUANDO SE ROMPIERON LAS NUBES** 27
(Elio Bugueño Soza)
- LOS AVAROS VIÑATEROS** 31
(Marco Antonio Vergara Mancilla)
- CUENTO PERSONAL DE MI VIDA** 33
(Graciela Aburto Aguilar)
- LOS BOLSILLOS VIEJOS DEL DIABLO** 35
(Victor Norambuena Acuña)
- HISTORIA DE PEDRO EL TONTO** 39
(Cecilia Alejandra Villar Apablaza)
- LA VIEJITA QUE ENGAÑO A LA MUERTE** 43
(Humberto José Cuevas Cuevas)
- EL ANHELADO PERDON** 47
(Mariana Elena Abarca A.)
- JUVENTUD NO DESEADA** 49
(Alicia Guevara Hernández)

MENCION ESPECIAL

- SERAFIN Y SU PERRO** 55
(René Martínez A.)

OTROS CUENTOS

PICHI FILEU (Reinaldo Morales Villagrán)	59
KUNTUR (Carlos Raúl Leiva Sánchez)	63
SALTIKUNU - SALTIKUNU KPAY MUNTUYA (Asalto, asalto viene Montoya) (José Miguel Treumún Alcaman)	67
EL HERRERO (Federico Kuvacic Vukasovic)	73
ÑIRE NEGRO (Mario de la Fuente Yuraszeck)	77
MI DESAFIO FINAL (Juan Nolberto Galindo Díaz)	81
LA HEROICA HISTORIA DEL FAMOSO HUASO CANALES (Luis Alberto Pérez Tobar)	85
JUANUTO EL CAZADOR (Luciano González Inzunza)	89
EL TIO PATO (Miguel Emilio Marín Carvajal)	93
EL CICLISTA (Raúl F. Miño Roco)	99
DON QUEÑO (Américo Bascour Pino)	105
LA COSECHA (Noelia Alia Durán Contreras)	107
EL CAMARON (José Manuel Acevedo Gerónimo)	111
FIESTA DE SAN JERONIMO: UNA TRADICION DISTINTA (Danubio Correa Hernández)	113
LA EXTRAÑA DESAPARICION DE APARICIO REYES (Julio Fernando Miralles González)	115

LA PIEDRA ENCANTADA <i>(Pedro Orellana Astudillo)</i>	117
EL DUEÑO DE CASA <i>(Hugo Alejandro Matamala Arriagada)</i>	119
OSTIONES VICTORIA <i>(Helia Vander Stelt Alarcón)</i>	123
LAS PERIPECIAS DE UN MUERTO <i>(Lilianne Vásquez Suárez)</i>	127
HISTORIA DE AMOR EN EL CAMPO <i>(Claudia del Carmen Rocuant Nuñez)</i>	131
LA PIEDRA DEL COCHE <i>(Hernán Toro B.)</i>	135

ORGANIZA
**FUNDACION DE COMUNICACIONES DEL AGRO
DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA**

PATROCINAN:

— La Nación —
VIVA LA INFORMACION

